

LA INSIGNIA REAL
“EL INVENCIBLE PODER DE LA DEBILIDAD”

Compilado por
Edwin y Lillian Harvey

Harvey Christian Publishers, INC.
3107 Hwy. 321
Hampton, TN 37658
Tel. / Fax (423) 768-2297
e-mail: books@harveycp.com
www.harveycp.com

Hebron Ministries, INC.
P.O. Box 4274
Leesburg, Virginia 20177-8388
Tel. (800) LAST DAY (527-8329)
www.ministerioshebron.com

LA INSIGNIA REAL

Noventa Y Ocho Lecturas
Acerca de las Credenciales Del Creyente—
Humildad, Quebrantamiento,
Insignificancia, Indigencia, Lugar Bajo, Etc.

Derechos Reservados 1992 por Lillian G Harvey
Cuarta Edición 2005
Primera Edición en Español 2011
Traducido al español por Josefina de Machado
Portada por Juan Carlos Morales Solórzano
Diagramación por Cristian Leiva

ISBN: 978-1-932774-73-3
Impreso en los Estados Unidos

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma y por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o cualquier sistema de almacenamiento de información, sin autorización escrita de la propietaria de los derechos reservados, excepto para la inclusión de citas breves.

Índice

La Insignia Real	9
La Prueba Infalible	11
Demolición No Deseada	13
Las Ruinas Aterradoras	15
Derribando el Edificio	17
El Sitio Para Su Construcción – Nuestras Ruinas	19
Derrumbar Mi Torre Primitiva	21
Obtenemos la Humildad Cuando Aspiramos a Ella	23
El Alma Cegada Por Dios	25
Invisible Por Investidura Divina	27
La Herencia de Dios Para los Humildes	29
La Omnipotencia de Las Vestiduras Frágiles	31
Reinamos Cuando Servimos	33
El Agua Busca el Nivel Más Bajo	35
El Lugar Bajo es la Meta	37
La Tragedia de la Autosuficiencia	39
La Necesidad Determina la Provisión	41
Disminución Divina	43
La Poderosa Minoría de Dios	45
Cuando la Debilidad es Dinamita	47
El Reino de los Mansos	49
Ninguna Justicia Propia	51

El Opio de la Autosatisfacción	53
El Bendito Heno	55
Hablando Solamente de Él	57
Los Asuntos Insignificantes Pero Básicos	59
Grandeza Encubierta	61
Él Se Despojó de Su Reputación	63
Despójese de las Ornamentadas Vestiduras	65
Un Empujoncito Hacia Abajo	67
Deja de Luchar Por Ser Grande	69
El Veneno Del Orgullo	71
Ridícula Presunción	73
Confiar en Uno Mismo es Desafiar a Dios	75
Abriendo Demasiado Nuestra Puerta	77
La Puerta Baja de la Cruz	79
La Puerta de los Desamparados	81
Las Apreciadas Humillaciones	83
Despreciando la Alabanza	85
Rechace las Alabanzas de los Hombres	87
Adulación Peligrosa	89
Devuelva la Gloria a Dios	91
No Por la Fuerza ni por el Poder del Hombre	93
Sumerja su Causa en la De Él	95
Tome el Lugar Más Bajo	97
Manténgase Alejado de la Vista	99

Admita Su Talla	101
Cuidado Con el Ascenso	103
La Garrucha	105
Demasiado Grande Para Ser Pequeño	107
El Vaciamiento Antes de la Llenura	109
Derrota Triunfante	111
La Humillación Antes de la Honra	113
El Rechazo Antes de la Aceptación	115
Reducido a Desesperación	117
Genialidad Balanceada Con Espinas	119
Dios Resiste al Soberbio	121
En el Orgullo Hay Competencia	123
Falsa Humildad	125
Jactancia o Menosprecio	127
La Detestable Vanidad	129
Robando la Gloria	131
La Tragedia de la Contienda en la Iglesia	133
Falsa Gloria	135
El Orgullo del Vestido	137
Alto Nivel de Vida y el Infierno	139
No Somos Nada	141
Él Toma Las Cosas Que No Son	143
Él Usa la Nada	145
Yo Fallé, Él Conquistó	147

Insuficiente – Todo Suficiente	149
Conquistados Por Dios	151
La Escuela de la Humildad	153
Pobreza de Espíritu	155
Dependencia Continua	157
Limitado – Ilimitado	159
Ser Como Niño	161
¿Profundo o Infantil?	163
Adquiera Mansedumbre	165
La Verdadera Nobleza	167
Domados Por Dios	169
El Servicio Que se Olvida de Sí Mismo	171
El Servicio Prestado en Secreto	173
Sin Importar Quien Obtenga el Crédito	175
El Colapso de la Confianza en Sí Mismo	177
Sin Tener Vergüenza de Agacharse	179
Sabiduría a Través de la Censura	181
Reconozca Sus Faltas	183
¿A Quién Debemos Escuchar?	185
La Humildad Nos Guarda Mejor	187
El Enano Llega a Ser un Gigante	189
Perfeccionando la Fortaleza de Dios	191
El Señor Sea Magnificado	193
La Profundidad Del Descenso	195

Humildad Divina	197
Despojándonos del Toque Terrenal	199
Póngase en Órbita	201
¿En Curso de Colisión o en Órbita?	203

Prólogo

Por muchos años, el tema de la humildad nos interesó grandemente a mi amado esposo y a mí mientras estudiábamos esta virtud en las Escrituras y en biografías. Juntos recopilamos mucho material, y antes de la muerte de mi esposo ya habíamos preparado parte de este libro, pero aún no era el momento de Dios para que se publicara. Todavía teníamos muchas cosas que aprender.

Las leyes del Reino de Dios son infalibles. La humildad y la mansedumbre de espíritu son condiciones que hacen acercarse a nosotros al poderoso Dios, y proveen una plataforma sobre la cual Él puede desplegar Su poder. Tenemos un Dios que trabaja silenciosamente y en secreto. A Él le es ajeno el grande y ruidoso método de autopropaganda que es tan popular en el mundo. En lugar de compartir Su gloria, Dios se aparta hasta que el hombre, humillado, despojado y quebrantado, se acerca suplicante y dependiente totalmente de Él.

Pablo aprendió bien esta lección cuando dijo: “Llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal.” (2 Co 4:10,11). Esa es la ley del Reino.

Otro escritor lo ha considerado de otra manera: “Materialmente, la muerte ocurre cuando el alma deja el cuerpo; pero espiritualmente hablando, la muerte trabaja en nosotros cada vez que sacrificamos lo visible en aras de lo invisible. En esa medida llegamos a estar más y más separados de las cosas materiales, e introducidos en las realidades celestiales.”

Estamos profundamente endeudados con Trudy, Barry y Edwin Tait, Joan Henry y Edward Cook por su ayuda en la preparación de este libro. Nunca habría llegado a imprimirse si no hubiera sido por su sacrificado trabajo. ¡Oh, que Dios bendiga estas verdades para aquellos que ministran a otros!

Lillian G. Harvey

Julio, 1992

La Insignia Real

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual... se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo... se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte... (Fil 2:5-8)

EL Buen Libro nos relata en sus primeras páginas la manera en que el hombre, la más alta creación de Dios, cayó a causa del orgullo; el cual ha sido desde entonces, la insignia del reino de este mundo. Lea cualquier anuncio; escuche los medios de comunicación, e inmediatamente reconocerá la insignia de la serpiente. Si esto es así, entonces todo hijo de Dios nacido de nuevo debiera mostrar la insignia de Cristo a través de su humildad, docilidad y mansedumbre.

La vida de Cristo en los Evangelios fue de una renuncia total a Su realeza. Si Él iba a redimir a la humanidad, entonces, siendo el postrer Adán, debía caminar como Dios había querido que anduvieran nuestros primeros padres. Si el primer Adán había escalado, el postrer Adán debía descender. Si el hombre se eleva, Cristo debe venir en humildad.

Porque el hombre busca el lugar más alto, Él tomó el más bajo.

Porque el hombre desea ser como los dioses, Él se hizo hombre, y como un bebé recién nacido.

Porque el hombre desea casas costosas, Él no tenía donde recostar Su cabeza y empezó Su vida en un pesebre.

Porque el hombre escoge vecindarios elegantes, Cristo escogió vivir en Nazaret.

Porque el hombre se esfuerza por obtener riquezas, Él se hizo pobre.

Porque el hombre desprecia a sus inferiores, Él a menudo escogió a los despreciados y pobres como Sus amigos.

Porque el hombre escoge a personas de renombre para dirigir y gobernar las naciones, Él escogió a once humildes pescadores de Galilea para que fueran Sus discípulos. –Lillian Harvey

La vida y muerte de nuestro Señor Jesucristo constituyen una vívida reprensión para toda forma de orgullo a la que el hombre es tan propenso:

Orgullo de sus habilidades: “Yo no puedo hacer nada por mí mismo.”

Orgullo de su nacimiento y rango: “¿No es este el hijo del carpintero?”

Orgullo de ser intolerante: “¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!”

Orgullo de su intelecto: “Como mi padre me ha enseñado, yo hablo estas cosas.”

Orgullo de aprender: “¿Cómo sabe éste letras, sin haber estudiado?”

Orgullo de la apariencia personal: “No hay parecer en Él ni hermosura.”

Orgullo de su reputación: “¡Un amigo de publicanos y pecadores!”

Orgullo de su respetabilidad: “¿De Nazaret puede salir algo bueno?”

Orgullo de su independencia: “...y volvió a Nazaret, y estaba sujeto a ellos.”

Orgullo de su propia voluntad: “...no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.”

Orgullo de su éxito: “Despreciado y rechazado entre los hombres.”

Orgullo de su superioridad: “Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve.”

Orgullo de riquezas: “El hijo del hombre no tiene donde recostar su cabeza.” –*Emmanuel* (Birkenhead, Inglaterra)

“Habría sido una pequeña demostración de su poder el haber alistado Sus legiones y haberlos atacado con Su trueno; por lo tanto, Él envió necesidad para confundir a la sabiduría, debilidad para atar a la fuerza, desprecio para conquistar el orgullo; y este es el gran misterio del Evangelio, perfeccionado en Cristo mismo, quien, como Él mismo testifica, no vino para ser ministrado sino para ministrar, y este ministerio debe ser cumplido en todos Sus ministros hasta su segunda venida.” –Milton

“Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábese en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme.” (Jer 9:23,24)

La Prueba Infalible

He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá. (Hab 2:4)

LA gran evaluación que determinará si la santidad que afirmamos buscar o tener es verdad y vida, será si ella se manifiesta en un aumento en la humildad que la santidad produce. La humildad es lo que la criatura necesita para permitir que la santidad de Dios more y brille a través de ella. La humildad divina fue el secreto de la vida, la muerte y la exaltación de Jesús, el Santo de Dios que nos hace santos. La evaluación infalible de nuestra santidad será el estar marcados por la humildad delante de Dios y de los hombres. La humildad es el florecimiento y la belleza de la santidad.

“La principal evidencia de una santidad fingida es la falta de humildad. Todos los que buscan la santidad deben estar en guardia para que lo que empezó en el Espíritu no sea inconscientemente perfeccionado en la carne, y el orgullo se infiltre cuando su presencia sea menos esperada.” –Andrew Murray

Hubo una monja reconocida por sus grandes milagros. El Papa escuchó de ella, y envió a su siervo Felipe para que le reportara acerca de su testimonio y de su obra. Empapado en lodo y cansado por el largo viaje, el mensajero papal finalmente llegó a su destino y fue conducido a la presencia de la famosa monja. Subiendo su bota enlodada, le preguntó si podría ayudarle a quitársela. Ella rehusó con desdén realizar tan humillante tarea. Cuando Felipe regresó al Papa, le dijo: “Señor, no es necesario que se preocupe. No hay milagros porque no hay humildad.”

Un experimentado siervo de Dios, el Dr. Owen, dijo que la popularidad es una trampa en la que no pocos caen, pero que “la fama que proviene de la santidad” es un lazo más sutil y peligroso. La fama de ser un hombre santo es una trampa tan grande, como lo es la fama de ser culto o elocuente. Incluso es posible desarrollar, con escrupulosa meticulosidad, hábitos devocionales secretos para intentar tener fama de santidad.

El Arzobispo Fénelon, quien fuera tutor del Rey de Francia Luis XIV, era un hombre capaz y virtuoso que valoraba mucho la humildad, ese rasgo cristiano admirado en la tierra y honrado

en el cielo. “Quienes están conscientes de estarse disminuyendo a sí mismos”, dijo, “aún no han alcanzado su verdadero lugar, ya que éste se encuentra por debajo de toda disminución. Ellos están muy orgullosos de su humildad; lo cual es en realidad, y con frecuencia, un sutil espíritu de vanagloria. Y esa no es la humildad que entrará al Cielo, a menos que adquiriera el amor verdadero, que es el único digno de Dios, al cual Él se deleita con llenarlo de sí mismo.”

“Los que realmente son llenados con ese amor verdadero que viene de Dios, nunca se sentirán humillados o despreciados, porque se considerarán a sí mismos por debajo de toda humillación. Antes de que pudieran humillarse, primero tuvieron que salir del lugar donde se encontraban, y ahora no cambiarían por nada ese lugar a donde Dios los ha llamado. Ellos no son humillados por el desdén o el desprecio de los hombres, ni se sienten triunfantes ante aplauso alguno, porque ni lo uno ni lo otro les concierne. Ellos consideran que sólo Uno, al tomar la naturaleza de hombre, se humilló a sí mismo.”

Yo quiero dar el primer paso
Para salir del orgullo, o entrañable deseo;
Para atrapar el deambular de mi voluntad,
Y apagar el fuego que arde.

—Charles Wesley

Cuando el Dr. Cairns era Director del Instituto Teológico en Edimburgo, le ofrecieron la rectoría de la universidad de ese lugar, pero no aceptó porque prefería servir a su iglesia de una manera más humilde. En reuniones públicas él estaba acostumbrado a pararse atrás y dejar que otros pasaran antes, diciendo: “Pase Ud. primero, yo lo sigo.”

En su lecho de muerte, después de despedirse de todos aquellos a quienes amaba, sus labios continuaron moviéndose. Ellos se inclinaron para escuchar sus últimas palabras, las que sin lugar a dudas estaba dirigiendo a Aquél a quien amaba más que a la vida: “Tú primero, yo te sigo”. Tal mansedumbre es uno de los ingredientes más ricos del amor, y en su presencia el orgullo llega a ser una impertinencia y una ofensa.

—Graham Scroggie

Demolición No Deseada

*Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican.
(Sal 127:1)*

Y ellos dijeron: “Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre...” Estos hombres imprudentes y equivocados estaban manifestando la intención de todo ser humano que ha vivido desde Adán. Desde la caída, cada hombre desea edificar una torre y hacerse un nombre. El niño dominante intenta lograrlo en medio de la familia. El muchacho, en el área de los deportes. La jovencita, en las reuniones sociales. En el salón de la escuela, en la oficina, y desafortunadamente en la iglesia, todos queremos edificar algo para nosotros mismos.

Edificamos egos, reputaciones, círculos de influencia, amistades personales, imperios de negocios, y así sigue: edificar, edificar, edificar. Nuestras energías juveniles, nuestro promisorio intelecto y, si nos descuidamos, nuestras experiencias religiosas, todo se encamina a edificar algo. En su clímax, esto se expresa con las palabras del antiguo rey Nabucodonosor: “¿No es esta la gran Babilonia que yo he construido...?”

El salmista David vio la necesidad de todo ello y exclamó: “Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican.”

Dios es el Demoledor Universal. Él debe destruir los frutos de nuestras obras mientras aún hay tiempo para edificar algo duradero. Jesús dijo que el hombre que construyera sin seguir Sus instrucciones, estaría construyendo en la arena. En Su amor, nuestro Dios derrumbará nuestros atesorados castillos del “yo”, para que sólo Él pueda construir.

Su palabra a Jeremías, recientemente comisionado para ser Su profeta, fue: “...para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar”. Sólo después de que estas cuatro operaciones de demolición fueran realizadas, podría proceder, con la ayuda de Dios, a edificar y plantar (Jer 1:10). Jesús dijo: “Toda planta que no plantó mi Padre celestial será desarraigada.”

En nuestros días todos hemos sido testigos, algunas veces con alivio, y otras con tristeza, del despiadado proceso de demolición. Un buldózer podría derribar en pocos minutos, el trabajo de muchos meses que laboriosamente haya sido realizado a mano cien o más años atrás.

Las Ruinas Atterradoras

Quitad las almenas de sus muros, porque no son de Jehová. (Jer 5:10)

MADAME Guyón, una devota mujer católica francesa de linaje noble, obtuvo gran sabiduría espiritual a través de muchas revelaciones del Espíritu Santo. La luz que tenía era mucho mayor que la de la mayoría de sus contemporáneos, y Dios pudo usarla poderosamente en la salvación de monjas, sacerdotes, e incluso de muchos de los más altos dignatarios de la Iglesia Católica Romana. Por eso ella sufrió el destierro una y otra vez; fue denunciada por su propia iglesia y, finalmente, encarcelada en la Bastilla. Cuando le pidieron que escribiera su autobiografía, en ella se refirió principalmente a la más importante verdad que había logrado entender a lo largo de su vida. Nos dejó estas palabras que se han vuelto clásicas:

“Sólo se podrá obtener santificación a través de mucha tribulación y trabajo, y por un camino que parecerá ser muy diferente al que esperábamos. Pero esto no sorprenderá a quienes ya estén convencidos de que Dios realiza sus grandes obras ‘a partir de nuestra nada’. Parece que Él destruye para edificar. Lo hace así, para que este templo que Él destina para sí mismo, que fue edificado con mucha pompa y majestad, pero edificado, no obstante, por la mano del hombre, sea previamente destruido a tal grado, que no quede de él ni una piedra sobre otra.”

“Son estas ruinas atterradoras las que usará el Espíritu Santo para construir un templo que no será edificado por mano de hombres, sino solamente por Su poder. Dios escoge para realizar Sus obras ya sea a pecadores convertidos cuyas iniquidades pasadas sirvan de contrapeso para la exaltación, o bien a personas en quienes Él destruye y destrona esa exaltación propia y ese templo edificado por mano de hombres, es decir, edificado sobre arena movediza, que se apoya en lo creado y en esas mismas obras, en lugar de estar fundado en la roca viva, Jesucristo. Todo lo que Él vino a establecer, es realizado por medio del derrocamiento y la destrucción de lo mismo que Él deseaba edificar. Él estableció Su Iglesia de una manera que parecía ser para destruirla. Oh, si los hombres supiéramos cuán opuesta es la justicia propia a los designios de Dios, tendríamos una eterna humillación y desconfianza de lo que al presente constituye nuestro único sostén.”

La fría asta de mi bandera estuvo descoloridamente desnuda, hasta que mi Amo sustituyó mi bandera por la suya, y colocó sus colores en ella. –Rachel Rice

Fracasar implica la pérdida de la confianza en los hombres, la destrucción en añicos de los planes humanos; fracasar significa muchas cosas. Una de ellas es ésta: que Dios no permitirá que el alma intente ocultarse tras una protección que Él sabe que no es segura. La profundidad de Su amor lo obliga a mostrar al alma su equivocación antes de que sea demasiado tarde... Si usted ha tenido una experiencia como esa, ha sido llevado a una de las aulas más especiales de la escuela de Dios, una de las aulas en las que Él forma a sus santos más completos y maduros. Oh, si nuestras almas pudieran elevarse hoy a las alturas de alguna oración como ésta: “Señor, si yo estoy edificando alrededor de mi vida cualquier muralla que no sea tuya, cualquier defensa de engaño, de injusticia, o de egoísmo, derriba esas murallas sin importar cuánto duela, y sin importar que queden anuladas mis esperanzas.” –Phillips Brooks

Charles Spurgeon, el predicador que constantemente dependía de las oraciones de su gente, siempre tenía salones llenos de personas ansiosas de escucharlo. El secreto de esto puede descubrirse en sus propias palabras: “Parece que el camino de Jehová es disminuir a quienes Él desea elevar, y desnudar a quienes Él desea vestir. Si ese es Su camino, entonces es el mejor y el más sabio camino. Si ahora yo encuentro que estoy siendo llevado hacia abajo, puedo regocijarme porque estoy viendo el prefacio de la elevación. Mientras más somos humillados por gracia, más seremos exaltados en gloria. Debemos dar la bienvenida a ese empobrecimiento que Dios usa para enriquecernos.”

“Oh, Señor, tú me has estado llevando hacia abajo últimamente, y me has hecho sentir mi insignificancia y mi pecado. No es una experiencia placentera, pero te suplico que sea beneficiosa para mí. Oh, que tú quieras prepararme para llevar después una mayor carga de deleite y utilidad, y cuando esté listo para ello, ¡concédemelo por amor de Cristo! Amen.”

Derribando el Edificio

Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando... toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios. (2 Co 10:4,5)

ES sorprendente como la misma verdad pudo llegar a ser comprendida por cristianos que vivieron con más de un siglo de diferencia. La misma verdad que Madame Guyón, una francesa católica, trajo a nuestra atención en la lectura anterior, fue revelada a George Bowen, un presbiteriano estadounidense, muchos años después. Es seguro que el mismo Espíritu Santo fue el maestro de ambos. Citamos del libro de Bowen, *Amor revelado*:

“Desafortunadamente hay quienes están levantando un monumento alto, piso sobre piso, intentando colocar la piedra viva en algún lugar de su parte más alta cuando el monumento esté terminado, ¡para que así Dios lo transporte todo al Cielo! No... todo debe derribarse, cada una de sus piedras; y deberían tener temor de no tener tiempo de derribarlo y de colocar un nuevo fundamento antes de que el gran terremoto retumbe a través de la tierra, porque el cemento que están usando se endurece rápidamente, y las piedras se pegan unas a otras como si ese fuera su lugar natural. Están colocándole tantos adornos, y tiene tantos admiradores, que los hace estar cada día más satisfechos de su propia obra. Cada día ellos mismos se van convirtiendo más y más intensamente en su propia meta; y la demolición de un monumento tan costoso, que fue levantado con tanto trabajo, sonará como el estrépito de un mundo que está pereciendo.”

“Entonces, las escuelas del mundo, que están tan lejos de preparar a sus alumnos para la escuela de Cristo, hacen menos y menos posible que sus alumnos puedan alguna vez ser llevados a Dios. Y aquí descubrimos una razón muy importante de esa falta de entendimiento que existe entre los alumnos de Cristo y otros estudiantes.”

En otra porción de su libro, el autor se pregunta por qué el mundo odia a los cristianos, ya que ellos tienden a mostrar amor y desean la redención de las demás personas. Entonces procede a responder su propia pregunta:

“Considere esto: la misión de los cristianos es quitar de los hombres algo que aprecian mucho; reducirlos a una condición que les parece peor que la esclavitud; llevarlos a un exilio perpetuo; frustrar toda empresa

que tengan en su corazón; de hecho, podría decirlo, matarlos. ¿Le horroriza esto? Óigame hasta el final.”

“Nada hay más importante para el hombre de este mundo, que la idea de su propia bondad, falta de culpabilidad e irreprochabilidad. Todos los días de su vida él ha estado tratando de construir en su propio mundo interior, un elevado edificio, una Torre de Babel, un monumento para su propia alabanza que le permita, cuando llegue el momento, dar el paso desde el pináculo de su edificio hasta el Cielo. Diariamente se ha ocupado en tallar las piedras de su experiencia diaria, para darles la forma que se conforme a ese monumento. Diligentemente, durante toda su vida, ha batallado con las insolentes voces de una impía conciencia, estableciendo mediante sucesivas victorias sobre ella, el difícil hecho de que él es una persona a quien Dios mirará benignamente, si es que no con admiración.”

“Usted llega a esa persona en el nombre de Cristo, con el propósito de despojarla de la idea de su propia bondad. Su objetivo es hacer lo que su tormentosa conciencia, con todas las ventajas de tiempo y lugar, no ha podido hacer. ¿Cree que tras haber peleado contra el Goliat de su propia conciencia tantas veces, y tan exitosamente, estará dispuesta ahora esa persona a ser derrotada? ¿Permitirá que usted tenga victoria y lo despoje del convencimiento de su propia integridad ante los ojos de Dios, después de haber librado mil batallas para obtener esa perla de gran precio?”

“Usted le dice que no es más que un rebelde contra el Dios Altísimo, y que nunca ha sido otra cosa; que toda su justicia es despreciable a los ojos de los cielos; que merece la ira de Dios... y le pide que acepte esa imagen de sí mismo. Usted le está pidiendo que se juzgue a sí mismo como merecedor de castigo eterno. ¿Sería más fácil que rindiera todo lo demás, antes que rendir su propia naturaleza! La autoestima permea toda su naturaleza como las fibras de un cáncer, y pedirle que la deje es como pedirle que rinda su vida.”

El Sitio Para Su Construcción – Nuestras Ruinas

Te perdiste, oh Israel, mas en mí está tu ayuda. (Os 13:9)
Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada.
(Jn 6:12)

HAROLD St. John era un profundo estudioso de la Biblia que compartió sus riquezas con innumerables personas. Su hija Patricia fue misionera por algunos años en el norte de África. De la riqueza de sus experiencias, ella escribió libros para niños que aún están hoy en el mercado. Es evidente, de uno de sus poemas, que ella había llegado a experimentar este secreto del Señor: que nuestro fracaso y frustración son las ruinas que el Maestro escoge como sitio para su construcción:

“Mi Maestro tiene un elixir para convertir
Todas las sustancias simples e inútiles en oro.
De escombros de piedras, Él diseña palacios
Hermosos y majestuosos que podemos contemplar.
Con el cuidado de hábil artesano, Él recogerá
Todo lo que hemos descartado, y nuestro lloro quitará.
Sus ojos ven ópalos en bruto en la roca,
Y vasos bien formados en nuestro arrogante barro.
La suma de las oportunidades perdidas en la vida,
Las amistades rotas, y los años desperdiciados,
Son Su materia prima; Sus manos
Toman los fragmentos y les dan forma con Sus lágrimas.”

“¡Nuestro paciente alquimista espera Su tiempo!
Espera mientras el viento sur reposa y el viento norte sopla,
Y el ego cansado, enemistado consigo mismo,
Amargamente despacio, obra su propia destrucción.
Entonces, cuando nuestros sueños se disipan como el humo,
Nuestras majestuosas carreteras finalmente desaparecen,
Nuestros aiosos castillos como polvo se desmoronan.
Despojándonos de todo, salvo del fuerte deseo,
Él viene con pasos resueltos y lentos,
Y acepta un corazón contrito como Su sacrificio.”

“(Ningún otro postor se levanta a pujar en la subasta,
Solamente Él pone un precio a nuestras ruinas.)
E inclinándose muy bajo, cuidadosamente graba
Su nombre, indeleble, sobre nuestro polvo;
Y desde las cenizas de nuestra propia desesperación,
Brilla una llama de esperanza y de humilde confianza.
Él no busca un segundo sitio donde construir,
Sino sobre los antiguos cimientos, piedra por piedra,
Cementando la triste experiencia con gracia,
Modela un templo más fuerte para Él.”

–Usado con permiso

Encontramos esta historia preciosa en un antiguo ejemplar del *Heraldo Cristiano*: “Un pobre aprendiz hizo una vez una ventana para una catedral utilizando pedazos de vidrio que su maestro había descartado. Cuando la completó, la ventana obtuvo la admiración de todos. El presuntuoso trabajo del maestro fue rechazado, y la ventana elaborada con materiales de desecho fue puesta en un lugar de honor en la Catedral. La sabiduría del mundo hizo su pintarrajeada ventana con los sabios, los educados y los justos; pero el desconocido Jesús de Nazaret llegó a ser el arquitecto de una nueva sociedad. Él rechazó al noble y al sabio, y escogió el mismo material que la sabiduría del mundo había descartado; y de lo desechado de la sociedad, Él ha levantado a los hijos caídos de los hombres y los ha colocado como joyas que brillarán por siempre en la diadema de Su gloria.” –Sra. G.

John Milne se había ofrecido como candidato a la Sociedad Misionera. Pero ellos, a pesar de la necesidad de enviar a alguien a ayudar a Robert Morrison, no se sentían inclinados a enviarlo debido a sus muchas deficiencias. Después de hacerle ver sus deficiencias, le ofrecieron un puesto de sirviente más que de misionero. John Milne respondió: “Si no soy considerado apto para funcionar como misionero, iré gustosamente como sirviente. Estoy deseando ser un leñador o un aguador, o prestar cualquier servicio que haga avanzar el reino de mi Amo celestial.”

Años después, el Dr. Milne fue reconocido por todos como uno de los mejores y más competentes obreros en el lugar. Dios había tomado los fragmentos para construir con ellos Su edificio misionero en China.

Derrumbar Mi Torre Primitiva

*Edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo.
(Gn 11:4)*

GEORGE Matheson, un ministro ciego escocés, compuso el hermoso himno: “Oh amor que nunca me abandonas”. Aunque no hubiera escrito otra joya más que esa, él habría dejado enriquecida a la humanidad; sin embargo, también escribió numerosos libros que inspiran y que revelan el hecho de que él fue un hombre que pudo comprender las Escrituras con mayor profundidad que muchos de sus contemporáneos. Las verdades que Madame Guyón y George Bowen nos compartieron en anteriores lecturas, Matheson las presenta en su original estilo. Comentando acerca de la construcción de la Torre de Babel, nos muestra cuán universal es la ambición humana de escalar posiciones:

“Este mundo es un lugar donde los seres humanos necesitan aprender a escalar; pero a escalar hacia abajo. Es muy natural para nosotros ir hacia arriba. El autor del libro de Job dice: *‘Como las chispas se levantan para volar por el aire, así el hombre nace para la aflicción.’* Yo creo que él quería decir: *‘El hombre nace para volar como las chispas, y por eso es afligido’*. De cualquier manera, esto es cierto.”

“Nuestros tempranos peligros provienen de nuestras tempranas audacias, no de nuestra temprana debilidad. El joven Adán siempre comienza con el árbol más grande y siempre se cae. La educación de Dios en la tierra consiste en una serie de lecciones sobre ‘como descender’ para la moderación de los apetitos. La oración cristiana es en sí misma una moderación de los apetitos. Es rehusarse definitivamente a decir que algo ‘es mío’. Es rehusarse a pedir aquello que me elevará sobre otras personas. Es el clamor por tener mis vestiduras repartidas entre la multitud. Es el impulso, la determinación, el instinto, de compartir.”

“Señor, ¡derrumba mi torre primitiva! Está construida con arrogancia infantil, no con la humildad de un hombre maduro; ¡derrumba mi torre primitiva! Mis momentos de mayor debilidad son mis momentos de mayor codicia. Nunca se es tan egotista como en la cuna; ¡derrumba mi torre primitiva! Como las chispas, yo he nacido para volar hacia arriba y para dejar atrás a mi hermano. Necesito un

segundo nacimiento; necesito la habilidad para volar hacia abajo. Necesito más peso sobre las alas; todo peso será para mí ‘un peso de gloria’...”

“Señor, tú me has detenido en mi viaje a Damasco. Tú has transformado mi autoconciencia en humildad. Yo inicié mi camino con confianza ilimitada en mí mismo; sin sentir obstáculo alguno, sin experimentar dificultades. De pronto, en un recodo del camino mi alma se paralizó. La confianza se desvaneció. El mundo ya no se presentaba delante de mí como un lugar agradable. Cayó una niebla sobre la escena, y ya no pude encontrar mi camino. Todo esto sucedió en el encuentro con un Hombre, un hombre de Nazaret. Antes de encontrarme con Él, el orgullo de mi ‘yo’ era ilimitado y decía en mi corazón: ‘Yo determinaré mi propio destino’. Pero una mirada al Hombre de Nazaret me condujo hacia abajo. Mi propia apetecida gloria llegó a convertirse en cenizas; mi imaginaria fuerza se convirtió en debilidad; me golpeé el pecho y grité: ‘¡Inmundo!’”

“¿Me lamentaré de haber conocido a ese Hombre? ¿Lloraré porque un rayo de luz a la vuelta del camino lanzó a las sombras toda mi grandeza? No, Padre mío, porque la sombra es el reflejo de la luz. Es porque he visto tu belleza que la humanidad se ha vuelto borrosa. Es la magnificencia lo que me ha hecho humilde. He visto por un momento un ideal perfecto, y su resplandor ha eclipsado mi insignificante vela. No es la noche, sino el día, lo que me hace ciego a todo lo que es mío. Es la luz la que me hace aborrecerme a mí mismo.”

–Pensamientos de El viaje de la vida

Sintiendo a medias nuestra propia debilidad,
Ponemos nuestras manos en las tuyas—
Conociendo a medias nuestra oscuridad,
Pedimos la luz divina.
Entonces, cuando tu fuerte brazo nos sostiene
Es cuando más sentimos nuestra debilidad,
Y tu amor y tu luz a nuestro alrededor
Nuestra oscuridad revela.

–Autor Desconocido

Obtenemos la Humildad Cuando Aspiramos a Ella

Oh Jehová, ¿qué es el hombre, para que en él pienses, o el hijo de hombre, para que lo estimes? (Sal 144:3)

PHILLIPS Brooks era un muy amado ministro episcopal en Boston. La lectura de sus meditaciones sobre las Escrituras ha sido de gran bendición: “Cuando Cristo nos mostró a Dios, entonces el hombre sólo tuvo que pararse con su mayor estatura y ver hacia arriba al infinito sobre él, para ver su pequeñez. Y siempre, el camino verdadero para ser humilde no es agacharse hasta ser más pequeño que uno mismo, sino pararse normalmente frente a esa Naturaleza infinitamente más alta, que nos mostrará cuál es la pequeñez real de nuestra mayor grandeza...”

“La humildad ficticia siempre desprecia la naturaleza humana. La humildad genuina siempre permanece en amor y adoración, glorificando a Dios.”

“Para recibir la humildad debemos aspirar a ella. A través de la historia cristiana, las almas que más han visto hacia arriba han sido las más humildes. Hoy, como siempre, la liberación de un alma del absurdo orgullo no se produce depreciando los logros pasados, sino visualizando la inmensidad de los logros futuros que un alma humilde puede llegar a alcanzar. El hombre cristiano debiera mantener su alma rebosante del sentido de su propia insignificancia, incluso en medio del más arduo trabajo para Cristo. Pero no logrará hacer esto negando su propia estatura, sino permaneciendo parado con toda ella, y luego mirando hacia arriba con admiración y asombro. Al ver la torre de Dios irguiéndose hasta el infinito por encima de él, se dará cuenta de que su estatura no es comparable ni por asomo con la de Cristo. En el espíritu de ese hombre quedará impreso el carácter que encierra lo que Jesús es, un carácter con la excelencia singular de la humildad. Esta excelencia resuelve el problema de la infidelidad y el orgullo, y hace posible que ese hombre reciba la humildad a la que aspira.”

Hay dos clases de humildad: la que se inclina, y la que se eleva; la humildad del siervo que mira hacia abajo, y la humildad del hijo que ve hacia arriba. Esta última no produce una religión rígida y dura llena de ceremonias, sino una relación simple, gozosa y agradable a Dios.

—Profesor Dowden

No deseando un lugar principal,
Ni autoridad o poder,
Sino solamente tu rostro contemplar
Diariamente y hora tras hora.

Marcando la mansedumbre que condujo
Tus pisadas a la cruz,
El dolor que tú escogiste en ese lugar,
Y todo lo terrenal que decidiste dejar.

¿Estaré orgulloso de dones que hacen
Mi vida más llena de libertad?
¿Puedo yo ser vano cuando sólo he tomado
Cada beneficio de ti?

Abajo en el polvo, mi alma muy bajo se hundirá,
Ante el desagradable orgullo
Que amenaza mi alma como enemigo mortal
Y que de tu lado me quiere apartar.

Levántame, pero no al poder,
No al lugar principal,
Sino al lugar donde cada día, cada hora,
Tu rostro yo pueda ver.

—G. M.

Encontraré fácil humillarme cuando compare mi carácter con el de Dios, y encontraré fácil tomar el lugar bajo cuando conozca mi verdadera condición. —Anónimo

Cuán precioso es pensar que cuando alguien se humilla, no pasa inadvertido delante de Dios. Los ojos de Dios están constantemente sobre las personas humildes. Él no puede resistirse ante una persona humilde. “Los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de quienes le temen.” La persona que teme al Señor es humilde, porque temer a Dios es tener una aguda conciencia de Su presencia. Cuando estamos conscientes de la presencia de Dios, puedo decirle que somos muy pequeños. Nos engrandecemos ante nuestros propios ojos cuando perdemos el sentido del toque divino en nuestra vida; cuando pensamos que Él se ha convertido en un Dios lejano, que repentinamente se ha hecho remoto. El verdadero temor de Dios es un reconocimiento de Su inmediata presencia. Y nadie puede ser orgulloso cuando está consciente de la presencia de Dios. —Robert Cox

El Alma Cegada Por Dios

Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado... para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres. (1 Co 2:2,5)

THOMAS Kelly era profesor de Filosofía Oriental y Occidental, en varias universidades cuáqueras y seculares en los Estados Unidos. A los cuarenta y cuatro años llegó a tener una relación viva y vital con Dios, y ello cambió su perspectiva durante los restantes cuatro años que le quedaban de vida. Citamos lo siguiente de su profundo libro devocional: *Un testamento de devoción*:

“¡En pos de cuántas baratijas hemos corrido en la vida; en la búsqueda de cuántas mezquinas frivolidades hemos desperdiciado nuestros años, ministrando para realzar nuestro propio pequeño ‘yo’! ¡Y cuántas angustias innecesarias hemos sufrido porque *nuestro* pequeño ‘yo’ fue derrotado, no fue adulado, no fue acogido y mimado! Pero el Dios cegador hace desaparecer este ‘yo’, y da humildad y una verdadera identidad totalmente llena de Él. Porque así como nos da obediencia, por Su gracia nos dará la medida de humildad que aceptemos. Pero ni siquiera eso es nuestro, sino de Él, quien también nos da la obediencia.”

“Pero el alma cegada por Dios permanece humilde sólo mientras continúe mirando constantemente hacia el Sol. El crecimiento en la humildad es proporcional al crecimiento en el hábito de tener una mente dirigida hacia Dios. Y sólo está cerca de Dios quien es extremadamente humilde. Las mayores profundidades de la pobreza santa y voluntaria no se encuentran en la pobreza económica, tan importante como pueda ser; se encuentran en la pobreza de espíritu, en la mansedumbre y en la humildad del alma.”

“Los frutos de la obediencia santa son muchos, pero dos de ellos están tan estrechamente unidos, que difícilmente pueden tratarse por separado. Estos son la pasión por la santidad personal, y el sentimiento de completa humillación. Dios inflama el alma con un anhelo de absoluta pureza. Pero Él, en Su gloriosa singularidad, nos vacía de nuestro ‘yo’ para que Él pueda llegar a serlo todo.”

“Al final de cuentas, la humildad no reposa en nuestro desconcierto, desánimo y disgusto frente nuestras vidas desgastadas; ni en un ceño intimidatorio o en una actitud de culpabilidad. Descansa en la

revelación de la consumada maravilla de Dios, en la certeza de que sólo Dios cuenta, y que todas las intenciones organizadas que se originan en nuestro ‘yo’, son obras de paja. Y así, en mansa humillación, debemos adherirnos a la Raíz y contar nuestras propias capacidades como nada, excepto en la medida en que estén voluntariamente esclavizadas bajo Su poder.”

“¡Pero tan escurridizo como una comadreja es el orgullo! Nuestro conocimiento se arrastra entre nuestros sermones, quizás a través de una ingeniosa cita que no añade nada a la gloria de Dios, pero sí un poco a la nuestra. Nuestro ingenio en los negocios nos produce tanta autoadulación, como la que pueda producir la posesión misma del dinero... Ser ‘un miembro importante en la iglesia’ puede producir en nosotros un orgullo secreto, sin siquiera admitirlo. Sí, incluso el hacernos estar orgullosos de nuestra propia humildad, es uno de los trucos favoritos del diablo.”

“Pero la humildad brota de una ceguera santa, tal como la ceguera que produce el mirar fijamente al sol. Porque después de verlo así, hacia donde se vuelvan los ojos en esta tierra, no se verá más que sol. El alma cegada por Dios no ve nada de sí misma; nada, ni de degradación ni de eminencia personal; sólo ve a la Santa Voluntad trabajar impersonalmente a través de ella y de otros, como una expresión de Vida y de Poder.”

La gente del mundo valora sus gemas hermosas;
A sus irreales juguetes de polvo se aferra;
De riqueza, fama y placer se jacta;
Pero yo sólo en Jesús confiaré.

Desde que mis ojos fueron puestos en Jesús,
He perdido de vista todo lo demás;
La visión de mi espíritu ha quedado fija,
Para ver a Jesús crucificado.

—Mary D. James

Invisible Por Investidura Divina

La altivez del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada; y sólo Jehová será exaltado en aquel día. (Is 2:17)

“UN neófito es una persona que se inclina a tomar para sí el crédito de lo que el Señor ha hecho a través de ella.” Dios no nos permite alcanzar grandes resultados, porque en el instante en que somos favorecidos con Su bendición, actuamos como la niña a quien le dieron una regadera nueva. Feliz, corrió al jardín y empezó a regar las macetas. Entonces empezó a llover. Caían grandes gotas, pero eso no agradó a la niña y su rostro se ensombreció. Viendo caer las gotas por unos minutos, exclamó: “Mamá, ¿no sabe Dios que ahora yo tengo una regadera?”

Esto nos recuerda a un evangelista que se jactaba de estar planeando realizar servicios en Europa, y que esperaba romper el récord de San Pedro de tres mil convertidos. El hombre se pavonea, orgulloso de sus pocas gotas de bendición, esforzándose en vano por competir con los copiosos aguaceros de Dios. ¡Cuán parecidos a la niña con su regadera son los insignificantes esfuerzos humanos, comparados con el diluvio de la bendición de un avivamiento!

Torrey dijo: “Oh, cuántos hombres con gran potencial han sido usados por Dios, y luego piensan que ellos son todo, y ¡Dios se ve obligado a hacerse a un lado! Creo que más obreros con gran potencial se han estrellado contra las rocas debido a la autosuficiencia y la autoestima, que por cualquier otra causa.”

“Yo puedo ver cuarenta años o más hacia atrás, y pensar en muchos hombres que ahora han naufragado o están en ruinas, y de quienes en una época el mundo pensó que iban a ser algo grandioso. Pero ellos han desaparecido completamente de la vista pública. ¿Por qué? A causa de haber sobreestimado su ‘yo’.”

Conocí un joven de alma grande y elevada,
Un alma encendida con altos propósitos celestiales;
Como los de una joven águila, sus claros y serios ojos,
Fijos en el sol, no podían escoger una meta menos alta.
Para la verdad vivió; y el amor, un carbón encendido
Del alto altar de Dios, proveía el fuego
Que encendía sus mejillas como la mañana tiñe el cielo,
Y lo mantenía puro por su divino control.

Últimamente lo vi, reposado y próspero,
De digna presencia y aire distinguido.
La sonrisa cínica de autosatisfacción estaba allí,
El mismo aire alrededor de él respiraba éxito.
Pero por los ojos del amor, demasiado claro vi
Los restos de lo que él habría podido llegar a ser.
—Autor Desconocido

Alexander Maclaren ha dicho que la razón por la cual tan pocas personas son ungidas con el Espíritu Santo para el servicio, es porque “son muy pocos los que están dispuestos a volverse invisibles por la divina investidura”. Es sólo cuando tomamos el lugar bajo delante de Dios y nos podemos considerar a nosotros mismos como nada, que el Espíritu Santo puede usarnos.

La humildad es una clase de grandeza mental. El hombre humilde crece en conocimiento, poder y utilidad. Tiene un punto de vista amplio, libre y feliz de la vida. Rehúsa llegar a sentirse víctima frente a los desprecios, molestias y hostilidades. Él no va a confinar su alma a que bata sus alas contra los barrotes de la jaula de su autoestima.

Pero el hombre orgulloso se siente frustrado en cada esquina; no avanza por un camino, porque ha sido hecho de lado, pero tampoco seguirá por otro camino, porque eso sería cambiar de idea. Entonces no progresa; y habiendo sido un hombre, se convierte en ratón. Así viene a pasar que “quien se exalta será humillado, y quien se humilla será exaltado. —*Cofre del Tesoro*

La Herencia de Dios Para los humildes

Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. (Mt 5:3)

BIENAVENTURADOS son los pobres en espíritu... Toda la abundancia de Dios se derramará a través de obras o dones al alma que es lo suficientemente humilde para poder recibirlos sin enorgullecerse debido a ellos.

Dios nos bendice hasta el punto y la medida en que le es seguro hacerlo. Si no obtenemos una bendición, es porque Él considera peligroso dárnosla. Si nuestro Padre celestial permitiera a nuestro orgulloso espíritu obtener una victoria en Su guerra santa, usurparíamos la corona, y cuando enfrentáramos a un nuevo enemigo podríamos caer derrotados. Así que Dios nos mantiene abajo por nuestra propia seguridad.

Cuando un hombre es sinceramente humilde y nunca se aventura a apropiarse ni de una pizca de la alabanza, escasamente habrá límite a lo que Dios pueda hacer a través de él. La humildad nos prepara para poder ser bendecidos por el Dios de toda gracia, y nos equipa adecuadamente para tratar con nuestro prójimo. —C. H. Spurgeon

Alexander Duff, un muy bien conocido misionero y educador, comentaba: “La única cosa que realmente me molesta, es que ya están publicando toda clase de extravagancias acerca de mí en los periódicos. El resultado natural de todo esto es que mi espíritu se paraliza, porque la gloria es tomada del Creador para dársela a la criatura. Esto es pecado, y el Santo y Celoso Dios no lo permitirá, sino que como envía el rocío, enviará destrucción desde Su adolorido desagrado. ¡Oh, es por gracia, gracia, gracia!”

Cada acción

Que evita los frívolos aplausos de la humanidad,
Será desplegada a sorprendidos millones
Como un monumento de gracia.

—C. P. Layard

“El amor a la gloria sólo puede producir un gran héroe; el desdeñarla dará origen a un gran hombre”, dijo Talleyrand. Y con esa máxima como regla, podemos concluir que Lutero fue ciertamente un gran hombre, a pesar de lo que algunos puedan opinar de él.

Melancthon había ordenado en Wittemberg que los estudiantes se pusieran de pie cuando Lutero entrara a dictar sus conferencias. A pesar de que se trataba de una antigua costumbre universitaria, como al humilde Lutero no le agradaba, dijo: “Desearía que Philip derogara esta vieja costumbre. Estas señales de honra me obligan a presentar más oraciones para mantenerme humilde. Si me atreviera, ¡me retiraría sin haber leído mi conferencia!”

Cuando un amigo le propuso que dedicara alguno de sus escritos a Jerome Ebner, un muy renombrado jurisconsulto de Nuremberg, Lutero respondió modestamente: “Ustedes tienen en demasiada estima mis trabajos, pero yo tengo una pobre opinión de ellos. Sin embargo, queriendo satisfacer su deseo, busqué entre mis papeles, los cuales nunca había visto tan insignificantes como ahora, y no pude encontrar algo que no pareciera totalmente indigno de ser dedicado a tan distinguida personalidad, por un individuo tan insignificante como yo.” —Conversación de sobremesa

“Yo oro”, dijo Lutero en otra ocasión, “porque dejen en paz mi nombre, y no se autodenominen luteranos sino cristianos. ¿Quién es Lutero? Mi doctrina no es mía. Yo no he sido crucificado por nadie. Pablo no permitió que algunos se llamaran a sí mismos de Pablo o de Pedro, sino de Cristo. ¿Cómo sería entonces apropiado para mí, una miserable bolsa de polvo y cenizas el dar mi nombre a los hijos de Cristo? Abandonen, queridos amigos, estos nombres y distinciones partidarias. Rechácenlas todas, y llamémonos solamente cristianos, en honor a Aquél de quien procede nuestra salvación.”

Cuando yo contemplo la asombrosa cruz
En la que el Príncipe de gloria murió,
Mi más abundante ganancia cuento por pérdida,
Y derramo desprecio sobre todo mi orgullo.

No permitas, Señor, que me gloríe, más
Que en la muerte de Cristo, mi Dios;
Todas las cosas vanas que me atraen,
Las sacrifico a Su sangre.

—Isaac Watts (del himno en inglés
“When I Survey the Wondrous Cross”)

La Omnipotencia de Las Vestiduras Frágiles

*Aunque fue crucificado en debilidad, vive por el poder de Dios.
(2 Co 13:4)*

Cuando soy débil, entonces soy fuerte. (2 Co 12:10)

PODEMOS ver que en la naturaleza, las fuerzas más poderosas se manifiestan mejor a través de los medios más frágiles. La tremenda energía conocida como electricidad, funciona en forma más efectiva a través de delgados filamentos. La poderosa corriente magnética es revelada en la temblorosa aguja. El pensamiento no está localizado en un órgano como el puño de la mano, que es todo hueso y músculo; el lugar escogido es el delicado cerebro, y funciona a través de minúsculas células y tenues películas que, comparadas con ellas, los hilos de la telaraña son gruesos. La vida no reside en el masivo esqueleto, sino palpita por las venas que son como un cordón de plata de alarmante delicadeza.

Este principio se manifiesta en forma suprema en el cristianismo, en el que la cruz es la última y más alta expresión de poder. El aspecto de fragilidad involucra omnipotencia. “Porque aunque fue crucificado en debilidad, vive por el poder de Dios”. En el momento de su mayor debilidad, Cristo tuvo la conciencia del poder omnipotente y de la completa seguridad de victoria. “¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y Él me daría más de doce legiones de ángeles?” Cuando entendamos más profundamente la grandeza de nuestro Maestro, podremos compartir la confianza y la paz que Él tuvo.

La Iglesia de Dios es el teatro de la decepción y del fracaso. Nada en ella parece tener éxito. Los obreros desaparecen cuando más se les necesita; costosas iniciativas nacidas en medio del entusiasmo, son enterradas en medio de lágrimas; obras que nacen en poesía, mueren en prosa; estamos angustiados por todos lados por la demora y el desastre. Hay más fracasos entre nosotros que en cualquier otra parte. Sufrimos más derrotas que cualquier ejército. Nuestros naufragios exceden a los de alta mar. Si nuestras bancarrotas fueran comerciales, todos los días habría pánico en la Bolsa de Valores. Y todo eso es lo que involucra nuestra propia gloria.

El sentimiento de fracaso se hace más agudo mientras más alto se apunta, y el listado de derrotas sólo refleja la grandeza de la empresa. Piense en los enemigos que enfrentamos: nuestra enorme ambición,

nuestro inmenso campo de acción, las difíciles circunstancias en que trabajamos; no es de asombrar, entonces, que sintamos una grande y profunda sensación de fracaso.

Pero nuestros fracasos son éxitos infinitos, nuestras derrotas, victorias, nuestros mártires, conquistadores; desmayamos sólo para prevalecer, morimos para vivir en el poder y la belleza de la resurrección... Aquel que es el mismo ayer, hoy y por los siglos, sabe todo esto. Es Su programa; y Él no se descorazona. –W. L. Watkinson

Hechos sabios por el fracaso y la derrota,
Finalmente llegamos a conocer
Qué fuerza se encuentra en nuestra debilidad,
Qué debilidad en nuestra fuerza.

Qué paz interior nace del conflicto,
Qué poder al desgastarnos;
Qué alas para nuestra vida superior
Es el noble descontento.

¡Oh, Señor, necesitamos tu apariencia genuina
Que quema todo bajo deseo;
La disciplina de tu reprensión
Que es fuego purificador!

–Frederic Lucian Hosner

Nuestro Señor murió en aparente fracaso, desacreditado por los líderes de la religión establecida, rechazado por la sociedad, y olvidado por Sus amigos. El hombre que lo envió a la cruz fue el exitoso estadista cuya ambiciosa mano besaban los corruptos políticos. Fue necesaria la resurrección para demostrar cuán gloriosamente Cristo había triunfado, y cuán trágicamente el gobernante había fallado.

–A. W. Tozer

Reinamos Cuando Servimos

El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. (Jn 12:25)

UNA paradoja se define como “una idea o proposición opuesta a la opinión común y al sentir de las personas, que aparentemente es absurda, pero que de hecho es verdadera.”

El Evangelio de Cristo está lleno de paradojas, porque los pensamientos y caminos de Dios se encuentran en un plano más alto que los pensamientos y caminos del hombre y, por lo tanto, parecen imposibles e incluso absurdos desde el punto de vista meramente humano, así como las afirmaciones y acciones de un astrónomo que explora los cielos con un telescopio, parecerían absurdas a los salvajes en el corazón de África. Veamos algunas de estas paradojas:

Vemos cosas que no se ven. (2 Co 4:18)

Conquistamos cuando nos rendimos. (Mt 5:5) (Ro 12:20,21)

Reposamos bajo un yugo. (Mt 11:28-30)

Reinamos cuando servimos. (Mr 10:42,44)

Llegamos a ser grandes cuando nos hacemos pequeños. (Mt 18:4)

Somos exaltados cuando somos humillados. (Mt 23:12)

Llegamos a ser sabios haciéndonos necios. (1 Co 1:20,21)

Llegamos a ser libres cuando nos hacemos esclavos.

(Ro 6:17-22) (Ro 8:2)

Poseemos todas las cosas cuando no tenemos nada. (2 Co 6:10)

Todas las cosas son nuestras porque no nos pertenecemos.

(1 Co 3:21) (1 Co 6:19)

Cuando somos débiles, entonces somos fuertes. (2 Co 12:10)

Triunfamos por medio de la derrota. (2 Co 12:7-9)

Nuestra honra está en nuestra vergüenza. (Fil 2:5-11) (Lc 6:26)

Nos gloriamos en nuestras debilidades. (2 Co 12:5)

Vivimos si morimos. (Jn 12:24,25) (2 Co 4:10,11)

—Palabras brillantes, 1902-1907

“Ustedes brillarán más”, dijo Shelhamer, un ministro y autor, “al renunciar a su propio brillo; irán más rápido al caminar lentamente con su Dios; crecerán eternamente, si se sientan en una banca baja; reinarán sobre otros, si los dejan reinar sobre ustedes; salvarán su vida, perdiéndola.”

Hazme un cautivo, Señor,
Y entonces seré libre;
Oblígame a rendir mi espada,
Para ser así un conquistador.
Me hundo en los temores de la vida
Cuando por mí mismo estoy de pie;
Aprisioname entre tus brazos,
Y fuerte será mi mano.

Pobre y débil será todo mi ser
Hasta que un amo pueda encontrar;
No tendrá seguridad en su actuar—
Pues con el viento podrá variar.
Libremente no se puede mover,
Hasta que sus cadenas vengas a forjar;
Esclavízalo con tu incomparable amor,
E inmortal por siempre reinará.

Mi voluntad no me pertenecerá
Hasta que tuya la hagas tú;
Si ella un trono real va a alcanzar,
A su corona tendrá que renunciar;
Sólo sin doblegarse podrá permanecer,
En medio de la lucha destructora,
Cuando en tu regazo se pueda apoyar
Y encontrar su vida en ti.

—George Matheson

El Agua Busca el Nivel Más Bajo

Empero ¿dónde se hallará la sabiduría? ¿Y dónde está el lugar de la prudencia? Cuando él hizo ley a la lluvia, y camino al relámpago de los truenos. (Job 28:12,26)

LILIAS Trotter, una mujer inglesa de prometedor talento artístico, abandonó todos sus prospectos mundanos y viajó como misionera al norte de África con otras dos compañeras. Todas tenían mala salud; no conocían a nadie en el lugar; ninguna entendía el idioma. Pero su Dios era demasiado grande como para que pudiera fallarles.

A Liliás Trotter le gustaba estudiar la naturaleza, y estudiando las leyes que la gobiernan, las aplicó al plano espiritual. Ella recibió mucho consuelo de las palabras que Dios dijo a Job, y comenta así los versos anteriores:

“...Dios encuentra el camino para el viento, y las aguas, y los relámpagos. Estudiando este verso, fui poderosamente bendecida al darme cuenta de los siguientes hechos relacionados con esos caminos:

“El camino para el viento es en la región del vacío más grande.”

“El camino para el agua es hacia el lugar de mayor profundidad.”

“El camino para el relámpago es junto a la línea de la mayor debilidad. ‘Que un hombre sea necesitado’ es la condición de Dios para infundirle entendimiento espiritual...”

“En nuestras tierras del norte, el curso de un cauce de agua se muestra como el verde más brillante del campo, interrumpido por una onda y un brillo y un titileo a través de juncos, helechos y musgos. No son así los canales de agua en África; tampoco lo son los de Dios en el reino espiritual.”

“En África puede detectarse un canal buscando el lugar más desolado y vacío de todos –deseñado por el sol, con piedras redondeadas, extendiéndose a través de una planicie o de una hondonada, zigzagueando entre los valles que unen el Sahara con el norte del continente.”

“Pero en invierno y verano puede verse en esas desoladas cuencas un suministro de agua que va hacia los oasis que se apiñan entre los acantilados y baluartes donde las mesetas se entremezclan con el desierto. Al seguir la hondonada camino arriba hasta que se convierte en una zanja, probablemente se encontrará que ésta empieza con un pequeño agujero en la arena de no más de un par de pies de

ancho, en el cual hay una charca de donde brota una burbuja de vez en cuando. En esa charca está la fuente de vida para el oasis que se encuentra camino abajo.”

“El agua empieza a socavar esa zanja en el nivel más bajo que puede encontrar, y continúa socavando hasta llegar a formar un verdadero barranco. De esta forma busca llegar a cumplir finalmente su misión, que es la razón de su solitario sendero: eliminar la escasez o carencia por medio del cada vez más profundo vacío. En la última curva de su barranca ya habrá obtenido el éxito de su misión, pues un poco más allá se extienden miles y miles de palmeras esperando el tesoro que el curso del agua les lleva. La fuerza del agua, y el lugar bajo en la zanja que ésta ha cavado para sí, producen esta gran bendición –un oasis en medio del desierto. ‘Hendiste la tierra con ríos’.”

“Así sucede con nosotros; en lugar de una vida de consciente poder, la nuestra probablemente será, si es que Dios va a hacer alguna obra profunda en nosotros, un sendero de humillación, de despojamiento; un sendero vacío ¡en el que ninguna carne pueda gloriarse en Su presencia!”

“El camino va más y más hacia abajo en el valle de la humillación, a medida que la vida del ‘yo’ va siendo gradualmente revelada por la presencia de Dios. Una y otra vez, en lugar de la sensación de poder, viene más y más el abrumador sentimiento de insuficiencia, porque en la esfera espiritual, como en el mundo natural, si se quiere ver agua, se debe buscar en el lugar más bajo posible. Cualquiera que sea el ministerio, es la misma historia, el lecho del río yendo más hacia abajo cada vez, con nada de que gloriarse, sino de la maravillosa gloria de llevar el agua que da vida. ‘La muerte obra en nosotros, pero la vida en vosotros’, dicen los cauces del agua.”

“Sí, el camino ‘va cada vez más hacia abajo’, mientras toda la tendencia del hombre natural es la de elevarse a sí mismo con arrogante orgullo.”

Vacía tu corazón desconfiando de ti mismo, y Dios lo llenará con las aguas torrenciales de Su poder. –Autor Desconocido

El Lugar Bajo es la Meta

Estaba yo postrado, y me salvó. (Sal 116:6)

MALCOLM Muggeridge buscó la verdad durante muchos años. En el curso de esta búsqueda viajó a Rusia para explorar las posibilidades del comunismo, sólo para decepcionarse y desilusionarse amargamente. Finalmente pudo encontrar en Cristo la respuesta a su búsqueda, y nos exhorta así:

“Los cristianos debemos regocijarnos cuando vemos el deterioro de las instituciones e instrumentos de poder por todas partes; los imperios derribándose y haciéndose añicos, las finanzas en total confusión; los dictadores y todos los gobernantes, arrinconados por la confusión y los conflictos.”

“Porque es precisamente después de haberse agotado toda esperanza terrenal; después de haber buscado ayuda en todas las posibles fuentes terrenales, y no haberla obtenido; después de haber explorado inútilmente todos los recursos que este mundo ofrece, tanto morales como materiales; cuando en medio del frío entumecedor hemos echado el último leño al fuego, y en la cada vez más profunda oscuridad, el último rayo de luz finalmente se ha apagado —es entonces cuando la mano de Cristo se extiende segura y firme; cuando las palabras de Cristo traen su inexpresable consuelo; cuando Su luz brilla más fuertemente, terminando con la oscuridad para siempre. Así que, al encontrar en todas las cosas únicamente decepción y vacío, el alma es constreñida a recurrir a Dios mismo y a reposar satisfecha en Él.”

George Fox, un inglés fundador del movimiento cuáquero, fue usado grandemente hace algunos siglos, y pudo descubrir esta verdad asombrosa: “Cuando todas mis esperanzas en los hombres habían desaparecido, de manera que aparentemente ya no tenía a nadie que pudiera ayudarme, entonces, ¡oh, entonces! escuché una voz que decía: ‘Hay uno, Jesucristo, que puede ayudarte’... y cuando la oí, mi corazón saltó de gozo.”

C. A. Fox, un hombre de Inglaterra que fue uno de los primeros oradores en la Convención de Keswick, reitera la verdad escritural de que cuando somos llevados al lugar bajo encontramos ayuda: “Aprendemos que el Señor ayuda a quienes han sido llevados al

lugar bajo. Nosotros creíamos que el Señor nos ayudaba cuando estábamos intentando progresar, cuando mostrábamos determinación, o perseverábamos en el lugar que Él quería. Pero ahora entendemos algo más profundo: Dios salva a los pecadores; no a los que son sabios, y no a muchos nobles, sino a los necios y despreciados es a quienes Dios ha escogido. ‘Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños?’”

“¡Cuán poco pensábamos que ese pudiera ser el camino al cielo! Creíamos que íbamos a caminar en medio de brillantes luces y avenidas de ángeles; pero Dios nos ha mostrado ahora, que fue en los oscuros escalones del dolor, en los momentos en que nos llevó a un lugar muy bajo, que Él nos ayudó. ¡Oh, bendito sea Dios por la oscura escalera que nos conduce camino abajo hasta Su Cielo!”

¡Tú moras con el humilde, Señor!
Con los más sencillos habitas;
En los corazones como de niño
Estableces tu lugar de reposo.

¡Amado Consolador! ¡Amor Eterno!
Si Tú permaneces conmigo,
De pensamientos humildes y caminos sencillos
Construiré una morada para ti.

¿Quién hizo mi palpitante corazón
Sino Tú, mi huésped celestial?
Que nadie lo posea entonces, sino tú,
Para que sea el lugar de tu reposo.

—*Lyra*

Dios tiene dos tronos: uno en los más altos cielos, el otro en los corazones más humildes. —Autor Desconocido

La Tragedia de la Autosuficiencia

No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios.
(2 Co 3:5)

HACE algún tiempo tomé una revista y pude ver en ella un artículo titulado “Diez maneras de librarnos del miedo”. ¡Qué título! Así que empecé a leerlo. Me imaginé muy bien lo que el autor iba a decir, pero de todas formas decidí echarle un vistazo, y pude ver que eran las cosas que generalmente escribe un siquiatra.

En el último de los diez puntos él decía: “Tenga fe”. Puse en alerta mis oídos intelectuales por un momento, y le di vuelta a la página, donde continuaba diciendo: “Tenga fe en usted mismo. Ya ha pasado por esto antes, ya ha librado esta batalla en el pasado, así que podrá hacerlo otra vez”. Usted quizás sonría... pero a mí me duele el corazón, y no estoy exagerando. Esa es la tragedia de la filosofía moderna: la autosuficiencia.

La realidad es que soy pobre y desesperadamente necesitado. Hay en mí un deseo de que el Señor no me levante de mis rodillas, porque es cuando estoy allí que me encuentro en el lugar en que ocurren milagros. Yo soy un menesteroso. Esa era la convicción que tenía David sobre sí mismo. Así lo expresó cuando dijo: “Yo soy pobre y necesitado”.

Me gustaría que usted hubiera visto algunas de las brillantes ideas que tuve para intentar alcanzar a los hombres para Cristo. Era una enorme cantidad de ideas estupendas, tremendas; pero, una por una, sin importar cuán ingeniosas y brillantes fueran, todas fallaron; resultaron ser inútiles y sin esperanza. Entonces encontré que sólo había una manera; y me avergüenza mucho haber llegado al ocaso de mi vida y sólo haber acudido a ella de vez en cuando. Esa manera es postrarme con el rostro en tierra delante del Señor y decirle: “Señor, todo depende de ti. Yo soy impotente; soy un menesteroso.”

¡Menesteroso! ¡Menesteroso! ¡Menesteroso! A eso debo reducir mi vida, mi programa y mi servicio. Después de haber estado cinco años en Chicago, recibí la llamada de un hombre de parte de la junta directiva de una iglesia en New Jersey. Me dijo: “Pastor Redpath, nuestra iglesia no tiene pastor. ¿Sabe de alguien que pudiera ocupar el púlpito?” Yo mencioné a tres o cuatro hombres que conocía.

Entonces él empezó a preguntarme todo lo imaginable relacionado con su educación: ¿A qué universidades asistieron? ¿Qué grados académicos tenían? ¿Qué acerca de sus familias? Cuando terminó la larga conversación de más o menos quince minutos, me dijo: “Muchas gracias por informarme acerca de estas personas. Fue muy amable de su parte; pero ¿sabe?, ninguno de ellos es lo suficientemente grande para nuestro púlpito.” Espero que él no haya pensado que soy mal educado, pero no pude dejarlo irse sin decirle: “Señor, ¿está usted seguro de que no quiso decir que ellos no son lo suficientemente pequeños para su púlpito?”

Quiero decirle, amigo mío, si usted es un líder cristiano o trabaja en el púlpito, o cantando, o enseñando en la escuela dominical, o si usted está haciendo cualquier cosa para el Señor, no es a la celebridad, al gran hombre, a quien Dios busca; es al hombre quebrantado. Dios usa al hombre que Él ha aplastado hasta el punto de no ser ya nada más que la alfombra de la puerta por la cual camina la gente para poder llegar a Jesús.

Honestamente, creo que una de las maldiciones de la iglesia evangélica de este siglo, es que no nos damos cuenta de que somos menesterosos. Hemos llegado a ser desesperadamente autosuficientes. Es tan agobiante la locura de la moda por obtener una mayor educación, que hoy entrenamos a los jóvenes para ser autosuficientes, para que se especialicen en algo en lo que puedan destacar para llegar a ser celebridades.

Yo no tengo nada en contra de la educación. Obtenga la mejor que pueda; pero quiero recordarle lo que dijo Pablo acerca de la autosuficiencia. Siendo un hombre de destacada educación, y uno de los brillantes teólogos de su época, Pablo dijo: “Nuestra competencia proviene de Dios”. Han pasado dos mil años y la situación no es diferente. Nuestra competencia, nuestra ayuda, nuestra esperanza, no reside en programas ni en grados teológicos; ¡sólo reside en el Señor!

—Alan Redpath

La fe es depender de Dios. Y esa dependencia de Dios sólo empieza cuando dejamos de depender de nosotros mismos. Por otro lado, la dependencia de nosotros mismos sólo termina en algunos de nosotros, cuando las penas, sufrimientos, aflicciones, planes y esperanzas rotas, nos llevan al lugar de desamparo y derrota.

—James H. McConkey

La Necesidad Determina la Provisión

*Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que **no necesitan de arrepentimiento**. (Lc 15:7)*

LA propia necesidad de un hombre es la medida de su grandeza.
–Pascal

“¿No hay necesidad? ¡Qué trágico! Una y otra vez, al hablar de sí mismo el salmista dice que es “pobre y necesitado”. Es por eso que Dios se refiere a David diciendo que es un hombre conforme a Su propio corazón. A los que están llenos, Cristo los envía vacíos; pero los hambrientos son saciados, y los sedientos refrescados, y los necesitados toman de Su plenitud.

Jesús había sido criticado por los fariseos por comer con publicanos y pecadores, y en todo el capítulo 15 de Lucas encontramos la respuesta de Cristo a esa crítica. La oveja que se había perdido demandaba el cuidado del pastor, así que él dejó a las noventa y nueve que no necesitaban nada. La mujer que había perdido su moneda se regocijó al encontrarla. La historia del hijo pródigo no es otra cosa que la historia de cada alma que estando saciada, se va a un país lejano. Es siempre en un lugar lejano donde dejamos al Padre y nos aventuramos por nuestra propia cuenta. Siempre tendremos una vida disoluta cuando caminamos tras la carne, viviendo solamente por lo que es pasajero; perdiendo así lo que es eterno y duradero.

Como en el caso del hijo pródigo, empezamos a tener éxito cuando nuestra alma vuelve en sí y sentimos la opresión, y “empieza a faltarnos” cuando “nadie nos da”. Es sólo entonces que nos damos cuenta de que en la casa del Padre hay abundancia de pan, mientras nosotros morimos de hambre en medio de la aparente plenitud del mundo. El hermano mayor no tenía necesidad. Él vivía rodeado de la plenitud de su padre, y todo lo que el padre tenía también era suyo, pero su autosuficiencia y autojusticia impidieron que el amor pudiera fluir de su duro corazón.

Bendito el día en el que las cosas en que confiamos nos son arrebatadas. Nosotros lo llamamos tragedia, pero Dios lo llama bendición. Sus promesas son para la gente necesitada; los que tienen hambre y sed de justicia serán saciados. Cristo usa la figura de hambre y sed porque son necesidades universales y recurrentes. No nos

sorprende que Él haya dicho que son bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque estos son los que participan más a menudo del Cristo Vivo, que es el Pan de Vida. Comer Su carne y beber Su sangre es la única posibilidad de VIDA. “El que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.”

Cristo usó la figura de la vid para ilustrar la importancia de experimentar necesidad. ¿Qué es lo que causa que la rama reciba la savia del tallo? Ósmosis; ¡necesidad! La necesidad de la rama requiere de la vid una provisión de savia, y la vid se la suple. ¡A mayor necesidad, mayor provisión!

Bendita pérdida, que me funde en una relación con Jesús. Bendita bancarrota, que me impulsa a apoyarme en los recursos eternos en lugar de hacerlo en las riquezas que tienen alas y vuelan. Bendita la mala salud, que me lanza en pos de la poderosa virtud y sanidad que viene de Jesús, el Gran Médico. Bendito fracaso en mi ministerio, que finalmente me revela que mis propios esfuerzos son inútiles y que mis mejores obras son efímeras. Bendito colapso de toda la confianza en mí mismo, porque ahora tengo al Todosuficiente, quien vino a ser mi vida, mi sabiduría, mi santificación, mi redención y, sobre todo, mi justicia.

–J. R. Miller

Dios nos deja ir solos por nuestro camino
Hasta que estamos anhelantes y angustiados,
Y, entonces, humildemente nos convencemos de
Que su camino es mejor.

Él nos deja tener sed junto a la roca de Horeb,
Y tener hambre en el desierto;
Pero nuestro débil y quedo llamado,
Él está esperando para bendecirnos.

Él nos deja desfallecer en lejanas tierras,
Y nos alimenta de algarrobas y nos hace
sentir la aflicción,
Hasta que venimos a casa con manos vacías,
Y corazón adolorido.

–Miller

Disminución Divina

Y Jehová dijo a Gedeón: El pueblo que está contigo es mucho para que yo entregue a los madianitas en su mano, no sea que se alabe Israel contra mí, diciendo: Mi mano me ha salvado. (Jueces 7:2)

ALGUIEN ha dicho: “Un hombre puede ser demasiado grande para que Dios pueda usarlo, pero no puede ser demasiado pequeño.” Esto suena extraño en una época de extremada grandeza. Todo es más grande y más ambicioso que nunca antes. En todas las áreas puede observarse un proceso de crecimiento artificial para obtener importancia y poder, o por lo menos para aparentar tenerlos.

La preciosa y amada Biblia de Dios expone un principio para obtener éxito divino, que revela la antítesis exacta de todo esto. Dios debe encontrar en Sus siervos pequeñez, insignificancia, humildad y dependencia. Si Él no detecta esto en la persona que desea servirlo, es posible que la deseche por completo. Pero si ve en ella el más pequeño deseo de ser humildemente usada, el Dios Altísimo la hará pasar por un proceso de disminución, para que al obtener la victoria nunca pronuncie esas vanidosas palabras que lo deshonrarían a Él: “Yo lo hice”. Muy importante para esto es la cruz, por la que el viejo Adán puede ser crucificado con Cristo, de forma que ‘ya no sea yo quien viva’, sino que sea Cristo quien viva y trabaje en mí.

La lectura del Antiguo Testamento nos ilustra la forma en que funciona la disminución divina. Es muy interesante observar la relación entre tremendos logros realizados por instrumentos muy pequeños. Una palabra, una vara, una lámpara y un cántaro, una honda y cinco piedras, y se realizan hazañas estupendas que están fuera de toda proporción con el tamaño del instrumento que se usó. De la misma manera, como el hombre es el elemento más alto de que Dios dispone, debe darse una reducción drástica en él para que Dios pueda usarlo.

David tenía una fe sencilla en Dios, pero sin duda existía el peligro de que el demasiado éxito y la popularidad se le subieran a la cabeza. Saúl le ofreció su propia armadura para combatir al gigante, pero Dios le dio tal sentimiento de inseguridad con esa gran armadura, que decidió utilizar solamente una honda y cinco piedrecillas lisas, más su fe en Dios. Entonces, junto al coro de las más sarcásticas burlas acerca de su juventud, su pequeñez y su

“artillería ligera”, Dios levantó una plataforma desde la cual Él obtuvo toda la gloria por esa victoria.

Gedeón tenía un ejército de treinta y dos mil hombres. Pero, ¿qué eran ellos contra los madianitas que cubrían la tierra con su gran multitud de soldados? Era necesario tener mucha fe para que el ejército de Gedeón pensara en derrotar a un enemigo cuyo ejército era muchísimo más grande. Pero Dios no iba a tomarse riesgos con el orgullo natural del hombre. Así que primero lo redujo a diez mil, y luego a un ridículo pequeño grupo de trescientos, más lámparas y cántaros y un eslogan enseñado por Dios que le daba honra a Él. ¡Y la victoria llegó!

A menudo escuchamos al final de una petición de oración estas buenas palabras: “Y tendremos el cuidado de darle la gloria a Dios”. Pero nunca podremos hacer esto sin pasar por el proceso de disminución divina. Ese proceso es la co-crucifixión por fe con Jesús en la cruz. El viejo Adán es siempre grande, y aspira a ser más grande. Después de morir, Jesús se levantó de nuevo y ascendió a la gloria dejando tras de sí a un patético grupito de fracasados, compuesto principalmente de humildes pescadores que habían aspirado a ser “los mayores en el Reino”. Ellos habían codiciado los lugares de honor al lado derecho e izquierdo del Maestro cuando Él viniera en Su reino. El futuro de la cristiandad parecía no tener esperanza en tales manos, pero después de Pentecostés ellos se empequeñecieron tanto, que era imposible verlos como los actores de algo grande. Ellos llegaron a ser hombres pequeños con un gran Dios. Y sus herramientas eran tan insignificantes como lo era su estatura a la vista del mundo.

A partir de Pentecostés, los instrumentos de Dios se convirtieron en “nada” a través del Calvario. Ellos aprendieron que la fuerza de voluntad o cualquier otra fuerza humana, nunca podrían hacer a un hombre lo suficientemente pequeño como para darle siempre la gloria a Dios. Es un momento precioso aquel en el que un alma anhelante pide seriamente y con fe: “Señor, permíteme que yo sea nada; permíteme morir en ti”. –E. F. Harvey

La Poderosa Minoría de Dios

Y el ligero no podrá huir; y al fuerte no le ayudará su fuerza, ni el valiente librará su vida. (Am 2:14)

AL promover Su causa, Dios siempre ha bendecido la calidad más que la cantidad. Él no busca hombres, sino a un hombre. Nunca se ha impresionado o desanimado por los números, equipamiento y habilidades. Nunca se ha impresionado o desanimado por personalidad, prestigio o popularidad. Mucho de lo que nosotros llamamos sabiduría, para Dios es una absurda necesidad. Algunas tareas pueden depender de lo que sabemos o conocemos, pero la obra de Dios depende de a quién conocemos. Debemos conocerlo a Él.

En lo que a Dios concierne, no hay “hombres grandes” en Su obra, porque Él quita a uno y pone a otro. Más que honrar a una persona, Él la examina. El hecho es éste: la humanidad de una persona debe ser reducida prácticamente a nada, antes de que pueda hacer algo para el Cielo. Cuando una persona siente que no tiene nada, que no vale nada, y que no puede hacer nada sin la asistencia divina, es elegible para participar en los ejércitos de la “poderosa minoría” de Dios.

Poco importa lo que usted tenga, siempre y cuando tenga a Dios; poco importa en dónde haya estado, siempre y cuando haya estado en el Calvario; poco importa a quién conozca, siempre y cuando conozca a Dios; poco importa lo que usted posea, siempre y cuando el Espíritu Santo lo posea a usted.

Dios es conocido por haber usado una vara en la mano de Moisés, una piedra en la honda de David, y un palo en la mano de Benaía. Él usó algunos bichos para tocar a Faraón, un asna para tocar a Balaam, y un pez para mover a Jonás. Su equipo es inagotable, y sus métodos para obrar, innumerables. Todo lo que Él necesita es un instrumento rendido.

La historia generalmente marca al hombre que ha dejado una marca para Dios. Quienes han tenido éxito en rendir a Dios todo su ser, han llegado a ser conocidos en todo el mundo. Demasiadas personas están esperando que Dios se mueva sobre ellas, cuando son ellas las que debieran crecer en Él. Todos podemos cantar: “Dios está todavía en el trono”, pero yo me pregunto, ¿quién está sentado en tu trono? Él permaneció de pie junto a Esteban, Su fiel mártir, e indudablemente lo haría más a menudo, si le diéramos la oportunidad.

No es cuestión de números; ¿tenemos a Dios? Alguien dijo: ‘Si Dios es por nosotros, ¿qué diferencia hace quién está contra nosotros?’ Dios es suficiente. Algunos de los mayores conflictos de la historia han sido resueltos por una minoría de hombres en las manos de Dios.

–George Bowen

“En cuanto a mí, estoy firmemente en contra de la grandeza en todas sus formas, y a favor de las minúsculas e invisibles fuerzas espirituales que obran de una persona a otra, deslizándose a través de las grietas del mundo como muchas delgadas raicillas; o como los capilares goteando agua, que cuando les damos tiempo pueden derribar los más duros monumentos del orgullo humano.”

“Estoy en contra de todas las grandes organizaciones como tales, sobre todo y principalmente, de las organizaciones nacionales; en contra de todos los grandes éxitos y los grandes resultados; y a favor de las eternas fuerzas de verdad que siempre obran entre una persona y otra... siempre sin éxito inmediato, hasta que llega el momento, mucho tiempo después de la muerte de esas personas, cuando la historia las eleva a lo más alto.” –De *Las cartas de William James*

F. A. Schaeffer reiteró, años después, la verdad expresada por William James y George Bowen: “En ningún otro lugar hay más que en los Estados Unidos, cristianos atrapados en el síndrome del siglo veinte: que el tamaño es una señal de éxito. Entonces, si estoy consagrado, necesariamente vendrán a mí grandes cantidades de personas, de dólares, etc. Pero esto no es así; Dios no dice que el tamaño y el poder espiritual vayan de la mano; incluso revierte este pensamiento cuando nos dice que seamos excesivamente cuidadosos de no escoger un lugar que sea demasiado grande para nosotros. Todos tendemos a enfatizar las palabras grandes y los lugares importantes, pero todo ese énfasis proviene de la carne. Pensar de tal manera, es sencillamente volver al antiguo ‘yo’ egoísta, no convertido y centrado en sí mismo.”

Cuando la Debilidad es Dinamita

...sacaron fuerzas de debilidad... (Hebreos 11:34)

W. B. Godbey era un antiguo evangelista y un excelente estudioso del idioma griego. Fue muy usado por Dios durante sus viajes, y su constante petición a la Conferencia era ser enviado al área de trabajo más dura y difícil. Él comparte con nosotros uno de los secretos que aprendió en su comunión con el Todopoderoso:

“Yo soy un evangelista chapado a la antigua. En mis servicios evangelísticos descubrí que siempre es necesario pasar por una repetición de Getsemaní y del Calvario, antes de poder alcanzar la triunfante resurrección y la gloriosa ascensión. Cuando llegaba a un pueblo donde se había programado que predicara, generalmente encontraba a la gente eufórica y emocionada esperando mi llegada, porque estaban muy seguros de que el nuevo evangelista (o sea yo) iba a llevarles avivamiento a través de su prédica. Siempre supe que debía librarme de la idea de mi habilidad como predicador, porque eso era como una gran carretada de leña y basura humanas que impedirían que la gloria de Dios se derramara en las reuniones. Para librarme de tal cosa, predicaba de una manera tan directa y ruda, que todos se disgustaban conmigo, y perdían la esperanza de que descendiera un avivamiento sobre ellos. De hecho, se arrepentían mucho de haberme invitado, y se convencían de que había sido el peor error de su vida.”

“Cuando esto sucedía, ya habíamos llegado al momento cumbre de las reuniones. Frecuentemente ellos me despedían al llegar a este punto; lo cual, por supuesto, frustraba totalmente la campaña. Pero en otras ocasiones, aunque pensaban que las reuniones estaban siendo peor que un fracaso, desesperados y descorazonados me permitían seguir predicando. Era cuando llegábamos a este punto que todos se hacían a un lado, y también me ponían a mí a un lado, porque estaban muy disgustados conmigo. Entonces sólo se quedaba Dios. Cuando alcanzábamos esta significativa crisis, un grito de alabanza empezaba a levantarse en lo más profundo de mi corazón, porque sabía que la victoria estaba muy cercana.”

“Nunca vi un fracaso cuando todos los recursos y esperanzas humanas se habían desvanecido. Al llegar al punto en que ya no había sino insultos, destituciones, debilidades, persecuciones y lugares estrechos por causa de Cristo, estallaba la dinamita y derrumbaba las murallas de Jericó, explotaba el reino de Satanás,

revelaba la gloria de Dios, y las victorias de Cristo se manifestaban por todos lados, para la total sorpresa de todos.”

“En muchas ocasiones ellos estaban tan hastiados de mí, que no tenía donde posar; así que permanecía por días y semanas a solas con Jesús, predicando la verdad sin temor de hombres ni demonios; desenmascarando todas las artimañas escondidas de las tinieblas, exponiendo todos los refugios de mentiras de Satanás, y cortando cada atadura con la espada del Espíritu. Después de que descendía el poder y la marea barría con todo, ellos casi me despedazaban tirando de mí para llevarme a sus casas.”

“Dependa de esto como una máxima, y nunca la olvide: ‘Cuando estoy sin fuerzas, entonces soy dinamita’. Nuestros recursos, nuestro poder y nuestra esperanza deben desaparecer antes de que la gracia omnipotente pueda glorificar a Dios. La pobre humanidad debe salir del camino antes de que el poder y la gloria de Dios puedan revelarse. La razón por la que no tenemos avivamientos por todas partes al estilo de Pentecostés, es porque tenemos demasiado poder, demasiados recursos y demasiada confianza. Nunca se verá la gloria de Dios hasta que todo eso sea eliminado.”

“Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros (2 Co 4:7). Todo el esplendor, la pompa, las ceremonias, el oro, la plata y los ornamentos pertenecientes al sacerdocio, al tabernáculo y al templo de la antigua dispensación, fueron enteramente eliminados, sin que quedara un solo vestigio de su supervivencia. De allí lo irracional e impertinente de llenar el mundo con ello durante la edad del Evangelio. Todo aquello era simbólico en su día, y dejó de existir juntamente con todos los tipos y sombras que fueron reemplazadas por el glorioso Antitipo. De allí que el ministerio del Evangelio se realiza en el valle de la humillación... Cuando introducimos el poder humano, el aprendizaje, las riquezas y la influencia, ponemos un velo sobre la mente del pueblo, impidiéndole ver al Invisible...”

“En todas las épocas, cuando el poder humano, la riqueza y la cultura se han puesto en primer plano, vemos que el Espíritu Santo se hace a un lado, y los deja solos para que continúen movilizándolo su propia maquinaria. Entonces, para alcanzar su meta inicial, toma a otros –pobres, débiles y sin influencia– de los lugares bajos de la tierra, y los envía como custodios del invaluable tesoro celestial. Dios no va a cambiar los principios y estrategias de Su Evangelio para acomodarse a ninguno de nosotros, dando Su gloria a alguien más. La humillación del Evangelio es ejemplificada por los mismos apóstoles, abajo, en el lugar más bajo de la sociedad, despreciados por la élite del mundo.”

El Reino de los Mansos

Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían... pero mi reino no es de aquí. (Juan 18:36)

CUÁN difícil es para cada uno de nosotros aprender esa ley fundamental del reino de Dios: que sólo el que se humilla será exaltado. “Porque los mansos heredarán la tierra.”

“Pregunto de nuevo, ¿cómo, entonces, ha obtenido Cristo Su soberanía, siendo que no la obtuvo por herencia ni por conquista? ¡Oh! fue de una manera muy diferente a la que los hombres del mundo pudieran siquiera soñar; un camino que ningún hombre puede entender, excepto aquél que ha sido enseñado por el Espíritu de Dios: ‘El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo. Así como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar Su vida en rescate por muchos.’ ¡Qué forma tan extraña e inaudita de obtener un trono y una corona! Cuando los hombres toman un cetro vienen con poder, Él vino en fragilidad; otros buscan probar y mantener su derecho a reinar, Él puso a un lado sus derechos...”

“Entonces, con armas carnales ningún hombre puede conquistar el reino de Dios. Es verdad en todas las demás áreas, que en la misma proporción en que un hombre tenga riquezas y poder, fuerza corporal y fortaleza de carácter, el mundo y todo lo que éste tiene yacerá a sus pies. Todo puede llegar a estar en su poder, todo puede llegar a ser suyo, excepto algo: el reino de Dios. Las leyes que operan en ese reino son muy diferentes. En ese reino se predica el evangelio a los pobres, y éstos son llenados, mientras los ricos deberán padecer necesidad. Él quita de los tronos a los poderosos y exalta a los humildes. Los hombres son derrocados, y los niños pequeños reciben el reino. ¿Cuántos de los primeros serán postreros, y de los postreros, primeros? ¿Y administrará Cristo Su Reino en el tiempo por venir de otra forma, de acuerdo a leyes diferentes? Él no estuvo rodeado por los poderosos y los sabios según la carne, sino por aquellos a quienes los hombres llamarían lo necio y lo débil del mundo. Él cumplirá la palabra que ha hablado. Él sólo confesará delante de Su Padre celestial a aquellos que lo han confesado a Él, tanto de palabra como de corazón, delante de los hombres.”

“Aquí podemos ir incluso más allá. Muy lejos de que la reputación y las riquezas, la belleza y los talentos, con los cuales todo lo demás puede adquirirse, faciliten la entrada al reino, todo ello más bien la dificulta. ‘Cuán difícilmente entrarán los que tienen riquezas’... Porque mientras más rico es un hombre, más tiende a estar autosatisfecho, y más difícil le será negarse a sí mismo. ‘Estrecha es la puerta y angosto es el camino que conduce a la vida’, dice nuestro Señor. Y es precisamente porque la puerta es tan estrecha y el camino tan angosto, que todas las riquezas que el hombre trae consigo deben quedarse afuera...”

“De modo que pueden venir tiempos cuando, incluso en la Iglesia universal, el Reino de Dios parecerá invisible a los ojos de los hombres. Cuando esto suceda, los miembros del Cuerpo de Cristo que todavía estén espiritualmente vivos, tendrán una oportunidad aún mayor de mostrar Su vida, aunque la única señal de vida que haya en ellos sea su antagonismo hacia aquellos miembros que están muertos. El reino de Dios no es una mera idea humana, sino un pensamiento eterno de Dios.”

Lo anterior es la traducción de un sermón de Frederick A. Tholuck, predicado en la Universidad de Halle. Esa institución se había alejado de la vida espiritual que disfrutó bajo Spener, Franke, etc. Nacido en 1799, Tholuck parecía haber llegado al Reino para un tiempo así, para poder orientar la Teología durante cincuenta y un años. Su biógrafo dice: “No fue fácil para Tholuck entrar a ese lugar cuando aceptó el llamado. Él encontró en Halle un semillero saturado de racionalismo, y enfrentó una fuerte oposición de parte de sus colegas, incluyendo al gran académico hebreo Gesenius... Entre los novecientos estudiantes, ¡solamente se encontró a cinco que creyeran en la deidad de Cristo! Pero la influencia de este hombre de Dios fue tal, que la situación de Halle fue totalmente cambiada, y la Universidad llegó a ser un notorio centro del evangelio.” –Tomado de *Luz de la cruz*

Ninguna Justicia Propia

Y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe.
(Fil 3:9)

SI nuestras manos, que debieran asirse a los tesoros celestiales, se mantienen llenas de las cosas terrenales, no nos dejes en paz Señor, hasta que extendamos manos vacías suplicando tus bendiciones.
—Andrew Bonar

En el transcurso de nuestro ministerio hemos encontrado difícil sacar a las personas de la posición de reposo en que se han instalado al sentirse satisfechas a causa de alguna maravillosa experiencia espiritual que tuvieron en el pasado. Quizá fue la experiencia del nuevo nacimiento, o una experiencia de santificación, o tal vez fue un don maravilloso que recibieron de Dios. Todo eso era necesario en un momento preciso de sus vidas, pero el problema es que ellos se detuvieron en el viaje. Sintieron que ya habían llegado a la meta. Miran hacia atrás, hacia alguna bendición anterior, en lugar de ver hacia adelante, hacia todo lo que Cristo tiene para ellos. Continúan viviendo en el pasado, en lugar de disfrutar el toque presente de Dios.

Oswald Chambers, en su libro *Trayendo hijos a la gloria*, dice: “Que Dios nos salve de la egoísta estrechez de una vida santificada que diga: ‘Yo soy salvo y santificado; vean cuán maravilloso cristiano soy’. Si una persona ya es salva y santificada, ha perdido totalmente de vista su propio ‘yo’. El ego ha sido cancelado y ya no está allí. El sacrificio del ego santificado es la lección que debemos aprender. Somos salvos y santificados para Dios, no para ser especímenes o muestras en Su exposición, sino para que Dios haga de nosotros lo que hizo de Jesús: pan partido y vino derramado como Él escoja. Esa es la prueba, no fuegos artificiales espirituales, histeria o fanatismo, sino una resplandeciente vida santa que ‘confronta el horror del mundo con una intensa pureza’, una vida casta, tanto física como mental y espiritualmente, lo cual solamente puede producirse por los mismos medios que se produjeron en la vida de nuestro Señor.”

A. B. Simpson tuvo algunas maravillosas experiencias con Cristo, pero llegó a tener sus manos tan llenas de su vida espiritual pasada, que ya no había lugar para recibir las bendiciones presentes de cada momento: “Asistía a las reuniones y oía a la gente hablar de gozo.

Incluso yo creía tener ese gozo, pero no lo conservaba porque no tenía a Dios mismo como mi gozo. Finalmente Él me dijo tiernamente: ‘Hijo mío, sólo tómame a mí, y permíteme que Yo mismo sea en ti la constante provisión de todo esto.’ Y cuando finalmente aparté los ojos de mi propia santificación, y de mi experiencia de ella, y los puse en el Cristo que mora en mí, encontré que en lugar de una experiencia, yo tenía a Cristo, más grande que la necesidad del momento; ese Cristo que tenía todo lo que yo pudiera necesitar, ¡que me había sido dado una vez y para siempre!”

“Y cuando lo vi así a Él, tuve un gran reposo; todo estaba bien, y bien para siempre. Porque yo ya no sólo tenía algo a lo que podía aferrarme por un momento, sino en todo lo que pudiera necesitar después, y después, y así sucesivamente...”

John Wesley, cuyas enseñanzas sobre la perfección cristiana muchos han malentendido, vio los peligros que surgen para los cristianos que descansan en una experiencia “como tal”, en lugar de descansar en Cristo. Él dijo: “En el momento en el que dejo de mirar a Cristo, ya no hay en mí más que una total impiedad”. El diablo siempre está intentando reprimir la vida de Cristo dentro de nosotros, y a menudo lo hace tomando cada sentimiento emocional, cada experiencia, cada don de Dios, para pervertirlos. Él sabe demasiado bien que si un cristiano reposa en una experiencia pasada más que en la fe en Cristo, llegará a un punto muerto.

Mi meta es Dios mismo, no el gozo ni la paz,
Ni siquiera la bendición, sino Él mismo, mi Dios:
Él será quien me lleve a la meta, no yo sino Él;
“¡A cualquier costo, amado Señor, y por cualquier medio!”
—F. Brook

El Opio de la Autosatisfacción

No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. (Fil 3:12-14)

LA tragedia del fariseo era ésta: él consideraba haber obtenido lo que deseaba; ya poseía todas sus riquezas y pensaba que había llegado a la meta. El fariseísmo tenía una vitrina para exponer sus joyas, pero no tenía las minas para obtenerlas. Dedicaba su tiempo a adornar su vitrina, pero no disponía de tiempo para explorar y encontrar. Pero el Señor Jesús ha creado un ideal de carácter, y ha abierto tenues y atrayentes perspectivas de posibilidades que dejan, después de cada conquista, nuevos dominios aún por conquistar. Toda cumbre nos trae una nueva revelación; la recompensa de cada logro es la visión de una mayor gloria. Y así sucede que, totalmente opuesto al fariseísmo, en las filas de los discípulos del Señor, los mejores son los más humildes; los que están más arriba en el monte son los que están menos conscientes de sus logros, porque ellos contemplan con humilde reverencia, las muy lejanas glorias de las “inescrutables riquezas” de Cristo.

—J. H. Jowet en *The Silver Lining*

Soy perseguido por Uno que es trascendente;
Soy reprendido por el sentimiento de no estar completo,
Por el asumir estar completo demasiado pronto,
Por el añadir demasiado pronto.

—Autor Desconocido

Uno de los defectos fundamentales de los evangélicos, es la generalizada actitud espiritual de “Yo he obtenido”. Tal actitud frena el deseo espiritual de aspirar a cosas más altas, a una mayor perfección. Un niño debe crecer y crecer hasta alcanzar la madurez física, pero cuando la ha alcanzado, el niño, ahora ya adulto, debe seguir creciendo en estatura intelectual, moral y espiritual. Si un niño de doce o catorce años dijera: “Lo he obtenido, soy tan grande como quería ser”, y de alguna manera sus deseos pudieran detener su crecimiento, ¡qué resultado tan enano tendríamos!

Pero esto es exactamente lo que sucede con la mayoría de cristianos en la actualidad: han alcanzado cierto nivel, han tenido una o dos experiencias espirituales, y se vuelven vanidosos y satisfechos. Entonces dejan de crecer, y por eso ¡la Iglesia está llena de cristianos enanos que se han estancado en su progreso espiritual! Consideran que han llegado a la meta final de la perfección cristiana. Con sus palabras pueden negarlo vehementemente, pero tanto su vida como sus actitudes lo revelan con elocuencia. No desean extenderse a niveles más altos, y no hacen ningún esfuerzo por obtener mayores logros. Debido a esa mentalidad, nada extraordinario ocurre en la Iglesia.

El sentimiento de haberlo ya alcanzado, es el sentimiento de la tumba. Los que han sido enterrados en ella, ciertamente han alcanzado algo, pero es la corrupción y la muerte. Porque cuando terminan el movimiento y el progreso, empiezan la muerte y la corrupción. En sus orígenes, todos los grandes avivamientos evangélicos han sido MOVIMIENTOS. Y mientras esos avivamientos espirituales fueron “movimientos”, estuvieron llenos de una santa ambición y de aspiraciones que produjeron vida. Ellos reían ante las mismas puertas del infierno, ¡porque las mismas puertas del infierno no podían prevalecer contra ellos! Pero cuando esos movimientos empezaron a estabilizarse y solidificarse, gradualmente se fueron fosilizando y, finalmente se petrificaron. Las antiguas formas han permanecido, pero la VIDA ha salido. Como regla, el “movimiento” se convierte en una “iglesia”. El organismo llega a ser una organización, y la libertad del Espíritu es suplantada por la esclavitud eclesiástica. —Basil A. Malof en *Un hombre con prisa* por James Alexander Stuart Usado con permiso.

Si desea alcanzar lo que usted no es, siéntase siempre desagradado con lo que ahora es, porque si usted está complacido consigo mismo, no pasará de allí. —San Agustín

El Bendito Heno

El levanta del polvo al pobre, y del muladar exalta al menesteroso, para hacerle sentarse con príncipes y heredar un sitio de honor. (1 Sam 2:8)

JOHN Wright Follette quien ha bendecido a muchas personas con incisivos mensajes y hermosa poesía, recibió la inspiración para su poema “Bendito Heno” en un campamento en el que el heno que estaba sobre el piso envió un mensaje a su corazón. Sus propias palabras expresan mejor esa inspiración:

“¿Recuerdan la tarde en que tomé un puñado de heno como ilustración? Bueno, yo veía no sólo el heno, sino también una lección objetiva de profunda humildad y quebrantamiento... El heno estaba allí para cubrir el suelo de un tabernáculo. La gente iba a caminar sobre él, a pisotearlo con rudeza y sin ningún cuidado, a empujarlo bajo las bancas, a arrodillarse sobre él y a quebrarlo...”

“Les estoy diciendo algo (no mucho) de lo que pensé cuando vi el heno tirado en el suelo. Al siguiente día de la reunión, cuando casi toda la gente se había ido del lugar, yo regresé solo al tabernáculo y me arrodillé sobre el heno para agradecer a Dios por Su dulce presencia durante el tiempo que habíamos estado reunidos. Él me encontró durante esos días, me bendijo y refrescó mi cansado corazón. Entonces tomé un puñado del heno y lo metí dentro de un sobre, y aquí lo tengo sobre mi escritorio frente a mí –un delicado y humilde tañedor. Este poema es el canto que yo escucho en mi corazón:

“Oh bendito heno, todo roto, despreciado y aplastado,
¡Cuán alegres recuerdos deben perseguirte ahora!
¿Se mueven todavía las activas abejas en ansiosa búsqueda
De la dulzura escondida en tu corazón de trébol?
¿Se columpian todavía los alegres pájaros al pasar rozando
Junto a tu pecho para luego tornarse hacia el sol?
¿Y todavía bendicen las flotantes nubes con lluvia
Tu sediento ser extendiéndose desnudo bajo el cielo?
Cuando al atardecer el crepúsculo extiende su bello
Velo, ¿destila delicado rocío?
¡Oh bendito heno, qué memorias las tuyas!
Hoy te veo esparcido en el suelo

Todo seco y quebrado bajo los pies de los que buscan;
Los hambrientos corazones ahora sobre ti se arrodillan.
No es a ti a quien buscan, no a ti, no a ti.
¡Qué hermosa es tu disposición de que así sea!
No quieren ellos conocer tu vida o tu corazón,
¿Qué puede importarles lo que tú hayas sido,
O lo que tu corazón pueda sentir en los días por venir?
Ellos sólo buscan un lugar para apoyar sus rodillas;
El duro suelo es áspero para los hambrientos corazones
Entonces, déjalos arrodillarse o descansar sus exhaustos cuerpos
Sobre tu estropeada belleza, que una vez tan apreciada fue.
Dulce y ondeante pasto en el verano, campo besado por el sol,
Aunque bendecido con todo lo que la naturaleza puede dar,
Nunca eres heno, hasta que eres *cortado* y estás completamente seco.
¡Oh bendito heno, cuán sagrado es tu destino!
El alma hambrienta sobre ti con fuerza se arrodilla,
Tu forma estropea y contra el polvo te presiona,
Pero aún así, ayudándolos estás tú a encontrar a Dios.
No importa la forma que nuestro servicio tome,
Sólo llegará a ser lo que el Maestro desee,
Sí, heno sobre el piso del tabernáculo.”

–Usado con permiso

Dios está buscando hombres quebrantados, hombres que se han juzgado a sí mismos a la luz de la cruz de Cristo. Cuando Él desea que se haga algo, busca hombres que han llegado al final de sí mismos, y cuya confianza y seguridad no está en ellos, sino en Dios. –*Mensaje de Dios*

Hablando Solamente de Él

El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca; pero el que busca la gloria del que le envió, éste es verdadero, y no hay en él injusticia.
(Jn 7:18)

LA mayoría de nosotros ha recibido a través del correo panfletos en los que se requieren nuestras oraciones y nuestra ayuda económica. ¿Cómo podemos saber cuál de ellos es genuino? La Biblia es muy práctica, y un estudio de las Escrituras nos dará sabiduría al respecto. “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta. El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca.”

Entonces, el examen es sencillo. Cuando oímos a un predicador o leemos un panfleto, ¿de qué habla o escribe el predicador, o el que escribió el panfleto? ¿Las fotografías del escritor o del sanador adornan más de una página de la flamante revista? ¿Es esta una oportunidad para brillar frente al público por medio de alguna nueva empresa para difundir el evangelio? Ingeniosamente, a menudo el evangelista trata de hacer mercancía de las almas, usándolas como carnadas para atrapar los dólares que están escondidos en las bóvedas de los bancos, en bonos o en sus dormitorios. El que se promociona a sí mismo, busca su propia gloria o la gloria de sus propias obras, y esto puede suceder también en el ambiente cristiano. ¿Es entonces esta obra digna de mi apoyo? El examen es fácil. ¿De quién habla el boletín?

Veamos en las Escrituras la disciplina de Dios aplicada a un hombre que habló de sí mismo. Sabemos que Job era recto y perfecto a la vista de Dios, porque así lo dice el libro de Job. Pero a Satanás se le permitió poner sus ligosas manos sobre las riquezas de este hombre recto, para poder examinar sus motivos. Al fallar el diablo en esa empresa, Dios le permitió tocar el cuerpo de Job después de haberlo despojado de su familia, riquezas y honra. Los tres amigos que llegaron a consolar a Job interpretaron su empobrecimiento como castigo por el pecado.

Pero aunque Dios había permitido las diabólicas artimañas del Maligno, Él usó estas circunstancias para hacer del hombre recto, un hombre santo. Job había sido sobrio, trabajador, perseverante y dadivoso, por lo cual él se justificaba a sí mismo. ¿Quién de nosotros no ha sido culpable de hacer lo mismo? En los capítulos veintinueve

a treinta y uno, Job habla de sí mismo usando “yo”, “mi” y “mío” alrededor de ochenta veces. Hay algo que no suena muy bien en las palabras de este hombre maravilloso que está siendo sometido a tan tremenda prueba. Pero él va a salir de su prueba aborreciéndose a sí mismo, y con una devoción más profunda por su Padre Celestial.

Sí, Job había oído de Dios y hablaba bien de Él, pero existía una mezcla. Hasta que tengamos una revelación personal de la santidad de Dios, no podremos sino hablar de nosotros mismos. Es posible que hayamos nacido de nuevo y anhelemos revelar a Cristo, pero el ego se entromete. ¿Quién es la figura prominente en el boletín, el panfleto, la revista, el libro, el sermón? El examen es sencillo: “El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca”.

Hay una gran diferencia entre un hombre recto y un hombre santo. El primero es correcto en los actos externos de la vida. Se le considera un hombre justo. Pero el hombre santo ha visto por revelación los motivos internos de su corazón. Él ha visto la corrupción interior que permanece intacta dentro de él, y se aborrece a sí mismo. Está tan abajo como es posible estar, en polvo y cenizas, pero ahora está listo para que se le confíe el doble de lo que antes se le había confiado.

Este es un examen maravilloso por el que podemos hacer pasar a nuestro propio corazón. ¿De quién hablamos la mayor parte del tiempo? ¿de nosotros mismos, tan insignificantes en medio del gran conglomerado de la humanidad, aunque hayamos sido redimidos? o ¿hablamos del Dios infinito de inmensurable belleza y permanencia? Nuestra única seguridad reposa en hacer Su voluntad, pues al hacerla, las motivaciones imperfectas de nuestra propia voluntad son puestas a un lado para preferir las de Él. Cuando hablamos, el único tema que es seguro, es hablar de Él. “El que busca la gloria del que le envió, éste es verdadero, y no hay injusticia en él.”

Andrew Murray dice: “Nosotros queremos tomar posesión del poder y usarlo; Dios quiere el poder para tomar posesión de nosotros y usarnos. Si nos entregamos para que Su poder gobierne nuestra vida, Él nos dará Su poder para gobernar a través de nosotros.”

—Lillian Harvey

Los Asuntos Insignificantes Pero Básicos

Ya aquellos del cuerpo que nos parecen menos dignos, a éstos vestimos más dignamente; y los que en nosotros son menos decorosos, se tratan con más decoro. Porque los que en nosotros son más decorosos, no tienen necesidad; pero Dios ordenó el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba. (1 Co 12: 23,24)

YO estaba presente en una reunión de la Junta Directiva de un grupo religioso, cuando surgió una controversia. Uno de los miembros dijo repentinamente: “Hay demasiados jefes y no hay suficientes subordinados.” Esto era absolutamente cierto, pues el deseo del hombre es tener eminencia y posición.

Durante la Segunda Guerra Mundial, la radio británica anunció que eran necesarios cuarenta hombres en tierra para mantener un piloto en el aire. En los grupos religiosos, la tendencia de cada nuevo miembro es ser un piloto en el púlpito, en lugar de ser un fiel miembro de la tripulación de tierra.

L. E. Maxwell, fundador del Instituto Bíblico Prairie, debe haber encontrado ese mismo rasgo humano en los estudiantes, pues les dijo: “Un interesante artículo en *Newsweek* comenta que el Presidente Johnson está encontrando difícil que los diplomáticos de carrera acepten importantes trabajos sobre ‘los asuntos básicos’ dentro del Departamento de Estado. Se ha dicho que los diplomáticos prefieren una vida más glamorosa, es decir, representar a los Estados Unidos en el extranjero. Pero sin ‘esos asuntos básicos’, el Departamento de Estado no puede operar.”

“¡Dios también necesita obreros que conozcan ‘esos asuntos básicos’! Hay toda clase de trabajos en el Reino de los Cielos, y se necesitan hombres y mujeres humildes que los realicen. No hay atractivo ni gloria en esos trabajos, pero es necesario que sean realizados. Pablo enseña en 1 Corintios 12, que cada miembro del cuerpo de Cristo es necesario para que el cuerpo funcione eficientemente. Ninguna persona puede negar su lugar en el programa divino.”

“En las sociedades misioneras se necesitan desesperadamente obreros que acepten realizar ciertas cosas básicas. Esos misioneros necesitan aceptar su lugar y posición, y realizar esos trabajos. El trabajo nunca se podrá realizar si todos buscan posiciones de prestigio y poder. Cristo mismo enseñó que el que quiera ser el más grande

en el Reino debe ser el siervo de todos. ¿Eres un trabajador que está dispuesto a realizar esas cosas básicas? Entonces, adelante con tu tarea. No te desanimes. Tu ministerio es vital.”

Alguien dijo: “Si crees ser demasiado grande para realizar voluntariamente cosas pequeñas, posiblemente eres demasiado pequeño para que se te encarguen cosas grandes.” A la edad de veintiún años, John Harrison partió hacia el África con C. T. Studd, rebosante de un ardiente entusiasmo por predicar a Cristo. John observaba que sus compañeros eran enviados uno tras otro para supervisar los distritos circundantes, y cuando él solicitó ser enviado, Studd le respondió con un decidido “No”. En lugar de ello, le asignó la tarea de afilar tijeras. Aunque su corazón se llenó de resentimiento, hizo bien su tarea, y todos los instrumentos de la estación de la misión le eran llevados para que los reparara. Realmente tuvo la intención de decirle al Sr. Studd que él no había llegado al África para realizar esos ridículos trabajos, sino para predicar; pero Dios le habló a través de Romanos 6, 7, 8 donde, por “la iluminación del Espíritu”, llegó a ver y a ocupar su verdadera posición como crucificado con Cristo, dándole el trono de su corazón.

Por nueve años fue fiel, escribiendo y escuchando el palabrerío de los nativos, remendando cosas rotas, reparando zapatos, etc. A la muerte del Sr. Studd, Harri, como se le llamaba, fue escogido como su sucesor. Él había sido entrenado en cosas pequeñas; él sería fiel en lo mucho. –Lillian Harvey

Es natural que pensemos que si podemos realizar alguna gran hazaña, o que si somos muy abnegados, vamos a ser grandes en el reino. Pero no es así. Seremos grandes haciendo algo que nadie ve sino sólo el Maestro, y que nadie conoce, sino sólo Él. –Andrew Bonar

*Si el profeta te mandara alguna gran cosa, ¿no la harías?
¿Cuánto más, diciéndote: Lávate, y serás limpio? (2 R 5:13)*

Grandeza Encubierta

En el mundo estaba... pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. (Jn 1:10,11)

El cual es antes de mí. Y yo no le conocía... (Jn 1:30, 31)

A su regreso de una conferencia general, el Obispo Roberts solicitó alojamiento en casa de una familia metodista a la que había sido recomendado. Como siempre, el Obispo iba vestido con un traje sencillo, empolvado y gastado. La familia, considerándolo un viajero rural, le permitió llevar el caballo al establo, desensillararlo y darle de comer, y también le permitió sentarse en la sala de la casa. Como la familia ya había cenado, nadie preguntó al Obispo si deseaba comer algo.

El predicador del circuito se había alojado en la misma casa. Era joven y frívolo, y pasó la tarde conversando alegremente con la hija de la familia, aludiendo ocasional y despectivamente al “viejo” que estaba sentado quietamente en la esquina.

El buen Obispo, después de estar sentado por un largo tiempo sin que se le prestara atención alguna, salvo esas alusiones, se retiró a su habitación. El dormitorio estaba encima de la sala, y mientras oraba con sentimientos paternales por el joven y desleal predicador, podía escuchar las alegres bromas y la ruidosa risa. Finalmente la familia se retiró sin haber realizado devoción alguna. El joven predicador compartía la habitación con el Obispo. “Bueno, viejo”, dijo mientras se metía en la cama, “¿todavía no se ha dormido?”

“Todavía no, señor”, respondió el Obispo.

“¿De dónde viene?”

“Del oriente de las montañas.”

“¿Del oriente de las montañas? ¿De qué lugar?”

“De Baltimore, señor.”

“Baltimore, el lugar de nuestra conferencia general. ¿Escuchó algo de ella? Esperamos que el Obispo Roberts se detenga aquí en su camino a casa.”

“Sí, señor”, respondió humildemente el Obispo. “Terminó antes de que yo saliera.”

“¿Vio alguna vez al Obispo Roberts?”

“Sí, señor, a menudo; salimos juntos de Baltimore.”

“¿Salieron juntos de Baltimore? ¿Cuál es su nombre, amigo?”

“Roberts, señor.”

“¡Roberts! ¡Roberts! Perdóneme señor, pero... ¿es usted familiar del Obispo?”

“Usualmente me llaman Obispo Roberts, señor.”

“¡Obispo Roberts! ¡Obispo Roberts! ¿Es usted el Obispo Roberts, señor?” Exclamó agitado el hombre joven. Avergonzado, le imploró que lo perdonara e insistía en llamar a la familia; parecía estar deseoso de hacer cualquier cosa por reivindicarse. El Obispo le dio una afectuosa reprensión, que él prometió, entre lágrimas, no olvidar. El venerable y compasivo hombre conocía la frivolidad de la juventud, así que aconsejó paternalmente al joven predicador y oró con él, pero no le permitió que llamara a la familia, aunque no había comido nada desde el desayuno.

A la mañana siguiente, después de orar nuevamente con el joven predicador, el Obispo se fue antes de que la familia se levantara, para evitarles una mortificante explicación. En la siguiente conferencia, el transformado joven predicador se acercó al Obispo; entre sollozos reconoció nuevamente su error, y eventualmente llegó a ser un útil ministro. El Obispo Roberts se refirió a menudo a este incidente, pero jamás mencionó el nombre del joven predicador.

—Autor Desconocido

La grandeza no consiste en ornamentos vacíos
Que deslumbren y atraigan los ojos de todos;
No reposa en el aliento de multitudes,
Como ciertamente ha dicho el poeta: “El mundo
No sabe nada de sus hombres más grandes.” Iba
Un gran hombre una vez en la senda diaria
De la vida, y pocos había ahí que reconocieran
La grandeza que en Su bondad moraba;
Y es todavía pequeño el número de aquellos
A quienes esta verdad les es revelada.

—Autor Desconocido

Él Se Despojó de Su Reputación

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual... se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres... (Fil 2:5,7)

UNA acaudalada joven, hija de un hombre prusiano propietario de una mina, fue escogida por Dios para una misión específica. Dejando las comodidades del castillo de su padre, se inclinó hacia los más humildes, los enfermos y los necesitados que estaban a su alrededor, desdeñando los honores de la sociedad de la corte. Eva von Winkler, conocida como Hermana Eva, no sólo tomó el lugar bajo, sino que como Francisco de Asís, inspiró a cientos de mujeres jóvenes para que se le unieran en su labor por los necesitados. Ella explica así la razón de su decisión en uno de sus escritos:

“Cristo se vació a Sí mismo. Él se despojó de la insignia real de la gloria de Dios, y después de haber dejado la gloria celestial, se negó a sí mismo las posesiones y placeres legítimos de esta tierra.”

“La codicia y el vaciarse de sí mismo se presentan como contrastes en la historia de la humanidad y de la salvación. La codicia es la fuente y razón que gobierna las acciones del primer Adán, mientras que el vaciarse de sí mismo gobierna las del segundo Adán. El primer Adán codiciaba ser como Dios, tener y poseer, dominar y gobernarse a sí mismo y todo lo que estuviera a su alcance. ¿Nos reconocemos a nosotros mismos en esta descripción? La abnegación, la renuncia, la rendición, dar y compartir hasta la suprema negación de sí mismo sin reservarse siquiera la misma vida, es el principio de vida del segundo Adán, el fundador de una nueva raza humana redimida del ‘yo’ y de todo deseo egoísta. ¿A cuál linaje pertenecemos nosotros?”

“¿Nos gobiernan las leyes del viejo Adán con su egoísta avaricia? ¿O ha tomado posesión de nosotros la mente de Cristo, al grado de que constreñidos por su amor ya no vivamos para nosotros mismos? El oscuro establo y el humilde pesebre nos predicaban un sermón conmovedor acerca del supremo amor que puede humillarse y vaciarse a sí mismo. El regocijo del mundo celestial al respecto, la revelación de Dios del sacrificio voluntario de amor, proveen un extraño contraste con las pobres y dolorosas circunstancias en las que Cristo nació. Los cánticos de gozo de los ángeles acompañaron el abandono de la majestad y la luz de la gloria de la divinidad.”

“Yo me pregunto: ¿Lloran los ángeles cuando ven a los hijos redimidos de Dios buscar honra, estima, comodidad, riquezas, los placeres de esta vida y la felicidad terrena?”

Esa gloriosa forma, esa luz irresistible,
Y aquella infinita y radiante explosión de majestad
Con la cual asistía a la suprema asamblea celestial
Para sentarse en medio de la unidad trina,
Él la hizo a un lado. Para aquí con nosotros estar,
Renunció a las cortes de la eternidad,
Y escogió entre nosotros una oscura casa de barro mortal.
—John Milton “*En la Mañana de la Natividad de Cristo*”

Ser humildes, como Él también fue humilde. Aunque existía antes de la fundación del mundo en la Eterna Deidad, Él no se aferró ambiciosamente a las prerrogativas de Su divina majestad; no desplegó ambiciosamente Su igualdad con Dios, sino que se despojó de las glorias del Cielo y tomó la naturaleza de siervo, asumiendo la forma de hombre. Esto no fue todo. Habiendo aparecido entre los hombres con forma de hombre, se humilló a sí mismo aún más, y fue obediente hasta la muerte. Tampoco murió de muerte natural; fue crucificado como el más vil malhechor...

Era una muerte que no sólo implicaba un intenso sufrimiento, sino también una profunda vergüenza: una muerte sobre la cual la Ley Mosaica ha lanzado una maldición (De 21:23), y que aun los gentiles consideraban el más terrible y cruel de los castigos; el cual ha sido desde entonces, piedra de tropiezo para los judíos y para los griegos locura. —Obispo Lightfoot

Despójese de las Ornamentadas Vestiduras

Mas ¡ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; pues ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando. (Mt 23:13)

ES algo terrible que el peor de todos los vicios pueda infiltrarse sigilosamente en el mismo centro de nuestra vida espiritual. Pero podemos ver la razón: los otros, y menos graves vicios, provienen del diablo trabajando en nosotros a través de nuestra naturaleza animal. Pero este vicio no proviene en absoluto de nuestra naturaleza animal. Viene directamente del infierno. Es puramente espiritual, por lo que, en consecuencia, es más sutil y mortal. Por la misma razón, el orgullo puede ser usado a menudo para dominar los vicios más simples. De hecho, los maestros frecuentemente apelan al orgullo del muchacho o, como lo llaman, “al respeto a sí mismo”, con el fin de que se comporte correctamente. Por orgullo, muchos hombres han superado la cobardía, la lujuria, el mal carácter, pensando que todo eso los denigra; es decir que lo han hecho por orgullo.

El diablo se ríe. Él está muy feliz de vernos llegar a ser castos y valientes y con autocontrol, siempre que siga imponiendo sobre nosotros la dictadura del orgullo; de la misma manera que estaría feliz de ver las llagas sanadas, si pudiera cambiarlas por un cáncer. Porque el orgullo es un cáncer espiritual que devora toda posibilidad de amor, de felicidad, o hasta de sentido común...

No debemos pensar que el orgullo es algo que Dios prohíbe sólo porque le ofende, o que la humildad es algo que Él demanda para que paguemos tributo a Su propia dignidad, como si Él mismo fuera orgulloso. Él no está tratando en lo más mínimo de proteger Su dignidad. El punto es que Él desea que lo conozcamos; El quiere darse a nosotros. Y tanto Dios como nosotros somos de tal naturaleza, que si realmente tenemos algún contacto con Él, de hecho seremos humildes; nos deleitaremos en ser humildes, y sentiremos el infinito alivio de habernos librado de una vez por todas de la trivial tontería de nuestra propia dignidad, que nos ha mantenido intranquilos e infelices toda la vida. Él está tratando de hacernos humildes para quitarnos muchas de las ridículas, feas y ornamentadas vestiduras con las que todos nos hemos envuelto, y que lucimos altaneramente para mostrar lo insignificamente necios que somos.

Yo quisiera haber podido llegar un poco más lejos con la humildad; si lo hubiera hecho, probablemente podría decirles más acerca del alivio y la satisfacción de quitarse ese ornamentado vestido, de librarse del falso ego que constantemente está diciendo: “¡Mírenme!” y “¿No soy yo un buen muchacho?” y de todas sus pretensiones y pavoneos. Lograr alcanzar aunque sea un poco de esto, tan sólo por un momento, es como un vaso de agua fría para un hombre en un desierto.

No pensemos que si encontramos a un hombre verdaderamente humilde éste será lo que la mayoría de personas llama “humilde” en estos días: no será una persona zalamera que, por supuesto, siempre está diciendo que es pequeña y sin importancia. Probablemente lo que pensaremos es que se trata de una persona jovial e inteligente que se interesa mucho en lo que tengamos que decirle. Si nos desagrada, será porque nos sentiremos un poco envidiosos de alguien que puede disfrutar la vida de una manera tan sencilla. Esa persona no estará pensando en la humildad; no estará pensando acerca de sí mismo en absoluto.

Si alguien desea adquirir humildad, yo pienso que puedo decirle cuál es el primer paso. El primer paso es darse cuenta de que somos orgullosos. Este es un gran paso. Por lo menos, nada puede hacerse antes de darlo. Si pensamos que no somos engreídos, significa que verdaderamente somos muy engreídos. –C. S. Lewis en *Simple cristianismo*. Usado con el gentil permiso de Harper/Collins

Y el diablo se sonrió,
Porque su pecado favorito
Es el orgullo que imita la humildad.
–Coleridge

Una anciana (tras oír la parábola del publicano y el fariseo) dijo: “Amado Señor, yo te agradezco porque no soy como ese horrible fariseo.”

Un Empujoncito Hacia Abajo

Miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra. (Is 66:2)

HACE años fue publicada una simpática historia en el *Christian Herald* acerca de un Dr. Hoffman, quien se había convertido pero no podía encontrar la paz mental que tanto anhelaba. “Un día le preguntó a un ministro qué podría ser lo que estaba sucediendo con su vida espiritual; pero desafortunadamente, el ministro no pudo ayudarlo. Después, el Dr. Hoffman conoció a una obrera del Ejército de Salvación, a quien le comentó lo que le estaba pasando, y le pidió que le diera un empujoncito hacia arriba. ‘Doctor’, le dijo ella, ‘¿está usted seguro de que quiere un empujón hacia arriba? ¿No cree que lo que necesita es un empujoncito hacia abajo?’ Inmediatamente el doctor tuvo la convicción de que ella tenía razón. Aunque pasó por algunos días oscuros en su vida, siempre encontró que un ‘empujoncito *hacia abajo*’ le traía alivio.”

“Yo solía pensar que los dones de Dios estaban en estantes colocados uno encima del otro, y que mientras más alto creciéramos en el carácter cristiano, más fácilmente podríamos alcanzarlos. Ahora he aprendido que los dones de Dios están en *estantes* colocados uno abajo del otro, y que no se trata de crecer más alto, sino de inclinarse más bajo, y que tenemos que ir hacia abajo, siempre hacia abajo, para obtener Sus mejores dones.” –F. B. Meyer

“Constituye una gran paradoja del cristianismo, el hecho de que la humildad sea el camino a la gloria. ¿Pero cuál otro camino existe para la sabiduría, o incluso para el conocimiento? Para recoger verdades preciosas debemos inclinarnos y buscarlas. En todas partes, la perla de gran precio se encuentra dentro de una concha que no tiene forma ni belleza. Así es en la ciencia física. Bacon lo declaró: *natura non nisi parendo vincitur*^{*}; y los triunfos de la ciencia desde aquellos días, han mostrado cuán deseosa está la naturaleza de ser conquistada por quienes la obedecen. Así es también en la especulación moral. Wordsworth nos ha mostrado la norma que rige sus pensamientos, y ha dicho que el cumplirla lo ha capacitado para revelar un mundo nuevo de poesía: ‘La sabiduría está generalmente más cerca cuando nos inclinamos que cuando nos elevamos’.” –Autor Desconocido

* Nota de la traductora: “Sólo obedeciéndola, se doblega la naturaleza.”

El que está abajo no teme caer;
El que está en un lugar bajo no tiene orgullo;
El que es humilde, siempre tendrá
A Dios para que sea su guía.

—John Bunyan

“La humillación del alma siempre conlleva una bendición. Si vaciamos nuestros corazones del “yo”, Dios nos llenará con Su amor. Quien desee una comunión cercana con Cristo deberá recordar las palabras del Señor: “Pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra”. Si desea ascender al Cielo, inclínese. ¿No decimos de Jesús: “Él descendió para poder ascender”? Igual sucede con nosotros. Debemos crecer hacia abajo para poder crecer hacia arriba; porque la más dulce comunión con el Cielo es para las almas humildes, y sólo para ellas. Dios no negará ninguna bendición al espíritu profundamente humillado.” —C. H. Spurgeon

¿Desea ser grande? Entonces empiece por tratar de ser pequeño... Piense primero en los cimientos de la humildad: mientras más alta vaya a ser su estructura, más profundos deben ser los cimientos. La modesta humildad es la corona de la belleza. —Autor Desconocido

El árbol crece mejor hacia el cielo mientras más profundamente crezca hacia abajo; lo más bajo que el santo crezca en humildad, lo más alto que crecerá en santidad. —Autor Desconocido

Un epitafio en el monumento de Hooker escrito por William Cowper dice:

“El que yació por tanto tiempo oscuramente abajo,
Fue ahora escogido para grandes honores recibir.
Los hombres ambiciosos, aprendan así a ser más sabios,
La humildad es el verdadero camino para elevarse:
Y Dios a mí esta lección me reveló,
Que dijera a este hombre humilde:
‘Amigo, ven y siéntate más arriba’.”

Deja de Luchar Por Ser Grande

*Aunque eras pequeño en tus propios ojos, ¿no has sido hecho jefe de las tribus de Israel, y Jehová te ha ungido por rey sobre Israel?
(1 Sam 15:17)*

EDWARD Payson, quien por muchos años fue un ministro congregacional en Nueva Inglaterra, contaba acerca de un descubrimiento que hizo, el cual cambió totalmente su forma de ver las cosas, y le dio reposo y felicidad. Escuchémoslo:

“Yo tomé un pequeño libro en el que varias personas relataban sus propias experiencias. Dos de ellos resaltaron que lograron llegar a ser felices cuando dejaron de esforzarse por ser hombres importantes. Este comentario me impactó. Como sabemos, los comentarios más sencillos nos impactan cuando al Cielo así le place. Inmediatamente me di cuenta de que la mayoría de mis pecados y sufrimientos eran ocasionados por no aceptar ser ‘la nada’ que soy y, por consiguiente, por luchar por llegar a ser algo. Entendí que si dejaba de batallar, y consentía en no ser nada ni nadie sino justo lo que Dios quisiera, podría ser feliz.”

“Puede parecerles extraño que me refiera a esto como un nuevo descubrimiento. En un sentido no era nuevo; yo lo había sabido por años. Pero ahora lo veía bajo una nueva luz. Mi corazón lo vio y lo aceptó. Y ahora soy feliz.”

“Mi querido hermano, si usted puede renunciar a todo deseo de ser importante, y siente de corazón el deseo de ser nada, usted también será feliz. No debe ni siquiera desear ser un gran cristiano; esto es, no debe desear alcanzar grandes logros religiosos sólo por saber que los ha logrado, o para que otros piensen que los ha logrado.”

“Muy bien, muy cierto”, diremos, “pero muy trillado, porque ¿cómo puedo llegar yo a tal estado?”

“Permítame responderle con una pregunta: ‘¿Por qué no nos molesta cuando vemos que un hombre recibe honores militares, y otro recibe honores masónicos? ¿Por qué no nos sentimos descontentos cuando no podemos ser un coronel, un general o el más respetable jerarca religioso? Porque no nos interesan esos títulos o distinciones’, respondemos.”

“¿Y por qué no los deseamos? Simplemente porque no estamos compitiendo en una carrera con los que los obtienen. Nos hacemos a un lado y decimos: ‘Que obtengan esas cosas quienes deseen obtenerlas.’”

“Ahora, si de una manera similar podemos renunciar a toda competencia relacionada con otras cosas; si podemos hacernos a un lado de la carrera que demasiados otros ministros están corriendo, y podemos decir de corazón: ‘Que los que escojan involucrarse en esa carrera se repartan el premio; que un ministro se quede con el dinero, y otro con la honra, y un tercero con el aplauso; yo tengo otras cosas que hacer, una carrera diferente que correr: que sea la aprobación de Dios el único premio por el cual yo corra; si llego a obtenerlo, eso será suficiente.’ Repito, si de corazón podemos adoptar esta actitud, veremos desvanecerse la mayoría de nuestras dificultades y sufrimientos.”

“Pero es difícil poder llegar a decir esto, porque es casi imposible persuadir a un hombre de que abandone la carrera sin cortarle los pies o, por lo menos, sin encadenárselos.”

“Esto es lo que Dios ha hecho por mí, y es lo que ha estado haciendo por usted. Y si no lo sabe, algún día usted lo bendecirá por todos sus sufrimientos, así como yo lo bendigo por los míos. Yo no he sufrido un dolor que sea insoportable. Dios nunca ha sido más bondadoso conmigo, que cuando he pensado que está siendo duro; nunca ha sido más fiel conmigo, que cuando he estado a punto de decir que Su fidelidad ha fallado... Será una bendición cualquier cosa que nos impida correr la fatal carrera que somos tan proclives a correr, convenciéndonos primero de que no somos nada, y luego haciéndonos anhelar no ser nada.”

El Veneno Del Orgullo

¡Oh Lucero... Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono... sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo. (Is 14:12-14)

EL orgullo es una característica natural del hombre; la humildad sólo viene con la gracia de Dios. Citamos aquí a John Wesley: “En todo el rico lenguaje de los griegos no existía una sola palabra para humildad, hasta que fue inventada por el gran Apóstol Pablo. Toda la lengua romana, incluso con las mejoras introducidas durante la Era Augusta, no pudo proporcionar una palabra que pudiera usarse para designar la humildad.”

Humildad es una palabra que debe toda su belleza al cristianismo; en latín es un término que implica desprecio; ¡y significa algo que es abyecto! La palabra griega era considerada como sinónimo de cobardía, de bajeza, de un espíritu pobre. San Pedro, pensando en la forma en que Cristo se ciñó con una toalla y lavó los pies de los discípulos, invita a los cristianos a ceñirse con una mente humilde a su alrededor, con nudos como los del delantal de un esclavo. En latín, *Humanitas* significa “naturaleza humana” o “cultura refinada”. En el lenguaje cristiano significa amor a toda la humanidad. Bien puede el autor de la Epístola a Diognetus decir: “Lo que el alma es para el cuerpo, el cristianismo es para el mundo.” –Dean Farrar

Nunca ha habido un santo que se enorgulleciera de sus finas plumas, a quien el Señor no se las haya arrancado una por una. Nunca ha habido un ángel que tuviera orgullo en su corazón, que no perdiera sus alas y cayera en la Gehena, como cayó Satanás y aquellos ángeles rebeldes. Y nunca habrá un santo que sea indulgente con la presunción y el orgullo y la confianza en sí mismo, a quien el Señor no estropee sus glorias y pisotee sus honras en el fango.

–C. H. Spurgeon

¡Oh detestable orgullo! Cuánta ruina has causado
Desde el momento en que entraste al universo
Envenenando la mente de Luzbel el arcángel; y allí rumiaste
Tan sombríamente incubando el pecado,
Que germinó en ese evidente acto

De orgullosa rebelión contra el poder soberano
De Dios, el Rey de reyes. Así, Lucifer,
Por ti impelido, ¡ay! orgullo, incurrió en la ira de Dios;
Fue lanzado de cabeza desde el Cielo a esas oscuras sombras
Del infierno, juntamente con su rebelde banda.

Así, expulsado del Cielo, tú vagas por la tierra
Implantando en las mentes humanas tu envenenada simiente.
Apareciendo a veces muy abiertamente a la vista,
Otras veces envuelto en apariencias engañosas
Para pasar inadvertido entre los mortales.
Bajo el sobrio hábito de un monje o de una monja
O vestido con la sencillez de un cuáquero,
Palpitan corazones, sí, tan orgullosos como los de
los esclavos de la moda;
Porque así como éstos están infatuados con sus atuendos
Los otros están orgullosos de su humildad...
El predicador también, ¡ay orgullo! es perseguido por ti,
Y él, a menos que la gracia de Dios lo impida,
Su propio renombre buscará, cortejando las sonrisas,
O rechazando el ceño fruncido de sus oyentes en los púlpitos.

Y aun así, ay orgullo, Tú vencido fuiste en la tierra
¡Por Jesucristo, el Justo! Por Él solamente;
Cuando tus más astutas artimañas usaste en vano,
Y todas tus adulaciones no obtuvieron Su atención.
Fue Él quien abandonó los radiantes dominios de bendición
Y encubrió Su deidad en carne humana,
Para ocupar un lugar bajo entre los hombres,
Sus criaturas, quienes lo habían desdeñado; sí, ¡Él murió!
Y así obró su vasto plan de salvación
Para dar total redención a Su Esposa,
Su propia Iglesia amada: y ahora en ellos no puedes más,
Despreciable orgullo, afirmar tu fatal influencia
Aunque para tentar tú siempre estás listo:
Pero pronto tus armas, todas destruidas, caerán.
Y tú exiliado serás a tu decretada perdición...

–Autor Desconocido

Ridícula Presunción

No multipliquéis palabras de grandeza y altanería; cesen las palabras arrogantes de vuestra boca; porque el Dios de todo saber es Jehová, y a él toca el pesar las acciones. (1 Sam 2:3)

La soberbia y la arrogancia... aborrezco. (Pr 8:13)

ALGUNOS son de la opinión de que los logros intelectuales enorgullecen a los hombres, pero mi larga experiencia con estudiantes y obreros que presentan solicitudes para trabajar en la obra cristiana, me ha convencido de que a menudo son los más ignorantes y los que más carecen de talento y habilidades, quienes provocan mayores problemas. Ellos no están conscientes de lo poco que han logrado, y generalmente no revelan por qué están resentidos, ofendidos, o que tienen alguna queja; pero al final sale a luz que ellos pensaban que merecían ocupar una posición para la cual no tenían el menor talento ni el más mínimo conocimiento.

En los Evangelios, fue el hombre con menos talentos el que tuvo quejas contra su amo, y escondió bajo tierra el talento que tenía. Ni siquiera tuvo el sentido común de dar el dinero a usura para que el interés acumulado pudiera ser entregado a su señor. En las clínicas psiquiátricas, donde los pacientes ya no pueden darse cuenta de cuán absurdo es realmente su orgullo, algunos llegan a creer que son la Reina Isabel, o Napoleón, o un gran predicador. ¡Oh, qué ridículo hace lucir el orgullo a un hombre o a una mujer que no ha desnudado su corazón delante de Dios, y no ha tenido una verdadera evaluación de su propia insignificancia! –Lillian Harvey

“Y el instrumento que tenemos aquí”, dijo el guía alemán, mientras señalaba un antiguo instrumento musical, “es el piano de Beethoven; el mismo en el que compuso muchas de sus obras más famosas.”

Un grupo de turistas estaba recorriendo la casa del músico en Bonn. Habían visto una reliquia tras otra, y ahora estaban frente al mayor tesoro de todos. “¿Beethoven realmente tocó este instrumento?” preguntó con cierto desdén una joven. Obviamente no tenía una opinión muy alta del antiguo piano.

“Lo hizo”, respondió el guía, esta es una de nuestras más valiosas posesiones. Era obvio que él reverenciaba el nombre de Beethoven, porque sus ojos se iluminaron cuando habló del gran compositor.

El brillo de sus ojos se disipó de pronto, cuando la joven que había hecho la pregunta se sentó al piano y empezó a tocar una música popular de moda. Dejando el instrumento, ella dijo con ligereza: “Supongo que muchos turistas tocan este piano.”

“Es cierto que tenemos muchos visitantes”, respondió fríamente el guía, “el año pasado tuve el honor de conducir al gran Paderewsky por estas habitaciones.”

“¿Y tocó él el piano?”

“No. Él se consideró indigno tan siquiera de poner un dedo sobre él.”

—H. L. Gee, en *Joyful News*

Un alto oficial británico en el Oriente atendía a una sofisticada dama que era su huésped. Parece ser que el asistente del general había sentado a esta dama a la izquierda de su anfitrión, en lugar de sentarla en el lugar de honor, o sea, a su derecha. La dama hizo un gran esfuerzo por soportar la situación, pero de pronto estalló diciendo: “Supongo que usted ha tenido gran dificultad para lograr que su ayudante siente a sus invitados a la mesa de la forma apropiada.”

“Oh, para nada”, replicó el general. “A los que son importantes no les importa, y a los que les importa, no son importantes...” *El evangelio*

La presunción es la manera en que una naturaleza benigna compensa la deficiencia mental. —Autor Desconocido

El orgullo transformó Edén en infierno
Donde los demonios libremente moran;
Con aliento envenenado sofoca la vida
Y con un dedo agita conflicto.
Desvía al alma de Dios
Y lentamente la priva de su alimento...

—Trudy Tait

Confiar en Uno Mismo es Desafiar a Dios

Seis cosas aborrece Jehová, y aun siete abomina su alma: Los ojos altivos... (Pr 6:16,17)

No sufriré al de ojos altaneros y de corazón vanidoso. (Sal 101:5)

“CONFÍAR en uno mismo es desafiar a Dios”, dijo Geoffrey Bull, un antiguo misionero que fue arrestado bajo el régimen comunista.

William Law, en su libro *Llamamiento verdadero*, reiteró esa misma verdad hace más de doscientos años: “Confiar en uno mismo es robar, porque es apropiarse de aquellas cosas que le pertenecen solamente a Dios; y también es mentir, porque es negar la realidad de nuestro estado, y pretender ser lo que en realidad no se es...”

“...El orgullo puede degradar a los ángeles más altos, convirtiéndolos en diablos; y la humildad levanta a la carne y sangre caídas a los tronos angelicales... El orgullo debe morir, o nada del Cielo podrá vivir en nosotros. Bajo la bandera de la verdad, rindámonos al manso y humilde Espíritu del santo Jesús.”

“La humildad debe sembrar la semilla, o no podrá haber cosecha en el Cielo. No miremos al orgullo sólo como una actitud inapropiada, ni a la humildad sólo como una buena virtud; porque el primero es muerte, y la segunda es vida; el primero es todo infernal, y la segunda es toda celestial. La medida que tengamos de orgullo, es la medida que tenemos del ángel caído viviendo en nosotros; la medida que tengamos de verdadera humildad, es la medida que tenemos del Cordero de Dios en nosotros.”

“Si pudiéramos ver cada efecto que el orgullo produce en nuestra alma, haríamos lo que fuera necesario para arrancar esa víbora de nosotros, aunque ello involucrara la pérdida de una mano o de un ojo. Si pudiéramos ver el dulce y divino poder transformador que hay en la humildad, la forma en que expulsa el veneno de nuestra naturaleza y hace espacio para que el Espíritu de Dios viva en nosotros, desearíamos ser la alfombra de todo el mundo, antes que permitirnos tener una pizca de orgullo...”

“Esa humildad que ahora es despreciada por los hombres, y que es tan contraria al espíritu de este mundo, vencerá al mundo, a la carne y al diablo. El que se atreve a ser pobre y despreciable a los ojos de este presente mundo malo, a fin de salir aprobado delante de Dios; el que resiste y rechaza toda gloria humana; el que domina sus pasiones;

el que humildemente soporta todas las injurias y culpas, y se atreve a esperar por su recompensa hasta que la mano invisible de Dios dé a cada quien el lugar que le corresponde, ése será hallado como el hombre verdaderamente sabio en el día que viene. Él será el buen soldado de Jesucristo que ha peleado la buena batalla de la fe, pero no por su propia fuerza o sabiduría, sino solamente en la medida en que ha abrazado la muerte de Cristo como la crucifixión de su propio y diabólico “yo”, y a través del poder del Espíritu Santo ha conocido la vida del manso y humilde Cordero de Dios morando en su alma.”

Mi fe mira hacia lo alto para clamar por el toque divino
Que me despoje de esta fatal fortaleza propia,
Y me deje reposando totalmente, Señor, en ti.

Sí, hazme alguien a quien puedas bendecir,
Adecuado para tu uso por medio de mi impotencia;
Tuya, sólo tuya toda la gloria del triunfo será.

Señor, enseña a tus temblorosos santos a encontrar
como Tú,
El lugar de la muerte, el lugar de la victoria,
Como Tú, a triunfar a través de la debilidad.

Porque tu cruz será nuestro símbolo para conquistar;
Entonces vivimos cuando a nuestras vidas decidimos
renunciar,
Sí, todo nuestro ser propiedad tuya será.

—Autor Desconocido

Si estamos sentados a los pies de Jesús, toda presunción carnal es excluida. Tenemos Su mente sabia en todas las cosas, y no nos podemos comportar de manera impropia. —R. A. Chapman

Abriendo Demasiado Nuestra Puerta

Y el que abre demasiado la puerta busca su ruina. (Pr 17:19)

EN el Oriente sin ley, las casas e iglesias expuestas a los ataques de ladrones tienen las puertas de entrada muy bajas, de modo que hay que inclinarse para poder pasar por ellas. Los beduinos del desierto son magníficos jinetes, y sus incursiones de pillaje siempre las realizan a caballo. Ellos considerarían una afrenta a su dignidad realizar un ataque a cualquier lugar movilizándose a pie. Así que solamente atacan las casas que tienen puertas altas por las que puedan ingresar a caballo. Las casas de los ricos y nobles en el Oriente tienen patios como los palacios en Italia, a los cuales se puede ingresar en carruaje desde la calle. Es solamente a tales casas a las que les vale la pena entrar; porque sólo en casas así pueden robar lo suficiente como para compensar el riesgo...

Ahora, lo que el hombre sabio quiere decir en su proverbio, es que si somos orgullosos y altivos, estamos exponiéndonos a peligros tan grandes en la vida, como el hombre que se expone haciendo demasiado altas las puertas de su casa, e invitando así al ladrón beduino para que entre cabalgando, y lo mate o le robe sus bienes.

Existen enemigos igualmente peligrosos y poderosos que pueden hacernos más daño que los ladrones beduinos; ellos están listos para aprovecharse de la apertura que les damos al albergar un espíritu arrogante y altivo, que les permite entrar a nuestros corazones y robarnos lo más amado y precioso de nuestra vida.

Hay muchos pecados que, como los beduinos, atacan sólo a caballo; vicios que atacan con la mano alzada, que asumen aires altivos y se hacen a sí mismos grandes e importantes. Nunca desmontan; nunca entran a pie en nuestro corazón. Como si supieran cuán pequeños somos, y cuán enfermizas y débiles son realmente nuestras rodillas, ellos deben apelar a nuestra imaginación por medio de la pompa y la ostentación. Oímos decir de un hombre orgulloso y altivo: “Él va montado sobre su alto caballo.”

Ahora, para dejar entrar estos pecados orgullosos y altivos que atacan como a caballo, debemos elevar mucho las puertas de nuestro corazón. Ellos no pueden cruzar el umbral de una mente humilde; y si no abrimos nuestras puertas, estos pecados de altos vuelos no nos molestarán y estaremos fuera de su consideración. Estaremos muy abajo para que

el orgullo, la vanidad, la ambición mundana y la arrogancia puedan entrar; pero gracias a Dios, no estaremos demasiado abajo para que las bendiciones del Reino de los Cielos—ese Reino que está diseñado para los pobres de espíritu, a quienes por derecho les pertenece—se derramen y llenen nuestro corazón y lo santifiquen. Del proverbio del texto aprendemos, entonces, que hay sabiduría en inclinarse.

El célebre Benjamín Franklin, de los Estados Unidos, fue el primero en hacer bajar los relámpagos del cielo a la tierra por medio de una cometa. Cuando era joven, en una ocasión iba saliendo a través de un pasadizo de la casa de un amigo a quien había llegado a visitar. Mientras pasaba, su amigo le dijo apresuradamente: “¡Inclínate, inclínate!”. Como Franklin no atendió el aviso, se golpeó fuertemente la cabeza contra una viga que sobresalía del techo. “Muchacho”, dijo su amigo, “eres joven y tienes la vida por delante, aprende a inclinarte mientras caminas, y te salvarás de muchos duros golpes.”

Si alzamos nuestras puertas, invitaremos al orgullo y a la ira a que entren a nuestro corazón, y ellos nos robarán la razón, y nos harán decir y hacer necedades. Bajemos nuestras puertas para que sólo la tranquila y dócil gracia de la humildad y la mansedumbre pueda hacer su ingreso.

—Hugh Macmillan

Humildes debemos ser si vamos a ir al Cielo;
Alto es el techo allí, pero baja es la puerta para entrar.

—Robert Herrick

Ya que a los ojos de Dios es grande
Lo que se considera a sí mismo pequeño,
Por esa ley, nosotros a la humildad
Como la principal gracia debemos considerar;
La cual, siendo humilde, no se considera a sí misma
Como una gracia, en primer lugar.

—R. C. Trench

La Puerta Baja de la Cruz

Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo... (Jn 10:9)
...y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. (Mt 11:29)

LA puerta de la fe es angosta porque no permite que la justicia propia, las glorias del mundo y la autoestima pasen por ella. Somos mantenidos afuera hasta que nos despojamos de coronas y túnicas reales, y nos presentamos vestidos solamente con el cilicio de la penitencia. Debemos hacernos pequeños para poder entrar. Debemos arrastrarnos sobre nuestras rodillas; así de baja es la bóveda. Es tan estrecha que debemos dejar todo afuera. Debemos entrar uno por uno. La puerta da acceso a un palacio, pero es demasiado estrecha para cualquiera que confía en sí mismo. –Alexander Maclaren

Annie Johnson Flint entró al plan de Dios para su vida a través de la estrecha puerta de la artritis, que inutilizándole los dedos, frustró su prometedor carrera como concertista de piano. Aunque estaba decepcionada, Annie llegó a aceptar el hecho de que pasaría su vida en una silla de ruedas. A través de la poesía que ella dio al mundo, su alma interior vibró con una música más grandiosa que cualquier otra que hubiera podido tocar en el piano. El siguiente poema es uno de ellos:

“Oh, estrecha y angosta es la puerta,
La pequeña puerta de la renuncia
Por la cual entramos a Cristo:
La puerta baja de la cruz.
Pero cuando echamos fuera nuestro orgullo,
Y contritos llegamos a Él,
Encontramos que es el único camino
Que nos lleva a Dios y al hogar.”

“Oh, estrechas y bajas son las puertas
Por las que Cristo viene a nosotros;
Cerramos las puertas de entrada al gozo,
Y cuando Él las encuentra así,
Por extrañas y pequeñas puertas de miseria y necesidad
De pruebas y de dolor,
Entra y comparte nuestras vidas
Para nuestra eterna ganancia.”

“Las puertas estrechas por donde nos trae,
Las puertas pequeñas y bajas,
A cuán grandiosos lugares se abrirán,
Si sólo por ellas entramos;
Las extrañas, pequeñas puertas de trabajo y necesidad,
Puertas estrechas de angustia y dolor,
¡A cuántas riquezas nos conducirán!
¡Qué eterna ganancia será!”

Toda alma que ha encontrado a Cristo, lo ha hecho a través de la puerta baja de la cruz. “Yo era un muchacho extraordinariamente ambicioso”, dijo Samuel Logan Brengle, “deseaba tener un nombre que fuera famoso en todo el mundo, y que me colocara en la cumbre donde todos me vieran y aclamaran. Pero cuando Dios me santificó, sentí que los ángeles ciertamente veían los honores que los hombres se otorgan unos a otros, de la misma forma que nosotros miraríamos los honores que las hormigas pudieran otorgar en el hormiguero a alguna distinguida hormiga que sea su líder. Todo me pareció tan lastimosamente insignificante entonces, como me lo sigue pareciendo hoy.”

Pero Brengle fue llevado a esa puerta estrecha a través de una serie de decisiones personales. Primero renunció a su futura carrera de abogado, para predicar el glorioso Evangelio de Dios. Más tarde, buscando la llenura del Espíritu Santo en su vida, renunció a toda ambición de ser un “gran” predicador que pudiera influenciar a su congregación con su brillante oratoria, y deseó “balbucear y tartamudear”. Él sabía que su “honor y gloria” serían cosechados en el Cielo.

La Puerta de los Desamparados

Habrá considerado la oración de los desvalidos, y no habrá desechado el ruego de ellos. (Sal 102:17)

OH Señor, empápanos de humildad, era la súplica de Oswald Chambers, uno de los más conmovedores y penetrantes escritores del siglo veinte. En uno de sus libros, *Él me glorificará*, tiene mucho que decir acerca de este atributo tan necesario.

“Nuestro Señor empieza donde nosotros no empezáramos jamás, en el punto de la indignancia humana. La mayor bendición que un hombre puede recibir de Dios es el darse cuenta de que si va a entrar en Su Reino, será a través de la puerta de los desvalidos. Naturalmente, nosotros no queremos empezar allí; por eso el llamado de Jesús será inútil mientras no enfrentemos la realidad; cuando la enfrentamos, comprendemos que el único digno de ser escuchado es Él.”

“Aprenderemos a darle la bienvenida a la paciencia de Jesús, solamente cuando lleguemos al punto de sentirnos menesterosos. No es que Dios no quiera hacer algo por nosotros mientras no lleguemos allí; es que sencillamente no puede. Dios no puede hacer nada por mí, si yo me basto a mí mismo. Cuando espiritualmente llegamos al lugar del desamparo, encontramos al Señor esperando y diciendo: ‘Si alguno tiene sed, venga a mí y beba’. Hay cientos en el lugar del desamparo, que no saben lo que quieren. Si nosotros hemos estado obedeciendo la orden de Jesús de ‘id y haced discípulos’, seguramente sabemos qué es lo que quieren: ellos quieren a Jesús. Estamos tan interesados en nuestras propias riquezas espirituales, que los campos alrededor nuestro están blancos para la siega, y no cosechamos ni una sola alma para Dios.”

“Algunos hombres entran al Reino de los Cielos por medio de la aplastante, desgarradora e irresistible convicción de pecado, pero éstos son el menor número; la mayoría entra al Reino a través del desamparo; cuando ya no tienen ningún poder para aferrarse a Dios, ningún poder para hacer lo que se debe hacer, totalmente agobiados por la necesidad.”

De una lectura en la obra *En pos de lo supremo*, añadimos estas pocas palabras relacionadas con el mismo tema:

“El Nuevo Testamento menciona cosas que según nuestros estándares no parecen tener importancia: ‘Bienaventurados los pobres

en espíritu’, es decir, ‘Bienaventurados los menesterosos’; esto es ¡algo extremadamente poco original! La prédica de hoy enfatiza la fuerza de voluntad, la belleza de carácter, es decir, las cosas que pueden notarse con facilidad. La frase que oímos tan a menudo: ‘Decídase por Cristo’, pone énfasis en algo que nuestro Señor nunca dijo. Él no nos pide que nos decidamos por Él, sino que nos rindamos a Él, lo cual es muy diferente. En el fundamento del Reino de Jesucristo se encuentra la inalterable belleza de lo sencillo; allí somos bendecidos por nuestra pobreza. Si carecemos de fuerza de voluntad o de nobleza, entonces Jesús dice: ‘Bienaventurados sois, porque es a través de esa pobreza que entraréis a mi Reino.’ Nadie puede entrar a Su Reino por ser una buena persona; sólo podremos entrar si somos totalmente menesterosos.”

“La clase de belleza que refleja a Dios nunca está consciente del efecto que produce en los que están alrededor. La influencia consciente es presuntuosa y no es cristiana. Si digo: ‘Me pregunto si yo sirvo para algo’, instantáneamente perderé la unción y la belleza que vienen del Señor. ‘El que cree en mí, de su interior fluirán ríos de agua viva.’ Si yo me concentro en analizar el fluir de Dios a través de mí, perderé Su unción.”

“¿Quiénes son las personas que más han influido en nosotros? No las que intentaron hacerlo, sino las que no tenían ni la más remota idea de que lo estaban haciendo. En la vida cristiana, lo que es consciente deja de tener la natural belleza que es característica de Jesús. Nosotros siempre sabemos cuándo está obrando Jesús, porque Él convierte lo que es ordinario o común, en algo que es inspirador.”

La debilidad humana que espera en Dios,
el blanco no puede fallar,
Porque ninguna otra cosa puede el hombre
en la tierra hacer,
Que se parezca más a lo que es angelical,
Para adquirir la fortaleza de Dios.

—Constance Ruspini

Las Apreciadas Humillaciones

Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos. Y te afligió... (Dt 8:2,3)

HELENA Garrat y dos de sus hermanas dejaron una casa cómoda y un hermoso vecindario, para ir al África donde formaron la *Banda Evangelística Africana*. En una de sus publicaciones, ella escribe:

“Hay una inmensa diferencia entre lo que Dios piensa que vale la pena que quede registrado, y lo que nosotros pensamos que debe registrarse. Al hacer la reseña de las experiencias de Israel, el Espíritu Santo registra esto: ‘Él os humilló.’ No es frecuente que un cristiano registre una experiencia así en la historia de su vida. Nuestras mentes parecen dar mayor importancia a los pasados momentos de gozo, que a los tiempos de humillación. Parece que es más natural para nosotros relatar situaciones en las que Dios nos ha usado, enseñado o confortado, que aquellas cuando nos ha humillado.”

“Quizás algunos de nosotros pensamos que no vale la pena registrar el proceso de humillación por el que hemos pasado; y otros sintamos que los menosprecios, las humillaciones, la pérdida o las decepciones que tuvimos fueron tan dolorosas, tan humillantes, que preferimos olvidarlas. Pero son las humillaciones las que cuentan delante de Dios, y Él consideró importante dejarlas registradas para la eternidad. En la Biblia dejó registrado que durante los cuarenta años que Su pueblo vagó por el desierto, aprendió a ser humilde y a conocerse a sí mismo.”

“A medida que nos acercamos más a Dios y entendemos mejor Sus caminos, aprendemos a llevar registros conforme a Su mente. Empezamos a considerar Sus humillaciones, Sus pruebas, Sus disciplinas, como nuestras más apreciadas experiencias espirituales. El santo que ha obtenido lo mejor a los ojos de Dios, no es el que ha tenido un camino fácil o ha alcanzado los mayores éxitos; tampoco lo es quien ha sido alabado por los labios de los hombres, sino el que ha conocido las humillaciones más profundas en presencia del Altísimo, y se ha inclinado más bajo a Sus pies. El Señor Jesús dijo: ‘El que se humilla a sí mismo... es el más grande en el Reino de los Cielos’.”

“En la antigüedad, Dios no dijo a su pueblo que recordara solamente las batallas que pelearon y los enemigos que derrotaron; Su Palabra fue: ‘Te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios... para afligirte, para probarte.’ Sus humillaciones son tan divinas como sus exaltaciones; y es Su mano sobre nosotros, quebrantándonos y vaciándonos, la que nos hace aptos para ser usados por Él.”

“No nos sintamos avergonzados de las experiencias que nos humillan; al contrario, gloriémonos en ellas... Enséñame a valorar y a dar la bienvenida a todo lo que tú me envíes para humillarme y enseñarme a depender de ti.”

Su derrocamiento amontonó felicidad sobre él;
Porque entonces, y sólo entonces, él se percibió a sí mismo,
¡Y sintió la bendición de ser pequeño!

–Shakespeare

George MacDonald era lo suficientemente grande como para dejar registrada su humillación: “Aprendí que es mil veces mejor para un hombre orgulloso caer y ser humillado, que mantener su cabeza levantada en orgullo y en imaginaria virtud. Aprendí que el hombre cuya meta es ser un héroe, no sólo fallará en alcanzar dicha meta, sino que ni siquiera terminará siendo un hombre auténtico. Pero el hombre que está contento haciendo el trabajo que Dios le ha encomendado, descubrirá su verdadera hombría. Ser fiel a mi llamamiento no disminuye ni oscurece mi ideal de una auténtica hombría, ni lo hace menos precioso, sino que me permite verlo tan claramente, que no me atrevería ni por un momento a compararme con ese ideal. Al vivir fielmente para Dios, estoy viviendo el ideal que Él ha puesto para mí, mi ideal ha llegado a ser mi vida, mientras que antes, mi vida había consistido en un inútil intento de alcanzar mi ideal, y si no podía lograrlo, buscaba por lo menos verme reflejado en ese ideal.”

Si estoy contento de no ser nada, no puedo ofenderme; y cuando realmente soy humilde y me considero un gusano, no voy a quejarme si me pisotean. –R. C. Chapman

Despreciando la Alabanza

Sino que es juicio el que lo es en lo interior; y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios. (Ro 2:29)

*Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.
(Jn 12:43)*

EL examen para un hombre de Dios es la forma en que recibe los aplausos de los hombres. Henry Martyn, ese noble misionero que derramó su vida en la India, se dio cuenta del peligro de ser alabado cuando dijo: “Los hombres a menudo me admiran, y eso me agrada, pero aborrezco que me agrade.”

John Elliot, un colono puritano en Nueva Inglaterra, dedicó su vida a evangelizar a los indios norteamericanos. En una carta al Honorable Robert Boyle relacionada con el hecho de haber sido denominado “El Evangelista de los Indios”, escribió: “Les suplico que supriman todas esas cosas. Es el Redentor quien ha hecho lo que se ha hecho. Si aún existe alguna de las copias, deseo que esas palabras sean borradas. ¡Permítanme permanecer abajo!”

Más tarde escribió: “He tomado la decisión de no buscar cosas grandes en el mundo, sino conocer a Jesucristo, y a Él crucificado. Yo camino mejor cuando el viento sopla suavemente. Combinar un espíritu altivo con la navegación a toda vela es peligroso; así que yo avanzo más con una suave brisa. Es por esto que hago todo lo posible por vivir una vida humilde. No deseo tener mucho en la vida; y realmente mi oración es que no llegue a tenerlo. Estoy llamado a estudiar; así que debo dedicarme a hacerlo y renunciar a todas las distracciones. Desde mi aislado retiro tengo la ventaja de poder observar que inadvertidamente los asuntos diarios apartan nuestro corazón de Dios, y lo hacen encerrarse en sí mismo. Esto no lo pueden percibir los que viven en medio del ruido y de las cargas del mundo.”

Muy pocos arzobispos han desdeñado los honores y los beneficios materiales, como lo hizo el humilde Arzobispo Leighton de la Iglesia Anglicana. Él escogió vivir con sólo la quinta parte del ingreso de un arzobispo, rehusando aceptar el resto. Como arzobispo, también rehusó usar el título de “Señor”. Esto no lo hizo para aparentar humildad, sino porque en su misma naturaleza estaba hacerlo así. Cuando escribió a un ministro subordinado, antes de su firma escribió solamente: “Su pobre amigo y siervo.”

En una ocasión, el gran físico Michael Farraday dio una conferencia ante una audiencia de científicos en Londres. Cuando finalizó, el Príncipe de Gales se levantó para proponer que se le diera un voto de gratitud. La moción fue aceptada, pero cuando buscaron al conferencista, éste ya había desaparecido por la puerta trasera para asistir a una reunión de oración en las cercanías, en la que buscaría renovar su comunión con Dios.

Isaac Newton, viendo los tremendos secretos que la naturaleza escondía en su seno, dijo de sí mismo que se sentía como un niño caminando en la playa, inclinándose a recoger una que otra piedrecilla en la arena.

Samuel Logan Brengle desdénó los honores del púlpito sobre muy ilustres plataformas, para unirse al entonces despreciado Ejército de Salvación. Sin embargo, cuando eventualmente llegó a ser un predicador por todo el mundo, su esposa le escribió: “Creo que si esta elevación de nuestros grandes hombres frente a la cruz pudiera ser detenida, se estaría dando un gran paso para recobrar algo del poder que hemos perdido. Continúa insistiendo en esto en tu propia vida, y creo que Dios te recompensará grandemente... Estoy segura de que la exaltación del hombre contrasta a Dios. Tú sabes que me gusta oír que te alaben, y que puedo pasar muchas horas regocijándome en oírlos. Pero cuando voy a las reuniones, quiero que nadie sea mencionado sino Cristo, quien es el único que puede salvar a la gente del pecado.”

—Lillian Harvey

El hombre que era Señor del destino,
Nacido en un establo de bueyes,
Fue grande porque era demasiado grande
Para preocuparse por la grandeza en
alguna forma.

Tú anhelas ser grande; tú lo intentas,
Te sientes más pequeño todavía,
En el nombre de Dios, deja morir la ambición;
Déjalo hacer de ti lo que Él quiera.

—George MacDonald

Rechace las Alabanzas de los Hombres

¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único? (Jn 5:44)

“¿POR qué debe su alabanza, entonces, añadir combustible a un fuego que a veces me temo va a quemar toda mi gracia y mi piedad?” Esta fue la reacción de Philip Doddridge, un hombre de Dios, a la carta de una persona en la que alababa mucho sus logros literarios. Él abrió posteriormente su alma, al continuar rechazando la alabanza de ese supuesto admirador.

“Desafortunadamente, ¡así es su ‘piadoso y excelente’ amigo! Usted me hace un cumplido relacionado con el contenido y la precisión de mis puntos de vista. ¡Qué engañado está! Escasamente he podido dar un vistazo a los mejores tratados de los antiguos y modernos comentaristas, y apenas he hojeado algunos; pero hay una gran cantidad de cosas que no sería capaz de comprender, por lo menos sin un largo curso de estudio preparatorio. Casi no hay un capítulo en la Biblia que no me desconcierte; en pocas palabras, no existe un tema importante de la investigación humana en el que no perciba tanto mi ignorancia como mi incapacidad. ¡Y esta es la verdad acerca de mí!”

“Esta mañana me he humillado delante del Señor a causa del orgullo que hay en mi corazón. Me sigue dondequiera que voy: a la oficina donde estudio, a la conversación con mis amigos y, lo que es más espantoso de todo, me sigue a la misma presencia de mi Hacedor; de ese Dios que es la fuente de toda perfección, de cuyas manos he recibido todo, y de quien me hago merecedor de una mayor condenación a causa de mi orgullo.”

“Es tal la sutileza de este seductor engaño, que puedo recordar momentos en los que he estado orgulloso de haber expuesto exitosamente la deformidad del orgullo, cuando quizás el imaginar que había tenido éxito no era más que otro ejemplo de mi insignificancia.”

“¡Cuán difícil es mantener sujeto al “yo”! A través de usted he podido verlo en mi propia vida, pero sólo Dios puede hacer que sea una realidad esa excelente lección. Yo no puedo hacer siquiera un esquema para la honra de mi Dios y el servicio del mundo sin que mi “yo” se introduzca, y a veces a tal grado que me hacer dudar de si el principio rector no está equivocado, y si muchas de mis más valiosas acciones y proyectos no sean sino solamente *splendida pietata*.”

Dios derramó inusuales bendiciones sobre Philip Doddridge, quien siempre supo rechazar las alabanzas de los hombres. Su libro *El inicio y progreso de la religión en el alma*, influyó en la salvación de prominentes hombres que, a su vez, influyeron en multitudes. Al leerlo, George Whitefield pudo ver y abrazar el camino de salvación por medio de la fe. William Wilberforce, en un viaje al extranjero con su tutor cristiano, al leerlo quedó tan impresionado con el Evangelio que en él se proclamaba, que decidió estudiar el Nuevo Testamento, lo cual culminó en su nuevo nacimiento. Samuel Pierce, el Brainerd de los Bautistas, también lo leyó para beneficio de su alma.

Philip Doddridge, autor de ese libro y de otras exposiciones de las Escrituras, nació el 26 de junio de 1702. Ministró durante veintiún años en Northampton, en una iglesia no conformista. Deseando recalcar sus sermones a sus oyentes, algunas veces componía himnos para la ocasión. “Oh, Día Feliz” es una de esas composiciones, cuyas palabras evidencian el gozoso cambio que el Espíritu Santo había hecho en su corazón. –Lillian Harvey

Una causa importante de frecuentes conflictos es nuestro secreto deseo de ser ricos, cuando el Señor ha dispuesto hacernos pobres; queremos tener habilidad para hacer algo, y Él usa Su providencia para convencernos de que no podemos hacer nada. Queremos ser autosuficientes, pero Dios nos quiere absolutamente dependientes de Él. En la medida en que estemos contentos de ser débiles, contentos de que Su poder pueda ser magnificado en nosotros, haremos saber a nuestros enemigos que somos fuertes, aunque nunca estemos conscientes de serlo. Solamente al comparar lo que en realidad somos con la oposición que estamos enfrentando, podremos llegar a la animadora conclusión de que el Señor está obrando poderosamente en nosotros (Sal 41:11). –John Newton

Adulación Peligrosa

*El hombre que lisonjea a su prójimo, red tiende delante de sus pasos.
(Pr 29:5)*

Y la boca lisonjera hace resbalar. (Pr 26:28)

A J. N. Darby le fue enviada por su autor una traducción de cierto libro. En el prefacio, el escritor había expresado una aduladora opinión de la eminencia y piedad de J. N. Darby. Transcribimos, en forma abreviada, la carta que él envió al autor, en la que repudiaba la excesiva alabanza:

“El orgullo es el mayor de los males que nos afectan; y de todos nuestros enemigos, es el más difícil de derrotar; incluso los hijos del mundo pueden discernir esto. Madame de Stael dijo en su lecho de muerte: ‘¿Saben qué es lo último que muere en un hombre? Es el amor a sí mismo.’”

“Dios aborrece el orgullo por sobre todas las cosas, porque da al hombre el lugar que le pertenece solamente a Aquel que es exaltado sobre todo. El orgullo interrumpe la comunión con Dios y acarrea Su castigo, porque ‘Dios resiste al orgulloso.’”

“Seguramente usted comprenderá, mi querido amigo, que no puede hacerse mayor daño a otro, que cuando se le alaba y se alimenta su orgullo. ‘El hombre que lisonjea a su prójimo, red tiende delante de sus pasos.’ ‘La boca lisonjera hace resbalar.’ Además, puede estar seguro de que tenemos la vista demasiado corta como para poder juzgar el grado de piedad de nuestro hermano; para poder juzgarlo rectamente tendríamos que saber cómo es él en las profundidades de su corazón, que es donde se comunica con Dios; por lo que eso sólo lo sabe Aquel que escudriña los corazones. Por tanto, no juzgue nada antes de tiempo, hasta que el Señor venga, haga manifiestos los pensamientos del corazón, y dé a cada hombre su alabanza.”

Barclay Buxton tenía una noble ascendencia cuáquera. Fue un piadoso misionero que fundó la Banda Evangelística de Japón y que estaba muy consciente de los peligros de la adulación. En su biografía, su hijo dijo al respecto: “Poco tiempo después de su matrimonio, pidió a mi madre que alejara de él toda alabanza que ella pudiera oír relacionada con sus prédicas, ‘porque el orgullo es muy peligroso para mí’, dijo, a pesar de que él casi no hablaba de sí mismo, como lo hacen constantemente los hombres orgullosos.”

Cuando Hudson Taylor, el fundador de la Misión Interior de la China iba a hablar en una ocasión, alguien lo introdujo como “nuestro ilustre invitado”. El Sr. Taylor permaneció de pie en silencio por un minuto, y luego dijo: “Yo soy el insignificante siervo de un ilustre Amo.”

J. D. Drysdale, un hombre ampliamente conocido en el norte de Inglaterra por su incansable servicio a Dios, con frecuencia oraba: “Señor, no permitas que ingrese al ministerio hasta que la aparente falta de éxito no me cause desánimo, y el aparente éxito no produzca altivez y orgullo en mí.”

El servicio para el Maestro que todos alaban es un servicio muy peligroso. Quizás el día que el Maestro retorne, alguno cuyo nombre nunca escuchamos en la Iglesia de Cristo estará muy en alto, simplemente por su amor al Maestro. –Andrew Bonar

Entonces, aprende a desdeñar la alabanza humana,
Y aprende a perder con Dios;
Porque mediante el oprobio, Jesús ganó el mundo
Y te muestra a ti el camino.

La gloria de Dios es algo maravilloso,
Muy extraño en todos sus caminos,
Y de todo lo que hay sobre la tierra, es lo que menos
Están de acuerdo los hombres en alabar.

Porque Él puede eterna gloria entretejer
De lo que el hombre considera un oprobio;
En Su propio mundo Él feliz va a estar
De jugar un juego perdedor.

–Frederick Faber

Devuelva la Gloria a Dios

*¿No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero?
(Lc 17:18)*

UNA concertista de piano extremadamente talentosa, además de ser una excelente maestra de dicho instrumento, daba a sus estudiantes su receta para conservar un espíritu humilde: “Cuando la gente me hace cumplidos”, les decía, “en lugar de alimentar mi orgullo con su alabanza, la pongo toda en una pequeña cesta, y al final del día me arrodillo y se la ofrezco a Dios. ‘Aquí tienes Señor; todo es tuyo’, le digo. ‘No me pertenece a mí. Te lo devuelvo’.”

En la oración incluida en el siguiente párrafo, John Wesley, el fundador del Metodismo, revela el secreto del extraordinario favor de Dios derramado sobre su vida por más de cincuenta años.

Él pasó la oración a su muy admirado colega, John Fletcher, Vicario de Madeley, y Fletcher la pasó a otro amigo con estas palabras: “Cuando hayas hecho algo por Dios, o recibido cualquier favor de Él, retírate a tu lugar secreto, o a lo profundo de tu corazón y dile: ‘Vengo, Señor, a devolverte lo que Tú me has dado; voluntariamente renuncio a ello, para regresar de nuevo a la nada. Porque, ¿qué es la más perfecta criatura del cielo o de la tierra en tu presencia, sino un vacío capaz de ser llenado contigo y por ti, como el aire vacío y oscuro es capaz de ser llenado con la luz del sol? Concédeme, por tanto, oh Señor, que nunca me apropie de tu gracia, más de lo que el aire se apropia de la luz del sol, la cual se va cada día para volver a la siguiente mañana; no habiendo nada en el aire que se apropie de su luz, o la resista. ¡Oh, dame la misma facilidad de recibir y devolverte tu gracia y tus buenas obras! Digo ‘tus’, porque reconozco que la raíz de la que brotan eres Tú y no yo.’”

John Fletcher añade: “La manera de ser llenado de nuevo con las riquezas de la gracia de Dios, es despojarnos de ellas; sin esto, es extremadamente difícil no desmayar cuando realizamos buenas obras. Por tanto, para que nuestras buenas obras puedan perfeccionarse, debemos dejar que se pierdan en Dios. Esa es una clase de muerte para ellas, semejante a la de nuestros cuerpos, que no obtienen su vida más elevada, su inmortalidad, sino hasta que se pierden en la gloria de Dios, con la que serán llenados. A través de esa muerte espiritual, nuestras buenas obras solamente van a perder lo que es mortal en ellas.”

Cristo hizo mención especial del único leproso que había regresado a darle gracias, porque le agrada que reconozcamos que todo procede de Él. No es hasta que el alma se ha rendido totalmente a Dios, que siente esa espontánea gratitud hacia Él, hasta por los más pequeños beneficios. “Nunca había sentido verdadera gratitud en mi corazón”, dijo una joven, “hasta que me rendí totalmente a Dios, ya sea para vivir o para morir por Él. Entonces el Espíritu Santo tomó el trono de mi corazón; y sólo entonces, al retirarme a dormir, por primera vez le di gracias por la cómoda cama sobre la que iba a descansar. Pude darme cuenta de cuán ingrato había sido mi corazón durante todos los años de mi anterior tibia manera cristiana de vivir. Como los nueve leprosos, yo nunca había regresado para dar gracias por las innumerables bendiciones, tanto las grandes como las pequeñas, que Él con inmensa gracia había derramado sobre mí.”

¿Por qué soy débil, si Tú eres fuerte,
Y mi fortaleza yo puedo obtener de ti?
¿Por qué soy pobre, si Tú eres rico,
Señor, y has comprado todo bien para mí?

¿No has tomado sobre ti mismo
Toda la insuficiencia mía?
Entonces, permíteme mi propio “yo” olvidar,
Y que cada don tuyo pueda tomar y usar.

¡Obra toda tu voluntad en mí!
Mi ser interior controla, Señor,
Para que mi vida pueda manifestar
La Vida resucitada, dentro de mi ser.
-E. H. Divall

No Por la Fuerza ni por el Poder del Hombre

Ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder.
(1 Co 2:4)

EL joven aspirante a predicador había intentado, sin éxito, ser aceptado en veintidós iglesias. Marcus Dods se veía a sí mismo como un fracaso, pero en realidad era un éxito. Llegó a estar tan seguro del poder de la verdad, que no adornaría el mensaje divino con sus propios elocuentes y apasionados llamados desde el púlpito. Su imponente y masiva figura no atraía a muchos de sus superficiales oyentes, que hubieran deseado que a través de sus prédicas, su joven ministro levantara sus adormitados espíritus con animados gestos y agitados movimientos. Pero un hombre que tiene un mensaje, finalmente va a encontrar un auditorio. Una iglesia de Glasgow disfrutó de su ministerio por más de veinte años. Después ocupó un cargo en la Universidad de Edimburgo, donde su influencia se hizo sentir en la vida de muchos jóvenes.

“El era el mejor amigo de Cristo, y el hombre más parecido a Él que yo haya conocido”, dijo W. Robertson Nicoll acerca de Marcus Dods. “Era el más humilde de los hombres; nunca ofrecía un consejo a menos que se lo pidieran, pero inconscientemente ejercía una asombrosa influencia en los que lo rodeaban. Inconscientemente los impulsaba a actuar bien.” Se requiere de gran humildad y fe para ser diferente. ¿Podría haber tenido éxito en el ministerio un hombre que se rehusaba a aceptar las demandas populares? Permitiremos que el Profesor Henry Dummond nos comente acerca del profundo efecto que el mensaje de este hombre tenía en sus oyentes:

“Él se para directamente detrás del púlpito sin ningún movimiento o emoción visible. Lee su sermón de principio a fin, sin pausas. Empieza sin despertar expectación alguna, sin sugerir algún descubrimiento o algo original, aunque mucho de su contenido tenga que ver con ambos; lo hace con un ritmo uniforme que nunca cambia; con una voz sin emoción, sin cadencia, sin clímax... y termina abruptamente cuando todo ha sido dicho, como si estuviera agradecido de que todo hubiera terminado por esa semana.”

“Pero cuando al llegar a casa uno pensaba en el mensaje, podía percibir que el resultado posterior era casi inversamente proporcional al efecto que había causado. Se podía saber exactamente por qué el

sermón había terminado justo en ese momento: no había más que decir; la conclusión era final. Se descubría fácilmente por qué el llamamiento no había sido más emocionante. Estábamos acostumbrados a la vibrante pasión de las cuerdas de otra alma, pero ahora es la propia alma la que se agita y tiembla. Estos efectos no son la obra de un hombre; son la operación del Espíritu de Verdad.”

“Ahora se puede comprender por qué el hombre estaba tan escondido, por qué no tenía expresiones ingeniosas, por qué no quedaban grabadas hermosas palabras en la memoria de sus oyentes, por qué era un predicador tan impersonal, para el cual usted era tan impersonal. Un predicador tan completamente desinteresado en usted, que nunca le tomó del cuello para que aceptara su mensaje, pero que tomó el mensaje por el cuello y lo plantó en la parte más profunda de su ser, para que usted ya no pudiera librarse de él. Usted no ha escuchado una oratoria brillante y conmovedora, pero siente que ha sido escudriñado y quebrantado; sabe que realidades invisibles le han visto a los ojos, le han interrogado, y le han hecho una persona más humilde y obediente.”

“Despacio, lentamente, sin advertencia, Él procede a realizar Su obra”, dijo Marcus Dods en su comentario a la carta a los Corintios. “Despacio, porque la obra es para la eternidad, y porque los males morales y espirituales sólo pueden ser removidos gradualmente. ‘No es en un instante, en un abrir o cerrar de ojos o con un movimiento de la mano, que la salvación se enfrenta a la muerte’; es mediante un conflicto moral real y sostenido; por un sacrificio real y una persistente escogencia del bien; por el largo trato y desarrollo del carácter individual; por el lento crecimiento de las naciones, y la interacción de influencias sociales y religiosas; por la saturación de todo lo que es humano por el Espíritu de Cristo; esto es, por el desarrollo de una personalidad que se manifiesta en una vida práctica para el bien de los hombres. Todo esto es demasiado grande y demasiado real para no producirse lentamente.”

Sumerja su Causa en la De Él

He trabajado... pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo. (1 Co 15:10)

EN su libro *Pisadas en el camino de vida*, Marcus Dods revela algunos de los secretos que él aprendió por revelación divina:

“Esta es la manera de llegar a ser verdaderos siervos de Dios: sumergir nuestra propia causa, nuestros proyectos y nuestra voluntad en Su causa, para poder estar verdaderamente en Sus manos; para ser usados como Él desee; para regresar diariamente a recibir sus órdenes; para adquirir así el entendimiento de lo que Él quiere hacer en el mundo, rechazando gradualmente todo pensamiento que no nos conduzca a ello, para ser consagrados y fieles. Esto es lo que Dios requiere de todos nosotros.”

“A esto nos llevará Dios, para que las esperanzas y planes de logros meramente egoístas lleguen a sernos motivo de aflicción y de pena. Las ansiosas ambiciones que arden en nuestro corazón y nos impulsan a trabajar, no hacen más que desviarnos del camino; debemos dejarlas todas y regresar a la sencillez de los siervos de Dios, que sólo se preocupan de agradarlo a Él. Será sólo cuando no tengamos otro objetivo más que éste, que encontraremos reposo.”

“Importa poco de qué forma se manifieste nuestra búsqueda para satisfacer nuestro ego. Nos esforzamos por mejorar nuestro carácter, y gradualmente nos damos cuenta de que la razón por la cual nuestros esfuerzos son vanos, es porque estamos luchando por hacer la voluntad de Dios no simplemente porque sea Su voluntad, sino porque si lo hacemos seremos más valiosos; estamos luchando por vivir una nueva vida con un corazón viejo. El “yo” es nuestro centro y nuestro objetivo, y todo estará mal en nosotros hasta que sólo Dios sea nuestro objetivo, hasta que verdadera, simple y directamente, lo amemos a Él.”

En otro análisis de Dods, titulado: *“La monarquía dentro de nosotros”*, escribe:

“Debemos tener en mente que Dios también tiene una voluntad; que así como con nuestra voluntad nosotros planeamos y resueltamente nos dirigimos en una dirección, también hay planes que se originan en una voluntad que no es de esta tierra, pero que deben ser realizados en ella; que a la par de nuestros deseos, está lo que Dios desea que sea hecho.”

“En todas partes, y en todas las cosas, nosotros debemos cumplir la voluntad de Dios. Tenemos que aprender a mirar ese Reino de Dios del cual hablamos, como una monarquía absoluta donde existe una voluntad suprema, y que fuera de ella se encuentran las tinieblas de afuera, donde todo es confusión y consternación. Y la peculiar disciplina por la cual tenemos que pasar a lo largo de esta vida, es para aprender a someternos a esa voluntad suprema... Parece extraño que deba emplearse toda una vida para lograrlo, y que la suprema finalidad de la voluntad del hombre deba ser rendirse voluntariamente a la voluntad de Dios... pero esa es la realidad.”

En un análisis adicional, en su obra *“Hay suficiente gracia en Dios”*, Marcus Dods escribe:

“Al aprender a medirnos a nosotros mismos, como lo estamos haciendo, llegamos a convencernos de nuestra insignificancia, de nuestra incapacidad de brillar, de nuestra inhabilidad para remover la ignorancia, de nuestra vulnerabilidad en presencia de la opresiva oscuridad que nos rodea.”

“Cuando llegamos a estar profundamente convencidos de que nuestros métodos están equivocados; de haber estado golpeando al aire; de los débiles e ineficaces ataques que hemos lanzado contra las densas masas de oscuridad que nos rodean; cuando llegamos al punto en el cual nos entristece nuestra propia incompetencia e ineffectividad, habrán fundamentos razonables para tener pensamientos más esperanzadores, porque hay una inagotable provisión de gracia para realizar toda la obra que Dios nos ha llamado a hacer.”

“No es nuestra tarea crear un espíritu de santidad para nosotros mismos. En Dios existe santidad suficiente para todos los hombres. Él puede darnos toda la ayuda necesaria para mantenernos en el camino de justicia. El Espíritu Santo es suficiente para suplir todas las necesidades del creyente. El Espíritu Santo es Dios; así que como hay en Dios vida suficiente para todas las criaturas; poder suficiente para mantener en existencia todo lo que existe, igualmente hay en Él santidad suficiente para suplir la necesidad de todos. En Dios hay suficiente gracia y poder para llevar a cabo toda la obra que este mundo requiere. En Dios hay paciencia, amor, sabiduría, sacrificio; en una palabra, en Él hay bondad suficiente para vencer todo el mal.”

Tome el Lugar Más Bajo

¡Ay de vosotros, fariseos! que amáis las primeras sillas en las sinagogas, y las saluciones en las plazas. (Lc 11:43)

NADA provoca mayor problema en las iglesias que el deseo de sus miembros de obtener la posición más alta. La madre de Jacobo y de Juan pensó que su petición para que sus hijos se sentaran a la izquierda y a la derecha del Señor en Su gloria, era digna de alabanza; pero el Señor Jesús le respondió que el conceder esa posición estaba en manos del Padre, y que estaba destinada para quienes pudieran beber de la copa de sufrimiento, vergüenza, humillación y oprobio que Él mismo bebería.

—Lillian Harvey

Existe destrucción y ruina en la senda de los que andan a la cacería de posiciones, a menos que el lugar que estén buscando sea el que se encuentra al pie de la cruz, juntamente con la voluntad de ser usados en cualquier lugar al que Dios quiera dirigirlos. Nadie que profese ser seguidor de Cristo puede buscar su propia gloria, sin robarle a Cristo la gloria que por derecho le corresponde. Una gran cantidad de problemas y de divisiones en las iglesias, y un terrible número de almas perdidas para Dios y para la Iglesia, pueden atribuirse a la obra e influencia del cazador de posiciones. —Autor Desconocido

Aunque yo pueda buscar posición, o despreciarla,
Mi alma no encuentra felicidad alguna,
Pero con un Dios que nuestra vida gué,
Igual gozo será obtenerla que rechazarla.

—Madame Guyón

El *Christian Digest* nos relata esta interesante historia: “Cuando la Reina de Inglaterra tenía nueve años, fue de compras con su real abuela, la Reina Mary, a algunos de los más exclusivos almacenes de Londres. Multitudes se reunieron frente a ellos esperando poder ver a la amada princesita cuando volviera a aparecer.”

“La pequeña Isabel se puso muy impaciente porque su abuela tardaba mucho en hacer sus compras, y le dijo: ‘Por favor, apresúrate abuela, quiero salir ya para que toda esa gente me pueda ver’.”

“Con tristeza, la Reina Mary condujo a la pequeña Isabel hacia la salida trasera de la tienda, y regresaron al Palacio de Buckingham por otra ruta.”

“Inglaterra nunca debe ver que una de sus princesas está llena de tonta presunción, hija mía”, le dijo a Isabel. “Inglaterra ama a tus padres porque ellos sirven, no porque ellos gobiernen. Nunca olvides eso, Isabel. Tu corona más hermosa no debe estar hecha de oro y piedras preciosas, sino de humildad.”

Platón dijo que “sólo quienes no desean el poder son aptos para ejercerlo.” Los mejores gobernantes son los que gobiernan sin haberlo buscado. “Que prosigan en la búsqueda de la ambición y la fama quienes tengan interés en ellas”, dijo Washington, “o quienes puedan tener más años por delante para disfrutarlas.” Así se expresó a los cincuenta y cinco años de edad. Washington deseaba disfrutar de una vida tranquila, pero por el voto unánime del pueblo fue llamado a ejercer nuevamente la alta posición de Presidente de los Estados Unidos. Sin embargo, fue con un corazón apesadumbrado que aceptó el llamado de la nación para ocupar la más alta posición.

Lutero dijo: “Nunca son los hombres menos aptos, que cuando piensan que son los más aptos y mejor preparados para realizar algún servicio; y nunca son más aptos, que cuando están muy humillados y avergonzados bajo el peso de su propia ineptitud.”

¿Qué es toda la justicia que los hombres inventan?
¿Qué es en los cielos sino una sórdida baratija?
Pero Cristo antes abdicaría de Su trono,
Que inclinarse desde el Cielo para vender
al orgulloso un trono.

–William Cowper

“A la persona verdaderamente humilde nunca se le tiene que poner en su lugar; siempre permanece en él.” –Opal Fitzgerald

Manténgase Alejado de la Vista

Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. (Ga 2:20)

HAROLD St. John, un excelente maestro bíblico de Inglaterra, ilustra el pensamiento anterior en un breve extracto: “Un ministro del Evangelio fue a visitar al guardián de un faro, quien vivía sobre una roca ubicada como a quince millas de la costa. Cuando llegó, le dijeron que podría encontrarlo en la torre. Subió y encontró a su amigo ocupado puliendo los reflectores. En su ignorancia, el ministro pensó que lo estaba haciendo en honor a su visita, y le dijo: ‘Señor ____, no se moleste en pulir los reflectores, yo no vine a verlos a ellos sino a Ud.’”

“Haciendo un guiño con el ojo, el guardián le respondió: ‘Nosotros no pulimos los reflectores para que sean vistos, sino para que no sean vistos. Un reflector que puede verse es un mal reflector’.”

Una lección que todos necesitamos aprender, es que en la aniquilación del ‘yo’ hacemos que otros vean la gloria de la Luz del mundo. Los reflectores atrapan los rayos de la gran luz y los reflejan sobre las aguas oscuras.

Un anciano pescador estaba sentado junto a un arroyo donde abundaban las truchas. Su equipo era muy primitivo, pero estaba pescando un pez tras otro. Un espectador que había caminado a lo largo del arroyo, notó que otros con cañas de pescar más sofisticadas, no pescaban nada.

Curioso, el visitante preguntó al anciano cuál era su fórmula para semejante éxito. Colocando su torcida caña en el suelo, el anciano se sentó, contempló al joven que estaba observando con algo de desdén la vieja y sencilla caña de pescar, y le dijo: “Hay tres secretos. El primero: manténgase fuera de la vista. El segundo: manténgase, además, fuera de la vista, y el tercero: manténgase aún más, fuera de la vista.”

Me pregunto qué impresiona a la gente;
Me pregunto qué es lo que ven
En lo que yo hago, o siento, o digo;
¿Es a ti, Señor, o es a mí?

¿Qué es lo que realmente sienten
En cuanto a mí, cuando me voy?
¿Que soy grande, o agradable, o buena?
¿O que conozco a tu Hijo?

Amado Señor, yo siento que realmente es
Una vida inútil de vivir,
Si lo que YO SOY es todo lo que
Tengo en mí para dar.

Entonces pueda yo, crucificada en amor
Para todo lo que diga o haga,
Hacer a otros pensar, no en mí,
Sino solamente, Señor, en ti.

–Trudy Tait

Esa humildad que busca ser notada, no es de calidad. Puede ser sincera, pero está manchada. No hagamos sonar trompeta ni digamos: “Ven, y mira ¡cuán humilde soy!” –Cecil

Sólo el Dios Todopoderoso puede hacer que le pertenezcamos tan completamente a Él, que no busquemos ser notados. –Anónimo

Es una incalculable misericordia poder escapar de la ostentación. Creo que esto ofende a Dios y estropea la permanencia de la obra. Trabajar calladamente y confiar en que Dios dará fruto que permanezca, creo cada vez más, que es la forma correcta de actuar.

–Thomas Walker de Tinnevelly

Admita Su Talla

...Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles. (1 Co 15:9)

...A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia... (Ef 3:8)

EL apóstol Pablo tuvo en algún momento de su vida una experiencia en la que subió al tercer cielo. A causa de ello él habría podido presumir de tener mayor conocimiento y prestigio que los demás discípulos, pero su testimonio después de recibir esa maravillosa visión, fue que él era menos que el menor de todos los santos. ¡No podía ser más pequeño!

Esto nos recuerda la historia de una niña que caminaba por una calle de la ciudad de la mano de su padre. “Papá, ¿qué están haciendo esos niños allí?”, preguntó la niña cuando vio a unos hombres trabajando sobre un andamiaje como veinte pisos arriba. El padre le respondió que no eran niños, pero que se miraban como niños porque estaban en un lugar muy alto. Reflexionando profundamente, la niña miró a los ojos a su padre, y le dijo seriamente: “Cuando ellos lleguen tan alto como el cielo, ya no se les podrá ver, ¿verdad?” –Lillian Harvey

Aquí estoy aprendiendo a estimarme a mí mismo con mayor modestia, escribió el Dr. Bushnell. “Yo había vivido en una esfera en la que todo giraba alrededor de mí, y nunca había salido de esa esfera para ver cómo vivía el espacioso mundo. Ahora estoy aquí en Londres, y ¿quién soy aquí? Esto es bueno para mí, me siento bien aquí; en cierto sentido, puedo ver que esto es justo lo que yo quería. No es que me sienta aplastado, ni nada semejante, pero he podido ver cuán insignificante soy. Cualquier cosa que nos haga conocer mejor al mundo y nuestra relación con él, los caminos para alcanzar a la humanidad, el insignificante valor de la popularidad, cuán grande es el mundo y cuántas cosas pequeñas son necesarias para llenarlo con alguna influencia, cualquier cosa que de una manera práctica coloque al hombre en su lugar, es buena.”

–Horace Bushnell

Will Crooks recién había sido electo líder del Partido Laborista Británico, y decidió llevar a su pequeña hija a la Abadía de Westminster para mostrarle su belleza. Aparentemente admirada ante el esplendor de la abadía, la niña permaneció en silencio por un tiempo. El padre, deseoso de saber qué impresión había sido producida en la pequeña, le preguntó: “¿En qué estás pensando tan profundamente, querida?”

Y obtuvo la respuesta que menos esperaba: “Yo estaba pensando, papito, que tú eres un hombre grande en nuestra cocina, pero aquí no lo eres tanto.”

La opinión que tenemos de nosotros mismos, es como la proyección de una sombra que siempre es más larga cuando el sol se encuentra más alejado del objeto. Conforme a los grados que el sol vaya acercándose, la sombra irá acortándose hasta que bajo la luz directa del mediodía, desaparezca del todo. Lo mismo sucede con la opinión que tenemos de nosotros mismos. Cuando las buenas influencias de Dios están más distantes, es cuando mejor opinión tenemos de nosotros mismos. A medida que Dios se acerca, la presunción disminuye, y cuando recibimos la medida completa de su gracia, la presunción desaparece y Dios aparece para ser Él todo en todo. –Dean Young

Menos, menos del “yo” cada día
Y más, mi Dios, de ti;
Oh, guárdame en tu camino,
Por difícil que éste sea.

Más conformado a tu voluntad,
Señor, permite a tu siervo estar;
Más alto y más alto aún,
Más cerca y más cerca de ti.
–Autor Desconocido

“Todo hombre tiene el derecho de ser vanidoso hasta que llegue a tener éxito”, dijo Disraeli. “Sin embargo, en Su servicio, Dios no confiará el éxito espiritual a uno de sus siervos, sino hasta que éste haga realidad en sí mismo Su sentencia judicial: ‘Separados de mí nada podéis hacer’.”

Cuidado Con el Ascenso

Jehová, no se ha envanecido mi corazón, ni mis ojos se enaltecieron; ni anduve en grandezas, ni en cosas demasiado sublimes para mí.
(Sal 131:1)

LOS pináculos de los templos son lugares de tentación... “Los lugares altos son lugares resbaladizos; la promoción de un hombre en el mundo, hace de él un blanco adecuado para que Satanás le lance sus agresivos dardos de fuego. Dios nos aplasta para poder levantarnos; el diablo nos levanta para poder aplastarnos. Así que los que quieren evitar la caída, deben evitar la subida. Las posiciones importantes en la iglesia son especialmente peligrosas. Quienes brillan con sus dones, o están en posiciones eminentes y han ganado gran reputación, necesitan mantenerse humillados, porque seguramente Satanás los pondrá en su mira para inflarlos con orgullo, para que ‘caigan en la condenación del diablo’. Los que están en alto deben mantenerse firmes para no caer.”
—Autor Desconocido

No hay mejor momento para ejercitar la humildad, que cuando tenemos éxito. —Mary Lyon

A. Tholuck, profesor en la Universidad Halle, en Alemania, ejerció gran influencia en sus estudiantes para que vivieran vidas rectas y piadosas. Este hombre erudito expresa las mismas palabras que muchos otros santos han aprendido, porque todos estudiaron en la misma escuela de la humildad. Él nos abre su corazón de esta manera:

“El deseo de grandes cosas está profundamente implantado en todos nuestros corazones. ¡A quién no le ha ocasionado esto alguna caída! Hacia arriba, hacia arriba, presiona cada uno, olvidando que la Palabra de Verdad dice: ‘El que se humilla será exaltado’. Es mucho menor el peligro espiritual que corremos cuando permanecemos en un lugar bajo. El corazón no estará tan fuertemente atado a las cosas de la tierra, y podrá dejarlas ir en forma voluntaria y con gozo. Estaremos menos encadenados a los placeres de los sentidos, y seremos más sobrios y cuidadosos en la oración.”

“Cuando pensaban estar seguros, muchos han sido atrapados por cosas elevadas, e insensiblemente han caído en el servicio de la carne, destruyendo su vida interior. Repito, al estar en el lugar bajo

podemos reconocer más rápidamente que no somos nada. Vemos cuán difícil es para los hombres ejercer la autoridad sin pecar. Mientras nuestros corazones no estén totalmente rendidos a Dios, Satanás nos persuade de que el honor y la reverencia que recibimos de nuestros subordinados, nos pertenecen a nosotros y no al Señor.”

“Señor, yo confieso que soy culpable de quejarme frecuentemente de que no me permites subir más arriba; soy culpable de no amar el lugar bajo que tú escogiste y santificaste. ¿Cómo puedo temer estar entre los ignorados y despreciados de este mundo, cuando Tú, el Rey de gloria, no los has desdeñado, y cualquiera con un corazón verdaderamente gozoso puede tener comunión contigo? Entre los grandes de la tierra has tenido pocos discípulos verdaderos, pero sí los has encontrado entre los débiles, los bajos y despreciados.”

Quando la razón contradice tu ley, o se encumbra
Tan alto, que supone saber más que tú,
Destruye su confianza, pronto, gran Dios,
Y enséñale a inclinarse bajo tus pies.
No permitas a mi altivo corazón darte órdenes, Señor,
Sino doma mi rebelde voluntad que lo suyo
quiere buscar,
Y despierta el amor que se aferra sólo a ti
Y acepta los juicios tuyos en humildad.

–Autor Desconocido

El orgullo nunca se inclina sino para elevarse más alto.

–Autor Desconocido

Nos sumergimos en la nada cuando crecemos en Cristo.

–R. C. Chapman

La Garrucha

Mas Ezequías no correspondió al bien que le había sido hecho, sino que se enalteció su corazón, y vino la ira contra él, y contra Judá y Jerusalén. (2 Cr 32:25)

Y todos mis huesos se descoyuntaron. (Sal 22:14)

EN tiempos antiguos y malos, existió un diabólico instrumento de tortura en España llamado garrucha. Ese cruel instrumento era usado de esta perversa manera: la pobre víctima era elevada primero a una gran altura por medio de cuerdas y poleas, y después se le dejaba caer con violencia al suelo, una y otra vez, hasta que cada hueso de su cuerpo era descoyuntado y hecho pedazos. El nombre de la garrucha española ha pasado al idioma inglés, porque los antiguos predicadores de esa época frecuentemente usaban la figura de la garrucha en sus sermones. Así dice Goodwin: “Ahora, sus lascivias, tanto de cuerpo como de mente, son como la garrucha para las expectativas del pecador. Esto es así, porque su pecadora imaginación eleva sus expectativas de placer a una gran altura y, entonces, repentinamente se le deja caer. Porque cuando el pecador se dispone a disfrutar de sus más altos deseos, éstos siempre muestran ser tan absolutamente vacíos, que su alma, completamente engañada, se dice a sí misma: ‘¿Y esto es todo?’ Así que siempre, las altas expectativas del pecador hacen lo mismo que la garrucha, hasta que su espíritu sencillamente es hecho pedazos dentro de él.”

Hasta donde yo sé, la garrucha española nunca fue exportada a Escocia o Inglaterra. Pero aunque no tengamos los andamiajes, las poleas y las sogas de ese inhumano instrumento entre nosotros, sí tenemos muchas de esas experiencias personales que son tan vívida y claramente ilustradas por esos andamiajes, poleas, cuerdas y huesos rotos. Porque tenemos muchas altas expectativas, seguidas de profundas decepciones; muchas grandes y altas ambiciones, seguidas de grandes depresiones; muchas altas esperanzas seguidas de profundas desolaciones; muchas búsquedas de grandes cosas para nosotros mismos, seguidas de pequeños y miserables resultados. Esto me ha hecho pensar que la garrucha española puede contener algunas importantes lecciones para nosotros en nuestra tierra y en nuestros días...

Qué garrucha es para muchos de nosotros perseguir la alabanza y la fama... Un amigo mío, un ministro en Inglaterra, llegó a estar

absolutamente intoxicado por la ambición de escribir un gran libro sobre un gran tema. Un día, después de años de descuidar su púlpito y su pastorado para dedicarse al mencionado libro, él estaba en Edimburgo y me llamó para hablarme durante varias horas acerca de su futura obra maestra. Pero cuando el libro salió a luz, sólo recibió una pequeña y raquílica mención en un insignificante periódico de Londres. Cuando volví a ver a mi amigo, estaba tan desmejorado, tanto en su cuerpo como en su mente, que me costó reconocerlo. Él estaba como nuestro texto: había sufrido tal caída, que todos sus huesos se le habían descoyuntado.

A menudo se ve esto en predicadores y en oradores públicos. Un miembro de la Asamblea dijo haber trabajado por semanas en un gran discurso que iba a darle reputación. Pero cuando entró en el salón, el lugar estaba vacío. Su orgullo sufrió tal golpe en ese momento, que casi no tuvo las suficientes fuerzas para finalizar la cuarta parte del discurso que había escrito con tanto esfuerzo y con tan grandes expectativas.

El púlpito también es una garrucha segura para el predicador que persigue la aceptación popular. Aunque sea elevado por un tiempo, pronto llega el momento en que otro se levanta y lo eclipsa totalmente, llegando a quedar con todos los huesos rotos al pie de su olvidado y abandonado púlpito. Mientras más alto lo haya elevado su ambición, más profunda y dolorosa será su caída. Que estos ejemplos de garrucha sean suficientes. Todos los que abran sus ojos podrán ver muchos de estos ejemplos a su alrededor. Y dichoso es el hombre que no sea un ejemplo de ello. –Alexander Whyte en *Con misericordia y con juicio*

Señor, dame gracia
Para tomar el lugar más bajo;
Ni siquiera desear,
A menos que sea tu voluntad, subir más alto.
–Autor Desconocido

Demasiado Grande Para Ser Pequeño

La soberbia del hombre le abate; pero al humilde de espíritu sustenta la honra. (Pr 29:23)

UNO de los últimos mensajes de G. Fred Bergin, Director de los Orfanatorios Müller en Bristol, fue el siguiente: “Digan a mis hermanos más jóvenes que ellos pueden ser demasiado grandes para que Dios los use, pero que no pueden ser demasiado pequeños.”

“¡Demasiado grande para que Dios me use!” Oh Señor, perdona mi pecado,
Y haz que el orgullo que me entorpece, de mi interior sea quitado.
Tanto “yo” hay en el servicio, que la bendición no puede descender;
Y así, inútil ha sido el trabajo que yo creí haber hecho bien.

“¡Demasiado grande para que Dios me use!” Esta es la razón por la que
¡Las pobres anhelantes almas hambrientas vienen, y van, y mueren!
Oh Dios, mi salvador, ayúdame para que en profunda humildad,
De aquí en adelante una total rendición ante ti pueda yo tener.

“¡Demasiado grande para que Dios me use!” Pero si yo soy llenado
De la unción de Su Espíritu, entonces mi trabajo será bendecido;
Me contaré a mí mismo como nada, buscaré a Cristo para que sea magnificado,
Y usaré mis dones en Su servicio, para que así mi Señor sea glorificado.

—Mensaje de Dios

William Bramwell fue un hombre de oración, que a menudo pasaba semanas en comunión con el Cielo antes de iniciar una campaña. Y Dios lo honraba con poderosos resultados. La razón era que él dependía exclusivamente de Dios para todos sus esfuerzos; él no confiaba en su elocuencia, o en sus conocimientos, o en sus influencias entre los prominentes, sino en el Espíritu de Dios obrando en los corazones humanos. Algunos extractos de sus cartas revelarán el concepto que tenía este hombre de sus propias habilidades.

“Yo crezco. Soy menos. Cada día me siento más avergonzado y más dependiente de mi Padre celestial. Mi comunión con Dios es cada vez más cercana, más constante y con mayor afecto. Me lamento

de mi predicación, porque está muy alejada del tema: redención, total salvación. Tiemblo más que nunca; y la vergüenza que siente mi alma me hace temblar en presencia de la gente. Estoy usando todos los medios, oración, etc., para poder vivir entre los ángeles. ¡Oh, cuán puros, cuán santos deben ser ellos allá en los cielos!”

“Procuro que mi alma no se desvíe de Dios ni un solo momento, para que pueda verlo en todos mis actos y así pueda aferrarme a Él para realizar todo mi trabajo, y sienta que nada puedo hacer sin Él. Buscar al hombre, al mundo, o la propia alabanza, es ahora tan desagradable a mi vista, que ¡me asombro de que no caigamos todos muertos cuando una pizca de esto se manifiesta en nosotros!”

“Nunca imagine que ha llegado a la cumbre. No, vea a Dios en todas las cosas, y NO VERÁ FIN.”

“¡Oh, esta poderosa fe que trae la bendición! Cuando la reciba será más pequeño que nunca. Sentirá su ‘nada’, pero también podrá sentir su ‘todo’ de Dios y en Dios.”

Molinos, el santo español, describe de manera original la verdadera humildad: “La verdadera humildad no consiste en actos externos, en tomar el lugar más bajo, en usar ropas humildes, en hablar sumisamente, en cerrar los ojos, en tiernos lamentos, ni en condenar tus caminos llamándote a ti mismo miserable, para dar a otros la impresión de que eres humilde.”

“La verdadera humildad del alma sólo consiste en estar tan desagradada de sí misma, y en tener tal deseo de ser despreciada y de que sea conocida su propia bajeza, que realmente ya no le importa si es estimada o no. El torrente de luz con el que el Señor alumbra al alma con Su gracia, produce dos cosas: ésta descubre la grandeza de Dios, y al mismo tiempo se da cuenta de su propia miseria; de tal forma que le es difícil poder expresar la profundidad de su agobio, deseando que todos puedan conocer su ‘nada’. El alma llega a alejarse de la vanagloria y de la complacencia, porque se da cuenta de que la gracia de Dios es una mera bondad de Él, y de que sólo es por Su misericordia que Él se complace en tener piedad de ella.”

El Vaciamiento Antes de la Llenura

Porque en grande amargura me ha puesto el Todopoderoso. Yo me fui llena, pero Jehová me ha vuelto con las manos vacías. (Rt 1:20,21)

ESCUCHAMOS mucho acerca de la llenura del Espíritu, pero generalmente no oímos sobre el proceso de vaciamiento que debe precederla. El lamento de Noemí ha sido el lamento de cada cristiano que ha caminado con el Señor. Todos salimos llenos, llenos de nosotros mismos; de nuestro llamado, nuestros dones, nuestros éxitos, y “regresamos a casa vacíos”.

Noemí ciertamente había sido vaciada; había sido despojada de su esposo, de sus hijos; no tenía nietos; solamente tenía dos nueras que ahora eran viudas y libres para escoger un nuevo esposo entre su propio pueblo. Noemí consideraba su situación con profunda amargura. Ella no sabía que aunque estaba regresando vacía, estaba introduciendo en Belén a una joven moabita que se convertiría en una importante figura en el linaje de aquel Mesías tan largamente esperado.

La total dedicación de Rut no tiene paralelo en su belleza de absoluta y completa aceptación de la voluntad de Dios; considerando que en ese momento, ningún factor humano podría haberla impulsado a buscar recompensa alguna.

La historia de Rut y Noemí no es la única en la Escritura en la que el vaciamiento tuvo que preceder a la llenura. Gedeón utilizó cántaros vacíos para derrotar a los madianitas. Eliseo dijo a la viuda que llevara vasijas vacías, “no pocas”, y la maravillosa forma en que éstas se llenaron la libró de la ruina. A los ricos, Cristo los envió vacíos porque no tenían en ellos espacio que Cristo pudiera llenar con Su presencia. Él, que es nuestro ejemplo, “se vació a sí mismo de todo, menos de Su amor, y murió por la indefensa raza de Adán”. –Lillian Harvey

Paul Gerhardt expresó sus sentimientos en este hermoso himno traducido del alemán:

“Así, aunque gastado, y probado, y tentado,
Glorioso llamado es el tuyo, oh santo,
Deja que el Señor te encuentre vaciado,
¡Rama viva en Cristo, la Vid!

Vasijas del desprecio mundano
Vasijas débiles, y pobres, y humildes,
Llevando la riqueza del corazón de Dios,
La gloria del bendito rostro de Cristo.”

“Oh, ser más vaciado, estar más abajo,
Despreciado, ignorado y desconocido,
Y un vaso más santo para Dios,
¡Llenado con Cristo, solamente con Él!
Nada terrenal que disminuya la gloria,
Nada del “yo” que opaque la luz,
Contando a todos Su maravillosa historia,
Vaciados para ser llenados con Él.”

Algunos seres vivos se aferran con sus patas o con su cuerpo a superficies planas por un método que parece mágico; y con una tenacidad que asombra a quien los observa. Tal es el caso de la mosca, que con facilidad camina patas arriba en un techo recubierto de yeso; o el del molusco adherido a una roca basáltica que ha sido alisada por el agua, a medida que el fenomenal oleaje del Atlántico envía con cada impulso las blancas, enormes, estruendosas y rugientes olas sobre la roca. Ambos ejemplos son motivo de admiración para quien los observa. Esa solidez aparentemente sobrenatural, es lo más natural del mundo. Lo que imparte tanta fuerza a esas débiles criaturas es el vacío. Ese vacío a cada lado de la membrana de sus patas, en el caso de la mosca, y dentro de la concha, en el caso del molusco, es el secreto de su fortaleza. Debido a la fuerza que produce ese vacío, la criatura, quieta y fácilmente se aferra a la pared o a las rocas, haciendo así suya toda la fuerza del lugar al que se adhiere. Por su vacío se mantiene firme, pero al momento que se llena, se cae. ¡Ah! es el vaciarse a sí misma del alma humilde y confiada, lo que hace suya la fuerza del Redentor, y así se mantiene segura en medio de un mundo malo.

—W. Arnot, D. D.

A quien es pequeño a sus propios ojos, no le molestará ser pequeño a los ojos de los demás. —Ralph Venning, (1620-73)

Derrota Triunfante

Mas no así vosotros, sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve. (Lc 22:26)

NO es frecuente que la modestia sea persuasiva. Un comportamiento sumiso no es elocuente para la generalidad de los hombres. Si Dios no hace ruido en Su propio mundo, Él es ignorado. Si lo hace, se le considera inapropiado y opresivo...

La vida de Cristo fue una vida rodeada de debilidad; la impotencia, la humillación y una especie de vergüenza lo rodearon. Él escogió vivir de esa manera Su vida como criatura, y esa elección fue una de las leyes fundamentales de la encarnación. Así debía realizar Su misión ante el hombre caído, y vivió de esa manera durante treinta y tres años. Él dispuso que esa fuera también la condición sobrenatural de Su Iglesia: esa especie de continua triunfante derrota en la que tan visiblemente consiste su existencia. Era como si la debilidad fuera tan nueva frente a la omnipotencia, que parecía ser atractiva en su novedad, para mostrar poder en la debilidad, para ser débil y aún así ser fuerte; y no sólo fuerte junto a la debilidad, sino realmente por causa de ella. Esto desplegaría una de esas perfecciones escondidas y misteriosas en Dios, imposibles de conocer, salvo a la luz de la encarnación.

Cuando la divinidad de nuestro Señor aparece, desaparece la humillación. La ignominia se convierte en un misterio de adoración. Viste la vergüenza con una belleza tan brillante, que casi esconde de nosotros el horror del ultraje. Su humildad llega a ser un pináculo divino, una altura que nadie sino Dios puede alcanzar. Sus humillaciones son coronadas con brillante luz, y se convierten en magnificencia. Él eleva a Su propia altura lo que toca, sin descender a la vileza de lo que ha tocado.

Los judíos fallaron al no reconocer la dignidad y realeza que se escondía bajo Su humilde apariencia exterior. Ellos habían perdido el discernimiento y estaban cegados por la magnificencia espiritual de sus antiguas profecías; en consecuencia, miraban en todas direcciones, pero no pudieron ver hacia el establo de Belén. La venida del Mesías fue un escándalo en lugar de ser una esperanza; y de la misma manera en que estuvieron dispuestos a derramar su propia sangre por hombres farsantes, derramaron también la sangre de su futuro verdadero Rey con desilusión y disgusto. La espléndida procesión marcial que habría

de avanzar para conquistar y redimir el mundo, saldría del establo de Belén; pero el pueblo caído nunca ha tenido ojos para reconocer el esplendor celestial de esa nueva manera de hacer guerra, los triunfos de la cual se encuentran en las profundidades de la humillación...

El hombre más fuerte es el que se ha sumergido más profundamente en la debilidad de Cristo. La obra que perdura es la que la humillación de Cristo ha tocado secretamente, haciéndola casi omnipotente... El alma es obstruida por las ayudas materiales. La fortaleza está en lo poco. La obra se establece en la unidad de propósito. La victoria es para quien no tiene nada que perder; y si lo tiene, estaría satisfecho incluso con menos de lo que tiene. Aunque Dios mismo es riqueza indecible, las riquezas no son divinas. Porque no se trata de que Dios tenga riquezas, se trata de que Él es Su propia riqueza. Son ricos quienes poseen a Dios; pero son aún más ricos los que no poseen nada más que a Dios. Toda la creación le pertenece a aquél para quien Dios es su única posesión. —F. W. Faber, desde *Belén*

Bendito Salvador, Cristo Santísimo,
En un pesebre reposaste tú;
¿Puedes inclinarte otra vez, más abajo aún
Y habitar dentro de mi corazón?...

Entra, entonces, oh Cristo, Santísimo;
Haz una natividad en mi corazón;
Haz un cielo de mi pesebre:
El cielo es donde Tú estás.
—George Stringer Rowe

La Humillación Antes de la Honra

El temor de Jehová es enseñanza de sabiduría; y a la honra precede la humildad. (Pr 15:33)

Antes del quebrantamiento se eleva el corazón del hombre, y antes de la honra es el abatimiento. (Pr 18:12)

EL viento tira hacia el sur, y rodea hacia el norte; va girando de continuo, y a sus giros vuelve el viento de nuevo (Ec 1:6). Comentando este verso, George Warnoch dijo: “¡El mismo antiguo viento realizando sus varios recorridos! Pero no es realmente así. Primero sopla en una dirección como viento norte. Entonces, al completar ese ciclo se transforma en viento sur y sopla de vuelta hacia donde empezó. El orden de Dios es primero oscuridad, después luz. Primero caos, después orden. Primero esterilidad, después fertilidad. Primero debilidad, después poder. Primero muerte, después vida.”

“Nunca se había escuchado tanto acerca de una vida positiva como en la última o dos últimas décadas, y nunca, como en ellas, había existido tanta frustración entre el pueblo de Dios. De alguna manera hemos llegado a creer que cualquier cosa relacionada con frialdad, o esterilidad, o falta de fruto, proviene del diablo y debemos resistirla con firmeza. Se nos anima a avanzar y a asirnos a la gloria, al poder, a la victoria y al fruto del Espíritu.”

“El hecho es que somos negativos por naturaleza, y no podremos obtener victoria alguna sólo por negarnos ciegamente a reconocer nuestra propia inutilidad, intentando vanamente hacer surgir de nuestro interior algún recurso escondido propio de nuestro carácter. Esto podría ser razonable en el ámbito del sistema de este mundo, pero no en el sistema de Dios. Consistentemente, Él siempre busca llevarnos al lugar en el cual reconozcamos la total y natural insignificancia y futilidad de todo nuestro ser, y de nuestra forma de vida. Porque es en el total reconocimiento de lo que somos en el ámbito de la debilidad y el fracaso, que podemos extendernos para asirnos de las promesas divinas.”

“Sólo hasta que Jacob fue tocado en el lugar de su fuerza, ‘en el sitio del encaje de su muslo’, que finalmente se sometió a la derrota y se aferró al ángel de Dios. Y fue sólo tras su derrota, y tras aferrarse al ángel después de ella, que su nombre fue cambiado de uno que implicaba debilidad, por otro que significa poder con Dios.”

“Estamos agradecidos al ver que hay cierta inquietud e insatisfacción en los corazones de quienes están presionando en el camino del Señor. Estamos hablando de los que están caminando con Dios y, por lo tanto, compartiendo Sus secretos. Estos son los que están siendo ‘marcados’ en este día y en esta hora, por el hombre que lleva a su cintura el tintero de escribano. ‘Y le dijo Jehová: Pasa por en medio de la ciudad, por en medio de Jerusalén, y ponles una señal en la frente a los hombres que gimen y que claman a causa de todas las abominaciones que se hacen en medio de ella’.” (Ez 9:4)

—George H. Warnock en *Fuego de refinador* Usado con permiso.

Martín Lutero llegó a la misma conclusión que han llegado todos los verdaderos hombres de Dios, cuando dijo: “Es la naturaleza de Dios hacer algo de la nada; por lo tanto, cuando alguien es ‘nada’, Dios puede hacer algo de él.”

“A quien Dios escoge hacer sabio, primero lo hace necio; a quien Él escoge hacer fuerte, primero lo vuelve débil; Él envía a la muerte al hombre a quien desea dar vida; Él desanima hasta el infierno a quien intenta llamar al cielo.”

No *somos* nada, a menos que habitemos en Dios; no podemos *hacer* nada sin Cristo. Nosotros sabemos y admitimos esto como doctrina, pero para aceptarlo como un hecho, frecuentemente se necesita pasar por una dolorosa y humillante experiencia. Pero en esa humillación más profunda se encuentra nuestra verdadera y mayor exaltación. Dios toma de nosotros todas las cosas, para que podamos volver nuevamente a Él como nuestra segura porción; Él nos hace sentir nuestra debilidad, nuestra pobreza, nuestra ignorancia, para que podamos volvernos a Él. —Adolph Saphir en *La vida escondida*

Todos desean ser humildes, pero pocos desean ser humillados.

—Autor Anónimo

El Rechazo Antes de la Aceptación

Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. (Is 53:3)

UNO de mis amigos cercanos en el ministerio, tuvo una experiencia que me sugirió el título de este capítulo. Su congregación rehusaba persistentemente aceptar su mensaje. Él quería conducir a su rebaño a verdes pastos y junto a aguas de reposo, pero ellos se negaban a ser guiados. El coro de la iglesia, con sus impías prácticas, llevó las cosas a una crisis.

La situación llegó a ser tan inaceptable, que le pidió al coro en pleno su renuncia porque sintió, como alguien en la antigüedad, que cada vez que intentaba predicar “Satanás estaba a su mano derecha para acusarle”. El coro no sólo renunció, sino que persuadió a la congregación a que no participara en los cantos congregacionales.

El resultado fue que siempre que se iba a cantar, el predicador tenía que hacerlo solo. Alegrándose de su incomodidad, tanto el coro como la congregación se rehusaban a cantar. Esta situación continuó por algún tiempo y, naturalmente, mi amigo estaba muy abatido y perplejo por el giro que habían tomado las cosas. Ya estaba llegando al punto de la desesperación, cuando Dios le habló. Un día, estando sentado en la banca de un parque, vio en el suelo frente a él parte de un periódico que estaba tirado. En ese pedazo de periódico estaba escrito el mensaje exacto para su necesidad. Decía así: *“Ningún hombre es jamás totalmente aceptado hasta que no ha sido primero completamente rechazado.”*

No necesitó nada más. Él había sido totalmente rechazado, y el reconocer este hecho fue el inicio de un muy fructífero ministerio en otro campo, en el que continúa hasta el día de hoy. Así pudo ver la forma total en que había sido aceptado por Dios, aunque hubiese sido completamente rechazado por los hombres.

Así ocurrió con el Dr. A. B. Simpson, de Nueva York, fundador de la Alianza Cristiana y Misionera. El mismo Dr. Simpson describe de esta manera la segunda de varias crisis: “Con inmensa gratitud veo hacia atrás, hacia la solitaria y dolorosa noche cuando, estando equivocado en muchas cosas, y siendo imperfecto en todas, y no sabiendo otra cosa sino que habría muerto en el sentido más literal

de la palabra antes de ver la luz del amanecer, hice la primera consagración total de mi corazón; y al rendirme sin reservas, por primera vez pude decir:

‘Jesús, he tomado mi cruz
Para dejarlo todo y seguirte a ti,
Destituido, despreciado, olvidado,
Tú desde ahora, mi todo serás.’

“Quizás mi corazón nunca se ha estremecido tanto de gozo, como cuando el siguiente domingo por la mañana repartí esas líneas y las canté con todo mi corazón.”

El Dr. Simpson habría de aprender después, cuando en respuesta al llamado de Dios renunció a su pastorado, lo que realmente significa ser “destituido, despreciado, olvidado”. “Él renunció al entonces lucrativo salario de \$5,000; a una posición como pastor general en la ciudad más grande de los Estados Unidos; y a toda petición de ayuda a su denominación para realizar el nuevo trabajo. Estaba en una gran ciudad, sin seguidores, sin organización, sin recursos financieros; con una familia numerosa que sostener; y con sus más íntimos amigos en el ministerio y antiguos asociados prediciendo su fracaso”. Fue tan totalmente incomprendido, incluso por aquellos de quienes él esperaba simpatía, que una vez dijo que a menudo miraba hacia el suelo para ver si las piedras de la calle tenían por él la simpatía que le era negada en todas partes.

La dura senda del rechazo total fue recorrida no sólo sin quejas, sino con regocijo. —Gregory Mantle en *Más allá de la humillación*

Cuídate del demasiado sublime sentir
De tu propio valor e importancia.
El hombre que sueña grandezas de sí,
Y su importancia considera de tal peso,
Que todo lo que gira en torno a lo que hace
Debe moverse y actuar sólo para él,
Aprenderá en la escuela de la tribulación
La inconsistencia de sus expectativas.
—William Cowper

Reducido a Desesperación

Fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida. (2 Co 1:8)

“CUANDO predicamos no es posible dar la impresión de que somos talentosos, y al mismo tiempo de que Cristo es maravilloso”, dijo James Dinney. Quizás pocos hombres habrían tenido más derecho de impresionar a su audiencia con su genialidad que el Profesor Denney, Director de la Universidad de Glasgow, quien era considerado uno de los eruditos y predicadores más distinguidos de su época. En una publicación de los Hermanos, Touchstone nos da una mejor vislumbre de este hombre admirable:

“James Moffat dijo de Denney que él impresionaba a la gente al estar consciente de que estaba muy distante de parecerse a cualquier cosa que hubiera dicho, hecho o escrito, sin importar cuán admiradas fueran sus obras.” Era sabido que él conocía perfectamente siete idiomas diferentes, y que podía citar el Nuevo Testamento con facilidad tanto en el idioma original como en inglés...”

“Dinney escribió muchos artículos en ‘El Expositor’ y en el ‘British Weekly’, pero sus libros son su monumento más memorable. El Dr. Campbell Morgan solía referirse a su libro *La muerte de Cristo*, como quizás la más grandiosa exposición escrita acerca de la expiación.”

El siguiente extracto de uno de sus comentarios, muestra por qué a menudo, Dios considera necesario reducirnos a desesperación:

“El Apóstol Pablo, quien tenía el don divino de poder interpretar experiencias y entender sus lecciones, nos explica por qué él y sus amigos pasaron por experiencias tan terribles: fue para que pudieran confiar, no en ellos mismos, sino en Dios que levanta a los muertos. Es propio de nuestra naturaleza, dice, que confiemos en nosotros mismos. Es tan natural, y ha sido tan habitual en nuestra vida, que ninguna dificultad o circunstancia natural puede acabar con ella. Es necesaria la intervención de Dios, para desenraizar esa confianza que tenemos en nosotros mismos. Él tiene que reducirnos a la desesperación; y es a través de esa desesperación, que surge la esperanza sobrenatural. Es a través de una situación de total indefensión, que el alma aprende a mirar hacia arriba con una nueva confianza en Dios...”

“¿Cómo obtenemos fe en la providencia divina? ¿No es comprendiendo a través de numerosas experiencias que no es del hombre que camina el ordenar sus pasos? ¿No es sino al llegar una y otra vez al límite de nuestros recursos, cuando somos compelidos a entender que a menos que obre a favor nuestro una sabiduría sobrenatural, inmensurablemente más sabia y benigna que la nuestra, la vida es un caos moral? Sobre todo, ¿cómo, llegamos a tener fe en la redención y una confianza indestructible en Jesucristo como el salvador de nuestras almas? ¿No es por el mismo camino de desesperación? ¿No es por la profunda conciencia de que en nosotros no hay respuesta a la pregunta: cómo puede el hombre justificarse delante de Dios, y que la respuesta debe buscarse en Él?”

“¿No es por fracasos, por derrotas, por profundas desilusiones, por oscuros presentimientos que llegaremos a la horrible certeza de que no podemos lograr con nuestros propios recursos ser personas buenas –a no ser por experiencias que nos conduzcan a la cruz?...”

“Solamente la desesperación abre nuestros ojos al amor de Dios. Podemos reconocerlo de corazón como el autor de la vida y de la salud, a menos que Él nos levante de nuestra enfermedad después de que los médicos se han dado por vencidos. No reconocemos su guianza paternal en nuestra vida, salvo que Él nos libere inesperadamente de un peligro repentino o de algún inminente desastre. No confesamos que la salvación es del Señor, mientras nuestra propia alma no se ha convencido de que en ella no mora ninguna cosa buena. Bienaventurados son aquellos que a través de la desesperación aprenden a poner su esperanza en Dios; y que cuando han aprendido esta lección, la aprenden, como San Pablo, de una vez para siempre.”

“Fe y esperanza como las que arden en esta epístola bien vale la pena comprarlas, incluso a ese gran precio. Tenía para él bendiciones tan valiosas, que en Su gran amor, Dios no titubeó en reducir a Pablo a la desesperación para impulsarlo a aferrarse a ellas. Cuando tales pruebas vengan a nuestra vida y estemos cargados más allá de nuestras fuerzas, en tinieblas sin luz, en un valle de sombra de muerte sin salida, debemos saber que Dios no nos está tratando de manera cruel o arbitraria, sino que está confinándonos a una experiencia de Su amor que aún no habíamos experimentado.”

Genialidad Balanceada Con Espinas

Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee, para que no me enaltezca sobremanera.

(2 Co 12:7)

ROBERT Hall nació en 1764; era contemporáneo del misionero bautista William Carey, y su genialidad en el púlpito no tenía paralelo. Su predicación tocaba de tal manera a sus oyentes, que a veces se levantaban de sus asientos y permanecían de pie hasta que pronunciaba sus últimas palabras. Es por eso que no es sorprendente que tan talentoso joven predicador haya recibido espinas en la carne para balancear los dones que de otra manera hubieran tendido a exaltar su “yo”.

“Cuando un joven muestra talentos excepcionales”, dice su biógrafo, “sus logros atraen inevitablemente la admiración de los que lo conocen. Ese fue el caso de Robert, por lo que no es de sorprender que la admiración y alabanza se le subieran un poco a la cabeza, y produjeran en él cierto grado de vanidad y de confianza en sí mismo. Aunque esta no era un defecto prominente de su carácter, tarde o temprano la burbuja de la vanidad seguramente habría explotado. Sin embargo, habla a favor de su buen juicio el hecho de que cuando la humillación llegó a su vida, pudo aprender muy bien la lección.”

“Se acostumbraba rotar a los estudiantes de la Academia para que predicaran delante de sus maestros y compañeros. Cuando llegó el turno de Robert, él se paró sobre la plataforma para predicar, llevando la vestidura de Broadmead y sin llevar nota alguna, como era requerido... El joven predicador empezó bien y, con evidente aprecio, su congregación se preparó para escucharlo. De pronto él empezó a vacilar y se produjo una larga pausa. Con sobresalto, todos levantaron la mirada al darse cuenta de que algo andaba mal. Después de un incómodo y embarazoso silencio, Robert levantó sus manos y cubrió su rostro. ‘¡Oh! ¡He perdido mis ideas!’ gimió... El grupo fue despedido precipitadamente, y se le dijo a Robert que no tomara muy en serio este fracaso, y que lo intentara nuevamente la siguiente semana.”

“A la semana siguiente se paró nuevamente delante de su congregación, y para el gran asombro de todos, volvió a repetirse la misma angustiada escena. Avergonzado, humillado y con el rostro

enrojecido, Robert salió apresuradamente del salón y se le escuchó exclamar cuando pasaba por la puerta: ‘¡Si esto no me humilla, el diablo debe tenerme!’”

“Esos fueron los primeros esfuerzos de alguien cuya humildad llegó a ser posteriormente tan obvia como lo eran sus talentos, y quien por casi medio siglo recibió la admiración universal por el esplendor de la elocuencia de su púlpito”, declaró un amigo suyo.

“La admirable modestia y afabilidad de su comportamiento, presentaba un emotivo contraste con el esplendor de su genialidad”, añade otro contemporáneo suyo. Y su biógrafo continúa: “Él aprendió a superar la vanidad de su juventud, y para siempre la aborreció en cualquier otra persona, al grado de que sus comentarios acerca de la presunción solían ser extremadamente duros.”

No es de sorprender que Dios permitiera que este hombre genial experimentara ciertas limitaciones físicas que lo mantuvieron totalmente dependiente del Espíritu Santo. A veces esas limitaciones casi lo incapacitaban para su alto llamado. Mientras estaba en el púlpito, su dolor se agravaba tanto que solía poner una de sus manos en la parte posterior de la cintura. Esa misma aflicción lo perturbaba durante las horas de la noche, así que tenía que levantarse de la cama para dormir sobre dos sillas.

Sin embargo, el dolor tiene la maravillosa habilidad de mostrarnos nuestra debilidad, y así ocurrió con Robert Hall. Sus años de sufrimiento revelan su fruto en una carta que escribió a un amigo cuando tenía cuarenta y dos años de edad; en ella atribuye todos sus dones al Todopoderoso: “Si mi ministerio ha sido bendecido de alguna manera para el bien espiritual de tu alma, sólo Dios es digno de la alabanza. Yo he sido, en todo el sentido de la palabra, un siervo inútil. Cuando considero el valor de las almas, lo preciosa que es la sangre de Cristo, y el peso de las cosas eternas, me avergüenzo y sorprendo al pensar que al haber hablado de esos temas haya causado tan poco impacto, y no haya tenido más trabajo de parto para que Cristo fuera formado en mis oyentes.”

Dios Resiste al Soberbio

Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. (Stg 4:6)

RICHARD Baxter, predicador y escritor puritano, trabajó toda su vida bajo el peso de una mala salud. Consideraba que mucha de la efectividad de su trabajo se debía al hecho de que siempre había ministrado bajo una constante sensación de eternidad, como un hombre moribundo a hombres moribundos. El siguiente es un extracto de su libro *El perdurable reposo de los santos*, que escribió en el que pensaba era su lecho de muerte:

“Existe tal antagonismo entre un espíritu orgulloso y Dios, que nunca podremos acercar nuestro corazón a Él ni lograr que Dios se acerque a nuestro corazón, mientras el orgullo prevalezca en nosotros. Si esto expulsó a los ángeles del Cielo, también mantendrá nuestro corazón alejado del Cielo. Si provocó la expulsión de nuestros primeros padres del Paraíso, la separación entre el Señor y nosotros, y su maldición sobre todas las criaturas de la tierra, definitivamente también mantendrá nuestros corazones alejados del Paraíso, e incrementará la horrible separación entre nosotros y nuestro Dios.”

“La relación con Dios mantendrá a los hombres en un lugar de humildad y, a la vez, esa humildad promoverá dicha relación. Cuando un hombre pasa mucho tiempo con Dios y estudia Sus gloriosos atributos, llegará a aborrecerse en polvo y cenizas. Y ese aborrecimiento del “yo”, es su mejor preparación para ser admitido nuevamente por Dios.”

“Es por eso que después de la humillación del alma, o en tiempos de conflicto cuando el alma se siente muy abajo, el hombre suele tener acceso más libre a Dios y a saborear mejor la vida de lo alto. Dios se deleita en ‘el que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a Su palabra’; y el deleite de un alma humillada está en Dios. Cuando existe ese deleite mutuo, la admisión a Su presencia será más libre, la bienvenida más cálida y la relación más cercana.”

“Pero Dios está tan lejos del alma orgullosa, que no le permitirá acercarse a Él. Una mente orgullosa se eleva en vanidad, autoestima, y anhelos carnales; una mente humilde se eleva en la búsqueda de Dios y de aspiraciones santas. Esas dos clases de elevación son esencialmente opuestas entre sí, como lo demuestra el hecho de que la mayoría de las guerras se pelean entre príncipes y no entre un príncipe y un campesino.”

“Bueno, entonces, ¿eres una persona valiosa a tus propios ojos? ¿Te deleitas al escuchar que los demás te estiman, y te sientes desanimado cuando te menosprecian? ¿Amas a quienes te honran y piensas mal de los que no lo hacen, aunque sean personas santas y honestas? ¿Necesitas que tus deseos sean cumplidos, y que tus juicios sean aceptados, y que tus palabras sean obedecidas? ¿Se encienden tus pasiones cuando tu palabra o tu voluntad se ven frustradas?”

“¿Estás pronto a considerar que la humildad es algo despreciable, y no sabes cómo confesar humildemente que has pecado contra Dios u ofendido al prójimo? ¿Eres de los que miran con extrañeza a quienes muestran su necesidad de Dios, y casi sientes vergüenza de tener relación con ellos? ¿Puedes servir a Dios en un lugar bajo tan bien como puedes hacerlo en uno alto? ¿Restringes tus presunciones más por prudencia o artificio que por humildad? ¿Deseas tener los ojos de todos puestos en ti y escucharlos decir: ‘Ese es él...?’”

“¡Oh cristiano!... si deseas vivir constantemente en la presencia de tu Señor, permanece en el polvo y Él te levantará. Aprende a ser manso y humilde como Él, y encontrarás reposo para tu alma. De otra manera serás como ‘el mar en tempestad, que no puede estarse quieto y sus aguas arrojan cieno y lodo’. En lugar de esos dulces deleites en Dios, el orgullo te llenará de inquietud perpetua.”

“El que se humilla como un niño será grande en el Reino de los Cielos; de la misma manera, será grande en los preludios de ese Reino.”

“El polvo y el Cielo son los únicos lugares seguros para el creyente”, dijo un antiguo predicador, “y de los dos, el polvo es el más seguro, porque los ángeles cayeron del Cielo, pero nunca se ha sabido de alguien que cayera del polvo.”

En el Orgullo Hay Competencia

...pero ellos, midiéndose a sí mismos por sí mismos, y comparándose consigo mismos, no son juiciosos. (2 Co 10:12)

MUCHOS maestros cristianos están de acuerdo en que el peor de los vicios, el más inicuo, es el orgullo. La inmoralidad, la ira, la codicia, las borracheras y todo eso, son como pulgas en comparación. Fue a través del orgullo que el diablo llegó a ser el diablo. El orgullo conduce a los demás vicios; es el estado mental completamente anti-Dios...

¿Le parece esto exagerado?... Si quiere saber cuán orgulloso es usted, la manera más fácil es preguntarse: “¿Cuánto me desagrade que otra gente me desaire, o me ignore, o me haga a un lado, o me trate con condescendencia, o alardee de sí misma?” La realidad es que el orgullo de cada persona compite con el de todos los demás. Es porque yo quería ser el centro de atención en la reunión, que estoy tan molesto porque alguien más lo fue. Cuando dos compiten entre sí por obtener lo mismo, nunca estarán de acuerdo.

Entonces, lo que queremos dejar claro es que el orgullo es esencialmente competitivo; lo es por su misma naturaleza, mientras que el resto de vicios sólo son competitivos, por así decirlo, por accidente. El orgullo no se satisface con tener algo, sólo se satisface si tiene más que otros. Decimos que alguien está orgulloso de ser rico, o ingenioso, o bien parecido, pero no es así. Está orgulloso de ser más rico, o más ingenioso, o mejor parecido que otros. Si todos los demás llegan a ser igualmente ricos, o ingeniosos, o bien parecidos, no habría nada de que estar orgulloso. Es la comparación la que nos hace orgullosos; es el placer de sentirnos más que otros. Cuando desaparece el elemento de comparación, también desaparece el orgullo. Es por eso que digo que el orgullo es esencialmente competitivo, de una forma que los demás vicios no lo son.

La atracción por una joven puede poner en competencia a dos hombres. Pero eso sólo es accidental; a ellos bien podrían haberles gustado dos muchachas diferentes. Sin embargo, un hombre orgulloso le quitará la chica al otro, no sólo porque se sienta atraído por ella, sino porque quiere probarse a sí mismo que él es mejor que el otro. La codicia puede poner en competencia a dos hombres si no hay suficiente de lo que quieren; pero el hombre orgulloso, incluso cuando tiene más de lo que pudiera desear, procura tener aún más, solamente para afirmar

su poder. Prácticamente, todos los males en el mundo que se atribuyen a la codicia o al egoísmo, realmente son resultado del orgullo.

¿Qué es lo que impulsa a una muchacha bonita a humillar a los admiradores que va recolectando por todas partes? Ciertamente no es su instinto sexual; esa clase de chicas a menudo carecen de ese instinto. Es el orgullo...

El orgullo es competitivo por su misma naturaleza; es por eso que crece continuamente. Si soy un hombre orgulloso, entonces, mientras exista en el mundo un hombre más poderoso, más rico o más sabio que yo, éste será mi rival y mi enemigo.

Los cristianos tienen razón: el orgullo ha sido la principal causa de infelicidad en cada nación y en cada familia desde el inicio del mundo... El orgullo siempre implica enemistad; el orgullo es enemistad. Y no solamente enemistad entre un hombre y otro, sino enemistad con Dios.

Al estar frente a Dios y darnos cuenta de quién es Él, descubrimos que en todos los aspectos Él es inmensurablemente superior. Y a menos que lo conozcamos de esa manera y, por consiguiente, reconozcamos que no somos nada en comparación a Él, no lo conocemos en absoluto. Mientras seamos orgullosos no podemos conocer a Dios. Un hombre orgulloso siempre mira hacia abajo, hacia las cosas, hacia la gente; por supuesto, mientras alguien esté viendo constantemente hacia abajo, no puede ver algo que está arriba.

Esto hace surgir una terrible pregunta. ¿Cómo puede alguien decir que cree en Dios y aparentar ser muy piadoso, cuando al mismo tiempo está siendo obviamente devorado por el orgullo? Me temo que realmente está adorando a un dios imaginario. Teóricamente admite ser nada en presencia de ese dios ilusorio, pero todo el tiempo imagina que ese dios lo aprueba. Además, piensa que él es mejor que la mayoría de la gente... Yo supongo que Cristo pensaba en esas personas, cuando dijo que algunos predicarían acerca de Él, y que en Su nombre echarían fuera demonios, sólo para que al final de los tiempos Él tuviera que decirles que nunca los había conocido.

—C. S. Lewis en *Mero cristianismo* Usado con el amable permiso de Harper/Collins

Nada pone a una persona más lejos del alcance del diablo que la humildad. —Jonathan Edwards

Falsa Humildad

Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. (Jn 13:8)

“TÚ nunca lavarás mis pies.” Esta declaración pareciera ser una gran muestra de humildad. ¿Cómo podía Pedro permitir que alguien tan infinitamente superior le prestara un servicio tan humillante? Quizás a muchos les parezca no sólo natural, sino apropiado, que Pedro objetara ser servido así por su Señor. Pero eso sólo demuestra que no sólo Pedro tenía un falso concepto de humildad.

Para bien de los que así lo creen, recalcamos que cualquier cosa que nos impida recibir una bendición que Dios desea derramar sobre nosotros, no es realmente humildad sino una falsificación de la misma. La verdadera humildad nunca va en contra de los intereses eternos del alma. Ninguna verdadera virtud cristiana obstaculizará que recibamos y desarrollemos otras virtudes cristianas. Usando este principio se pueden probar los espíritus. La humildad propiciará que recibamos toda la gracia que Dios desea derramar sobre nosotros, que tengamos el más alto favor de Dios. Por otro lado, todo lo que nos impulse a rechazar las bendiciones espirituales que Dios está dispuesto a darnos, debemos saber que es de la tierra, terrenal.

Así, en una ocasión anterior Pedro le dijo a Jesús: “Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador.” Definitivamente, Satanás habría deseado por sobre todas las cosas que se le concediera esa petición. ¿Qué clase de humildad pediría tal cosa? Es bueno tener convicción de pecado; mientras más profunda mejor, pues escasamente podemos tener una vaga idea de la vileza de nuestro propio carácter; pero la humildad, como una gracia cristiana, siempre debe impulsar a nuestro corazón a acercarse a Cristo.

No hay nada más inútil que el autoengaño que lleva a algunos a decir: “Yo estoy satisfecho de ser un cristiano común y de no tener habilidades espirituales; si yo fuera un siervo más dedicado al Señor, me podría llenar de orgullo.” Eso equivale a decir que teme perder su humildad si obtiene más fe. Bueno, entonces pierda su humildad, porque en definitiva, no será una gran pérdida. Si realmente obtiene una fe grande, junto con ella tendrá una muy diferente humildad que la que tiene ahora. Considérela y confiese: su humildad actual es algo muy vil, porque está atribuyendo a Dios una falsedad al decir que no es bueno para un hombre amar a Dios con todo su corazón y con toda su

alma; y lo que es más, está diciendo que Él no es digno de que lo sirva de todo corazón. Esto eliminaría todas las páginas de la Biblia, porque casi todas ellas contienen promesas, invitaciones y órdenes, que serían anuladas con esa forma de pensar.

Un alma genuinamente humilde siempre tendrá necesidad de recibir mayor cantidad de gracia, y será perfeccionada justamente en la medida en que esa gracia le sea dada. El orgullo espiritual muestra, no que ha habido demasiada, sino demasiado poca de la operación del Espíritu. La única manera de vencer en esto, es presionando hacia adelante. El hombre verdaderamente humilde buscará ser lleno de toda la abundancia de Dios, sabiendo que cuando lo logre, no habrá el más mínimo lugar para el orgullo o para el “yo”. –George Bowen

Andrew Bonar expresó los mismos pensamientos de George Bowen que acabamos de citar. “No necesita tener miedo de demasiada gracia”, aseguró. “La abundancia de gracia nunca enorgullece a un hombre. La poca gracia fácilmente produce que un hombre se envanezca. Tenga temor de la poca gracia. La mucha gracia nunca envanece a nadie.”

El orgullo espiritual es un vicio no sólo extremadamente malo en la sociedad humana, sino que es la barrera más insuperable para el verdadero progreso interior. –E. Carter

¿Quién hubiera esperado que los pastores espirituales tuvieran que ser advertidos contra la arrogancia y el orgullo? ¿Quién hubiera imaginado que los hombres que están ministrando el Evangelio de humildad, se exaltarían orgullosamente a sí mismos? Esta es una de las más sutiles tentaciones que enfrenta el obrero de Cristo. El orgullo siempre se arrastra junto a los talones del poder. Incluso una pequeña porción de autoridad es propicia para convertir una caminata recta en el más ofensivo pavoneo. –J. H. Jowet en *La primera epístola de Pedro*

Jactancia o Menosprecio

¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe. (Ro 3:27)

TODOS sabemos cuán desagradable es el vernos forzados a escuchar a un conocido fanfarrón hablando de su tema favorito: él mismo. Ser atrapado por tal persona, incluso por un tiempo corto, pone a prueba en grado sumo nuestra paciencia, y exige un pesado despliegue de nuestra caridad cristiana. La fanfarronería es especialmente ofensiva cuando se escucha entre los hijos de Dios, que es el único lugar entre todos, donde no debiera existir. Sin embargo, aunque generalmente disfrazada de algún modo mediante la gastada expresión: “Digo esto para la gloria de Dios”, la fanfarronería es muy común entre los cristianos...

Otra costumbre, un poco menos odiosa, es el menosprecio de nosotros mismos. Esto podría parecer que es exactamente lo opuesto a la fanfarronería; pero realmente es el mismo viejo pecado con diferente disfraz. Es un simple egoísmo que intenta actuar espiritualmente. Es el impaciente Saúl ofreciendo apresuradamente un sacrificio inaceptable para el Señor. El menosprecio de sí mismo es malo, porque es indispensable que el “yo” esté allí para poder menospreciarse. El “yo”, ya sea que se jacte o que se menosprecie, es siempre repugnante al Señor.

La fanfarronería es una evidencia de que estamos complacidos con nosotros mismos, y el menosprecio es evidencia de que estamos decepcionados de nosotros mismos. De ambas formas estamos mostrando que tenemos una alta opinión de nosotros. El que se menosprecia, obviamente está molesto porque se cree superior, y considera que debió haberlo hecho mejor; por eso se castiga haciendo comentarios negativos de sí mismo. Pero que realmente él no quiere decir lo que dice, puede demostrarse fácilmente. Si alguien más dijera las mismas cosas, su entusiasta defensa de sí mismo revelaría lo que verdaderamente piensa, y lo que secretamente ha pensado de sí mismo todo el tiempo.

El cristiano victorioso ni se exalta ni se desprecia. Su interés se ha trasladado de sí mismo hacia Cristo. Lo que él sea o no sea ya no le concierne más. Sabe que ha sido crucificado con Cristo, y no tiene deseos de alabar o de despreciar a tal hombre.

Pero saber que ha sido crucificado no es más que la mitad de la victoria. “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”. Cristo ha pasado a ocupar el lugar que el ego del hombre ocupaba antes. Ahora está centrado en Cristo, y ya no en su “yo”; así que en su gozosa preocupación por el Señor, se olvida de sí mismo.

Con franqueza reconozco que es mucho más fácil escribir acerca de esto que vivirlo. El “yo” es una de las plantas más vigorosas que crecen en el jardín de la vida. De hecho, es indestructible por cualquier medio humano. Justo cuando estamos seguros de que ha muerto, aparece en cualquier momento tan fortalecido como siempre, para perturbar nuestra paz y envenenar los frutos de nuestra vida.

Pero hay liberación. Cuando nuestra crucifixión judicial llega a ser real, la victoria está cercana; y cuando nuestra fe se eleva para aceptar que la vida resucitada de Cristo es nuestra, el triunfo es completo. El problema es que no recibimos los beneficios de todo esto hasta que algo radical sucede en nuestra propia experiencia, algo que en sus efectos psicológicos se aproxima a la crucifixión real. Debemos pasar por lo mismo que Cristo pasó. Rechazo, rendición, pérdida, una separación radical del mundo, el dolor de la exclusión social –todo esto debemos sentirlo en nuestra experiencia real...

Mientras nos jactemos o nos menospreciemos, podemos estar absolutamente seguros de que la cruz todavía no ha realizado su trabajo en nosotros. La fe y la obediencia traerán la cruz a nuestra vida y nos librarán de ambas costumbres.

–A. W. Tozer, en *El hombre, el lugar de la morada de Dios*

A menudo los niños pueden expresar grandes verdades de la manera más sencilla. Unos niños formaron un club y establecieron reglas. La primera de ellas decía así: “Nadie puede actuar muy grande, nadie puede actuar pequeño, todos deben actuar mediano”.

La jactancia es siempre un anuncio de pobreza.

–W. Graham Scroggie

La Detestable Vanidad

Mas Ezequías no correspondió al bien que le había sido hecho, sino que se enaltecó su corazón, y vino la ira contra él. (2 Cr 32:25)

Mas cuando ya era fuerte, su corazón se enaltecó para su ruina... (2 Cr 26:16)

EN el Antiguo Testamento tenemos dos ejemplos de orgullo espiritual en Ezequías y en Uzías. En ambos, el orgullo arruinó lo que de otra manera hubiese sido su buen historial. Los dos tuvieron celo por el honor del Señor, hasta que se hicieron fuertes. Entonces el orgullo, el más traicionero de todos los pecados, se apoderó de sus corazones e hizo descender la ira de Dios sobre ellos.

Incluso desde sus primeros días, la Iglesia siempre ha tenido el problema de ministros que continuamente giran alrededor de sí mismos. Basilio, uno de los padres de la Iglesia en el siglo cuarto, protestaba contra esa forma de iniquidad de quienes ocupan posiciones de importancia en la iglesia: “Todos son teólogos, incluso aquellos cuyas vidas están manchadas con grandes contaminaciones. Individuos centrados en sí mismos que tienen un especial apetito por ocupar posiciones, rechazan la dispensación del Espíritu Santo y reparten entre ellos los altos cargos en la Iglesia. Existe una indescriptible competencia por obtener preeminencia; todos se esfuerzan hasta lo sumo por colocarse en un lugar prominente.”

Una anotación en el diario de Oswald Chambers dice: “El Sr. Swan estaba dirigiéndose a algunas personalidades cristianas cultas e importantes, y me llamó para que les dijera cuál consideraba yo que era el verdadero peligro del entrenamiento teológico. Prontamente dije: ‘La cabeza inflada’, y expliqué mi convencimiento de que la única manera de mantener la vida espiritual juntamente con la vida intelectual, es mediante la sujeción del intelecto a Jesucristo; ya que entonces el intelecto llega a ser un excelente siervo del Señor, y que ese intelecto debiera ser los pies y no la cabeza del estudiante. Les mencioné Filipenses 3:10.”

El Dr. Upham, biógrafo de Madame Guyón, era un buen ministro que apoyaba una vida santa y advertía: “Cuando hay una verdadera perfección cristiana, siempre existe gran humildad. Esta gracia cristiana

es difícil de definir, pero implica por lo menos un espíritu apacible, sujeto, manso y paciente. Cualesquiera sean nuestros supuestos dones, cualesquiera sean nuestros gozos y éxtasis, todo eso está lejos de evidenciar plenitud de carácter cristiano si no hay humildad. Es esta gracia la que quizás, más que cualquier otra, imparte belleza y atractivo a la vida cristiana.”

Samuel Pearse, llamado el Brainerd de los bautistas, hizo mucho por impulsar la obra misionera de William Carey en la India “sosteniendo fielmente las cuerdas” desde casa. Más tarde, su hija se casó con uno de los hijos del Dr. Carey. Pearse estaba consciente del peligro de su orgullo espiritual, como fue registrado por su biógrafo: “Estoy avergonzado”, le escribió a Ryland, “de tener tanto orgullo. Quisiera poder llegar a ser más y más como un niño pequeño, para que desaparezca en la nada mi propia estima, para renunciar a mi propia sabiduría, poder y bondad, y así poder descansar en Jesús para todo.”

“En una carta a su esposa desde Plymouth él confiesa con tristeza: ‘Me temo que está decreciendo mi sed por predicar a Cristo, y una detestable vanidad por obtener la reputación de un buen predicador en los términos del mundo, ya me está provocando muchos conflictos’.”

“Probablemente habían muchos familiares suyos en Plymouth que exaltaban sus grandes habilidades y lo alababan peligrosamente. A Carey le escribe: ‘Halagadores prospectos de reputación y riqueza han tenido demasiada ascendencia sobre mí’.”

La humildad no es más que otro nombre para el espíritu de dependencia. Es realizar nuestra verdadera condición delante de Dios. La humildad del mundo es mero retraimiento o temor de ser afectado; pero la verdadera humildad es verdad, confianza y una segura esperanza; porque el corazón verdaderamente humilde se reconoce a sí mismo como un receptor, y se siente contento de serlo. Ese corazón escucha a su Señor cuando le dice que se abra, y sabe con seguridad que la gracia será derramada sobre él con abundancia. —Thomas Erskine

Robando la Gloria

Sea ensalzado el SEÑOR. (Sal 35:27)

...para que ninguna carne se jacte en su presencia. (1 Co 1:29)

EL avivamiento tarda porque robamos la gloria que pertenece a Dios. Escuche esto y asómbrese: Jesús dijo: “Gloria de los hombres no recibo” y “¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?” (Juan 5:41,44). ¡Fuera con todas las palmaditas carnales en la espalda y con la adulación en la plataforma! ¡Fuera con la exaltación de “Mi programa de radio”, “Mi iglesia”!, ¡Oh, la repugnante parodia de la carne en nuestros púlpitos: “Tenemos el enorme privilegio, etc.”! Los predicadores (que realmente lo son sólo por gracia) aceptan todo esto; mejor dicho, ¡lo esperan! El hecho es que tras haber escuchado a la mayoría de estos hombres, no hubiéramos sabido que eran grandes si no nos lo hubieran anunciado.

“¡QUÉ PENA CON DIOS! ¡Él no recibe mucho de todo esto! Entonces, ¿por qué no cumple Dios su bendita pero terrible promesa de vomitarnos de Su boca? Hemos fallado. Somos inmundos. Amamos la alabanza de los hombres. Buscamos lo propio. ¡Oh, Dios, sácanos de este bache y de esta podredumbre! ¡Bendícenos con quebrantamientos! ¡El juicio debe empezar con nosotros los predicadores!” –Leonard Ravenhill en *Por qué tarda el avivamiento*

Henry Moorehouse era un joven ministro que fue de gran bendición para D. L. Moody, porque estaba literalmente empapado de la Palabra de Dios. En una ocasión Moody tuvo que marcharse por una semana, así que pidió a este ministro que predicara en lugar de él. Cuando regresó a casa preguntó cómo habían estado los servicios. Cuando le informaron que Moorehouse había predicado todas las noches sobre Juan 3:16, Moody se sorprendió de que un predicador pudiera encontrar suficiente material para predicar a una audiencia noche tras noche sobre el mismo verso. Pero cuando él mismo lo escuchó, fue extrañamente tocado; y como resultado, se propuso empaparse más de la Palabra de Dios.

El secreto de la efectividad de su predicación se muestra en el siguiente incidente: “Henry Moorehouse, cuando aún era un hombre joven, estaba conduciendo servicios evangelísticos en cierta ciudad de

este país, pero no había avivamiento. Dios había derramado preciosos avivamientos tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña, pero en esta ciudad parecía como si estuviera enfrentando un paredón de piedra. Día y noche él permanecía sobre sus rodillas buscando en su corazón y clamando: Oh Señor, ¿por qué no hay avivamiento?”

“Un día, mientras caminaba por una calle, el Espíritu Santo le mostró una gran pancarta en la que aparecían estas palabras: ‘¡Henry Moorehouse, el más Famoso de los Predicadores Británicos!’ Inmediatamente se dijo a sí mismo: ‘¡Por eso no hay avivamiento!’ Rápidamente se dirigió al comité de campaña y dijo: ‘Hermanos, ahora está claro por qué no hay avivamiento. Miren cómo me han anunciado a mí ¡como el más grande de esto y el más grande de lo otro! ¡No es de extrañar que el Espíritu Santo no pueda obrar! Él está contristado y apagado porque ustedes no han magnificado al Señor Jesucristo. Únicamente Él es maravilloso. Yo sólo soy un pobre, simple, insignificante siervo, predicando el glorioso Evangelio’.”

Oh, tú, flecha sin pulir, ¿por qué dejas la aljaba?

Oh, hacha sin filo, ¿qué bosques puedes talar?

Espada sin templar, ¿puedes liberar al oprimido?

Regresa de nuevo al horno de tu Amo.

Sométete a Dios para ser preparado,

No busques enseñar a tu Amo y Señor;

No llares a eso celo, pues es una abyecta tentación.

Satanás se alegra cuando el hombre da órdenes a Dios.

¡Abajo con tu orgullo! Con santa venganza pisotea

Cada apetito de autohalago que aparezca;

¿No estuvo el Señor mismo para nuestro ejemplo,

Escondido en Nazaret por treinta años?

—Autor Desconocido

La Tragedia de la Contienda en la Iglesia

Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo. (Fil 2:3)

LA ambición por el poder arde en el obrero cristiano. La ambición por la victoria personal posee el corazón del supuesto soldado de la cruz. El espíritu de contienda penetra en el mensajero de la paz. Los hombres realizan la obra cristiana impulsados por la vanagloria. Contienda y vanagloria, los poderes del mundo, llegan a ser los poderes que están motivando el Reino de Dios. Esa es la vergüenza de todo esto, y la tragedia es que un reino en el que se busca la destrucción del “yo”, se use para alimentar el “yo”; un reino establecido para la aniquilación de la mundanalidad, sea usado para entronizarla.

La esencia de todo el asunto es ésta: es posible hacer de Cristo una oportunidad de tipo mundano, verlo como un simple medio para buscar metas personales, y usarlo egoístamente para la propia gloria. Es contra ese insidioso e inminente peligro que el Apóstol Pablo nos advierte, al aconsejarnos que en toda la variada obra de la Iglesia ‘nada sea hecho por contienda ni por vanagloria’.

Lo que nos está dando es una advertencia contra la intromisión del ‘yo’ en el servicio cristiano. Ahora el Apóstol dice que esta intromisión puede revelarse en una de dos formas: como contienda o como vanagloria. Creo que sería bueno sustituir ambas palabras por otras equivalentes más modernas, que nos permitan comprender mejor el pensamiento del Apóstol. ¿Qué quiso decir con contienda? Espíritu interesado. ¿Qué quiso decir con vanagloria? Vanidad personal. ‘Nada sea hecho con un espíritu interesado o por vanidad personal.’ ¡Espíritu interesado! ¡Vanidad personal! Esas son las dos fachadas con las que el ‘yo’ logra introducirse en la vida de la Iglesia y echar fuera a Cristo...

Un espíritu interesado es el que intenta agradar a la mayoría, en lugar de tratar de hacer valer la verdad. Busca ganar un concurso, más que hacer avanzar la causa de Cristo. Trabajar por un triunfo sectario, más que por lograr el crecimiento espiritual. El espíritu interesado aparece en la Iglesia cuando el cristiano lucha más por un triunfo sectario que por el reino del Señor. Hay algunos miembros de la iglesia cristiana a quienes nunca se les encontrará en el campo de batalla, excepto cuando la lucha sea una desafortunada competencia entre sectas cristianas...

¡Vanidad personal! Un hombre puede ser una secta para sí mismo; puede ser un grupo formado por uno solo. Puede buscar sus propios triunfos y sus propias mayorías. Tal hombre empieza todo a partir de sí mismo, pero la tragedia es que quien empieza contándose a sí mismo como el ‘número uno’ nunca llega al ‘número dos’; la cuenta termina en el ‘número uno’. La ‘vanidad personal’ implica una vida inflada de orgullo. Los ojos están tan ennegrecidos por ‘la grosura’, que el ‘número dos’ nunca se ve. La ‘vanidad personal’ es la interferencia que debemos temer, y a la que debemos poner atención.

El Apóstol declara que ese espíritu de vanidad personal puede interferir en la Iglesia. Más que eso, declara que hombres y mujeres vendrán a la Iglesia para alimentarlo. Usarán los santos ministerios de la iglesia para engrosar el ‘yo’. Incluso podemos inclinar nuestra cabeza para orar, en medio de una absoluta vanidad personal. Podemos involucrarnos en proyectos de ayuda social, a través de una absoluta vanidad personal. Podemos predicar a Cristo crucificado a través de una absoluta vanidad personal. Esto es severo, duro y horrible; pero no es una ficción, sino un hecho que haremos bien en enfrentar. Yo puedo estar en la Iglesia de Cristo como una enorme esponja, como un mero agente de succión, reuniendo y reteniendo todo lo que oigo solamente para incrementar el peso de mi ego.

–J. H. Jowett en *Arroyos en el camino del viajero*

Cuando contemplo la maravillosa cruz
En la que el Príncipe de gloria murió,
Mi mayor ganancia cuento por pérdida,
Y derramo desprecio sobre todo mi orgullo.
–Isaac Watts (traducción literal del himno
“When I Survey the Wondrous Cross”)

Falsa Gloria

Para que tengáis con qué responder a los que se glorían en las apariencias y no en el corazón. (2 Co 5:12)

Jehová no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón. (1 Sam 16:7)

LA humildad está estrechamente vinculada a la sencillez y la sinceridad. Antes de poder entrar en el Reino de Dios, apareceremos ante Su vista como realmente somos –desnudos y descubiertos. La exposición de nuestra verdadera condición será humillante, y nunca podremos ser los mismos después. Sin embargo, el deseo de cubrirse con una apariencia exterior es innato en el hombre; él sabe qué es lo que va a realzar su reputación. Incluso Samuel, cuando estaba escogiendo un rey, tuvo que ser reprendido por mirar la apariencia y la estatura de los candidatos. Samuel sólo estaba demasiado atento a lo que podríamos llamar ‘elegibilidad’, la cual generalmente se basa en el carisma, la educación y la riqueza.

El capítulo ocho de 1 Samuel se desarrolla durante una seria crisis en la historia de Israel. Dios había elegido a los israelitas como Sus testigos para mostrar a las naciones gentiles que los rodeaban, cuán superior era el Capitán de sus ejércitos –el Dios invisible– el cual no estaba interesado en la fuerza del caballo o de las piernas del hombre. Jehová reprobó sus motivos al querer ser como las naciones que los rodeaban. Si ellos iban a tener un rey, su confianza iba a estar en carrozas y caballos, los cuales habían sido prohibidos al pueblo de Israel; ellos iban a construir palacios, a tener grandes ejércitos permanentes, e impresionante armamento. Su gloria iba a ser una gloria falsa.

Vemos esto trágicamente ilustrado en Salomón, quien alcanzó el esplendor de una grandeza exterior, pero cuya decadencia moral fue evidente. Se impusieron al pueblo fuertes impuestos, de lo cual éste se quejó tras la muerte de Salomón. Jesús contrastó la gloria exterior de Salomón con el hermoso lirio cuya belleza viene de adentro. “Ni aun Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos.” Llevar demasiado atuendo exterior, revela un vacío interior.

Cuando la cristiandad tuvo mayor poder espiritual, sus edificios eran sencillos. Hoy los edificios de las iglesias cuestan millones, y sus lujos muchas veces están gravados con elevadas hipotecas.

La elección de un ministro depende de lo que demanden todos los miembros carnales de la congregación, para atraer al mundo a su iglesia. El humilde carpintero de Nazaret desdeñaría el esplendor que hay en nuestra falsa gloria; por otro lado, Su presencia sería totalmente inaceptable en muchos de nuestros púlpitos.

La dependencia de las apariencias exteriores empezó a asediar a la Iglesia incluso desde sus inicios. Crisóstomo, uno de los Padres de la Iglesia primitiva, dijo: “¿Y qué es entonces un atuendo modesto? Es el que nos cubre completa y decentemente, y no con ornamentos superfluos; porque lo uno es decente y lo otro no. ¿Qué? ¿Se acercan ustedes a orar a Dios con peinados ostentosos y ornamentos de oro? ¿Vienen ustedes a un baile, a una fiesta de bodas, o a un carnaval? Allí podrían ser adecuados tales objetos costosos... aquí no queremos ninguno de ellos. Ustedes vienen a orar, a pedir perdón por sus pecados, a suplicar por sus ofensas, a implorar al Señor, y a esperar que Él les sea propicio. ¡Fuera con tal hipocresía! Dios no puede ser burlado. Ese es el atuendo de actores y bailarines que viven sobre un escenario. Nada de eso hace modesta a una mujer, la cual debiera estar adornada con pudor y sobriedad.”

Muchos siglos después, John Wesley se lamentaba por el creciente refinamiento en el vestuario de su gente, los metodistas. Finney cambió considerablemente sus puntos de vista en cuanto a este tema diciendo: “Confesaré que anteriormente estaba equivocado. Yo creía que la mejor manera para que los cristianos se vistieran era aquella que los hiciera pasar desapercibidos, siguiendo las modas para no ser notados; siguiendo las modas para no verse extraños. Pero he visto mi error, y ahora me asombro sobremanera de mi anterior ceguera. Es nuestra obligación vestirnos de una forma sencilla, que muestre al mundo que no tenemos ninguna clase de confianza en la moda.”

Pronto retornará Cristo con verdadera gloria y esplendor para aquellos que hayan rehusado inclinarse ante las escrutinadoras presiones de mujeres y hombres impíos, y hayan escogido el camino de la cruz.

—Lillian Harvey

El Orgullo del Vestido

Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos... sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible... Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres... (1 Pe 3:3-5)

ESTE libro no estaría completo sin la mención de otra forma de orgullo que prevalece particularmente entre los que prefieren, con demasiada frecuencia, someterse a los dictados de la moda antes que conformarse a la Palabra de Dios. En cualquier momento que Dios se ha acercado con poder de avivamiento, siempre ha conllevado una convicción profunda, particularmente entre las mujeres, del orgullo del atuendo. Llegan a darse cuenta de que tienen motivos para exhibirse: competir con sus hermanas, cuyo desdén desean evitar.

John Fletcher no dejó pasar por alto esta forma de orgullo. Citemos aquí sus palabras: “No puedo pasar por alto el detestable pecado, aunque de moda, que ha hecho caer la maldición del Cielo, y ha derramado desolación y ruina sobre los más florecientes reinos –me refiero al orgullo en cuanto al atuendo. Incluso en este lugar –donde abunda la pobreza y el trabajo es duro y pesado para poder sobrevivir– existen mujeres que cometen un pecado que el cristianismo no puede tolerar ni en los palacios. Estas mujeres revelan la vanidad de sus corazones a través de la manera en que se visten.”

“Sí, algunas mujeres que debieran ser madres en Israel, y adornarse con buenas obras como mujeres santas y piadosas, abiertamente manifiestan lo opuesto. Puede vérselas ofrecerse primero al ídolo de la vanidad, y después sacrificar a sus hijos sobre el mismo altar. Así como algunos hijos del diablo enseñan a sus pequeños a maldecir antes de que puedan hablar bien, así estas hijas de Jezabel arrastran a su infeliz prole, antes de que puedan caminar, a las guaridas de la vanidad y del orgullo. Ellas se quejan de los servicios cristianos que se celebran por la tarde, pero corren a los bailes a medianoche. Oh, que tales personas permitieran que las palabras del profeta penetraran en sus espumosas mentes, y afirmaran sus descuidados corazones: ‘Por cuanto las hijas de Sion se ensoberbecen, y andan con cuello erguido y con ojos desvergonzados; cuando andan van danzando, y haciendo son con

los pies; por tanto, el Señor raerá la cabeza de las hijas de Sion, y Jehová descubrirá sus vergüenzas: en lugar de la compostura del cabello vendrá cabeza rapada, y quemadura en vez de hermosura’.”

Mary Bonanquet, quien más tarde se casó con John Fletcher, pertenecía a un círculo social amante de la moda. Su hogar era frecuentado a menudo por personajes muy honrados en el mundo. Cuando Mary experimentó el poder de convicción del Espíritu Santo, obedeció a Dios, y como resultado fue desheredada. Indudablemente ella tuvo que escuchar las constantes y encubiertas acusaciones de legalismo y opresión, que tan a menudo hacen alejarse a muchas mujeres de una caminata humilde. Pero Mary Fletcher estaba muy consciente de los beneficios de la sencillez de su nada mundano atavío, como se revela en la siguiente cita:

“Yo vi claramente que la sencillez en el vestido y en la conducta era lo más apropiado para un cristiano. El Apóstol expresamente prohíbe a las mujeres que profesan santidad, que su adorno sea de ornamentos externos, permitiéndoles únicamente el ornamento de un ‘espíritu quieto y apacible’.”

“Eso (la sencillez del vestido) tendía a dejarme boquiabierta, pues si me presentaba con atuendos babilónicos como las mujeres del mundo, yo tenía su aprecio; francamente no sabía cómo apartarme de eso. Así que decidí mostrar con mi apariencia, que yo me consideraba como una extraña y extranjera. Nadie puede saber, si no lo ha intentado, la influencia que tiene la forma de vestir en nuestra conducta total, y qué barrera puede ser ésta, para evitar que nos hundamos en el espíritu del mundo. Porque no hay un camino alternativo; quienes se conforman a las modas, costumbres y reglas del mundo, también deben abrazar su espíritu, y encontrarán la estima que buscan porque el mundo ama a los suyos. Pero deben reconocer que: ‘La amistad con el mundo es enemistad con Dios’.” –*La vida de Mary Fletcher*

Alto Nivel de Vida y el Infierno

Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado.
(Lc 16:25)

LEONARD Ravenhill, en su libro más incisivo: *Por qué tarda el avivamiento*, enumera las razones para la escasez espiritual; una de ellas es la forma extravagante de vida de los que buscan promover el avivamiento. Citamos de su libro:

“Los diezmos de las viudas y de los pobres son usados por muchos evangelistas para vivir una vida lujosa. Las grandes multitudes, las grandes filas de ‘convertidos’, el gran aprecio del alcalde, etc., son proclamados a los cuatro vientos. Todo adquiere publicidad –¡excepto la ofrenda de amor! Los pobres incautos que ofrendan piensan que hacen un servicio a Dios, cuando lo que están haciendo es mantener a un predicador de gran reputación con corazón mezquino, para que viva al estilo de Hollywood.”

“Son predicadores que poseen mansiones, cabañas junto al lago, yates en ese lago, importantes cuentas bancarias, y todavía suplican que les den más. A esos hombres extorsionadores e injustos, ¿puede confiar Dios un avivamiento del Espíritu Santo? Estos frívolos predicadorcillos de juguete ya no se cambian de traje una vez, sino dos o tres veces al día. Predican al Jesús del establo, pero ellos viven en hoteles de lujo. Para satisfacer sus propios apetitos, desangran financieramente a sus oyentes en nombre de Aquel que tuvo que pedir un denario prestado para ilustrar Su enseñanza. Se visten con trajes costosos de Hollywood, en honor de Aquel que vestía una túnica de campesino. Festejan en restaurantes de lujo, en memoria de Aquel que ayunó solo en el desierto. Hoy un evangelista se cree digno no sólo de su salario, sino de exorbitantes intereses compuestos. ¡Qué espantoso será esto en el día del juicio!”

Elizabeth Foster, una diaconisa en Mildmay que vivía de una manera sencilla y humilde para Dios, se casó con Michael Baxter, y juntos editaron el *Heraldo Cristiano* y *La Vida de Fe*, sin mencionar los muchos libros que escribió y fueron publicados por Marshal, Morgan y Scott. Citamos de uno de los muchos artículos que ella escribió para esos periódicos:

“Pero la fe en Jesucristo nunca ha sido y nunca será algo popular. La humildad de Su nacimiento, la oscuridad de sus primeros años, la humilde ocupación del Carpintero de Nazaret, todo habla de ‘tierra seca’, y no refleja gloria alguna sobre la supuesta grandeza de esa naturaleza humana de la cual suelen jactarse los hombres que no comprenden a Dios.”

“La naturaleza humana siempre busca lo suyo propio, valora sobremanera su “yo”, su voluntad es ser independiente, y mide a todos los demás a partir de su sobrevalorado “yo”. No es de extrañar, entonces, que ‘Él haya sido despreciado y rechazado por los hombres’...”

“Los hombres no pueden entender una vida oculta. Ellos aprovechan cualquier ventaja para elevarse tanto como les sea posible. Pero en Jesús había algo más que modestia: Él ocultó Su rostro, para poder manifestar el de Su Padre; se sumergió en la insignificancia, para poder expresar la imagen de Su Padre, y servir así a Sus propósitos en todo. Este es el camino de la cruz para nosotros, como lo fue para nuestro Maestro.”

“El camino de la cruz no solamente salva al hombre del infierno, sino también tacha su nombre para escribir el nombre de Jesucristo. Cristo oculta al hombre y manifiesta a Dios.”

Jesús, yo mi cruz he tomado,
Para dejarlo todo para seguirte a ti;
Destituido, despreciado, olvidado,
Tú, desde ahora, todo mío serás.

Perezca toda ambición vana,
Todo lo buscado, y esperado, y conocido;
¡Pero cuán rica es mi condición!
Dios y el Cielo míos son.

—Henry F. Lyte

No Somos Nada

*Porque el que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña.
(Ga 6:3)*

EL verso anterior se me hizo muy real hace algunos años. Siempre había pensado que era una reprensión hecha a algunos de los gálatas, pero después comprendí que se trataba de la declaración de un hecho. *Nosotros no somos nada*, y pensar que somos algo cuando no lo somos, es ridículo. Pero el orgullo nos ciega para que no podamos ver nuestra verdadera condición, hasta que la revelación de Jesús ilumina nuestros ojos.

Nosotros no somos creadores; somos Su creación. No somos sino ceros en el gran mundo de las matemáticas espirituales. El cero, sin embargo, es indispensable si queremos aumentar el valor de un dígito. Cada cero detrás del dígito incrementa diez veces su valor, hasta que alcanzamos millones, billones, trillones y así sucesivamente. Cristo es el dígito. Nosotros somos los ceros. “Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él nada de lo que ha sido hecho fue hecho.” ¡Una tremenda verdad! Desde que caímos en Adán, hemos deseado ser los creadores, los puntos de origen, los dígitos. Pero la Biblia asevera una y otra vez que no somos nada.

Si ponemos el cero delante del dígito, disminuimos diez veces su valor. Se convierte en una mera fracción, y mientras más ceros pongamos delante de él, menor llega a ser el valor. En el Día de Pentecostés, ciento veinte ceros se alinearon detrás de Cristo y sacudieron Jerusalén. Cuántos hay hoy, que profesando Su nombre, se ponen ridículamente delante de Él, disminuyendo así Su valor a los ojos del mundo ¡sin incrementar una pizca su propio valor!

“Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”, dijo el humilde Juan el Bautista, quien desde el vientre de su madre fue lleno del Espíritu Santo (Juan 3:30). A lo largo de toda su corta vida, encontramos que él tenía una valoración verdadera de sí mismo y de Cristo. Él describió al Mesías a todos los que se reunían para escucharlo, diciendo: “El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo.” Esto dijo tres veces en el primer capítulo del evangelio de Juan. En Juan 1:15,27,30, lo encontramos haciendo esta misma aseveración: “Él era primero que yo.”

Uno que en tiempo venía detrás de él, era, no obstante, antes de él. El dígito estaba antes de la nada. Juan resaltó el valor de Cristo diciendo que él mismo no era más que una voz en el desierto. Esto lo dijo en un momento en que era tan popular, que fácilmente hubiera podido colocarse antes de Cristo. Pero, por el contrario, él dijo: “el que viene después de mí es antes de mí”. Él vio, con la ayuda de la luz del Espíritu, que Cristo, aunque había nacido después de él en “el tiempo”, había existido por toda la eternidad.

¡Oh, que tuviéramos el entendimiento que tuvo Juan! Nuestro breve espacio de vida es la oportunidad que tenemos de exaltar a Cristo colocándolo antes de nosotros, para que Él pueda crecer y nosotros menguar. Nuestra tarea es ir siempre en pos de Él, “seguirlo”, “seguirlo”, “seguirlo”. “Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres.” Un discípulo es alguien que sigue a otro, de allí la palabra “seguidores”.

Pablo tomó esa sentencia judicial de muerte sobre sí mismo, para no confiar en él sino en Cristo. Él dijo a quienes lo escuchaban en la Iglesia primitiva: “Sed seguidores de mí, pero sólo en la medida en que yo lo soy de Cristo.” Él venía detrás. ¿Iremos nosotros también detrás? ¿Dejaremos de tratar de ser alguien cuando no somos nada?

–Lillian Harvey

Es prácticamente imposible encontrar a un hombre que no quiera ser importante, ya sea en lo natural o en lo espiritual. Esa arrogancia de querer ser algo es la raíz de todos los males; es debido a ella que a menudo estamos disgustados con Dios y con los hombres, y vivimos sin paz y sin gracia. Con corazón dispuesto y agradecido, debemos aceptar que alguien nos ayude a reconocer que somos una total nada, pues mientras haya una sola gota de sangre en nosotros que no haya muerto, no podremos realmente decir con Pablo: “Ya no vivo yo, mas Cristo vive en mí.” El que quiera ser algo para Dios, deberá dejar de vivir para sí mismo y de ser algo en sí mismo. Porque en nosotros mismos no somos nada, somos alguien sólo en Él.

–Heinrich Suso

Él Toma Las Cosas Que No Son

Pero Dios ha escogido lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia. (1 Co 1:27-29)

CUANDO el hombre inicia una nueva empresa, generalmente lo hace a lo grande: oradores famosos, grandes anuncios y ricos patrocinadores. Cuando Dios lanzó su Evangelio del Reino, escogió las cosas que no son para reducir a nada las cosas que son. ¿Por qué? Para que ningún hombre se gloríe en Su presencia.

Veamos ahora como este énfasis en ‘la nada’ resalta a través de la Biblia:

Nada de bondad. El pecador no recibe la gracia regeneradora hasta que llega con sus manos vacías. Cuando los dos deudores no tenían nada para poder pagar, ambos fueron totalmente perdonados. Cuando el hijo pródigo agotó sus recursos, estuvo listo para recibir el abrazo amoroso del Padre. Ninguna obra de justicia podrá jamás realzar la obra terminada del Calvario. Esto es ilustrado en las siguientes Escrituras:

1. “...y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos.” (Lucas 7:42)
2. “Y cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a faltarle... pero nadie le daba... y... dijo: ¡y yo aquí perezco de hambre!” (Lucas 15:14-17)

Nada de fuerza. El poder sanador de Jesús fluía hacia los que habían llegado a estar conscientes de su impotencia. “Los que están sanos no necesitan médico.” A los llenos los envió vacíos; pero entre los hambrientos y sedientos repartió el Pan de Vida. Así que cuando ya hemos tratado por todos los medios terrenales y no mejoramos, entonces viene Él con su poder sanador. También tenemos ilustraciones de este principio a lo largo del Nuevo Testamento:

1. “Pero una mujer... había sufrido mucho... y gastado todo lo que tenía, y nada había aprovechado, antes le iba peor” (Marcos 5:25,26).
2. “Señor, le respondió el enfermo, no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; y entre tanto que yo voy, otro descende antes que yo” (Juan 5:7). –Lillian Harvey

A San Francisco de Asís le preguntaron en una ocasión cómo había podido realizar todo lo que hizo. Él respondió: “Tal vez sea por esto. El Señor miró hacia abajo desde los cielos y dijo: ‘¿En dónde puedo encontrar al más débil, pequeño y miserable hombre en la tierra?’ Cuando me vio a mí dijo: ‘Lo encontré; él no podrá enorgullecerse; él verá que yo lo estoy usando a causa de su insignificancia’.”

El hombre humilde de Dios tiene un peculiar sentido de falta de poder. Yo he pensado a menudo que Dios vio por todo el mundo para encontrar un hombre lo suficientemente humilde como para hacer el trabajo. —Obispo Montgomery

Tome nota del hecho de que el Señor usa instrumentos que son notables por su debilidad. —J. G. Gregory

Oh, no ser nada, nada,
Solamente para yacer a Sus pies,
Una vasija quebrada y vacía,
Lista para el uso del Amo servir.

Vaciado para que Él pueda llenarme,
Así, adelante en Su servicio voy;
Quebrantado, para que así, sin obstáculos,
Su vida fluir pueda a través de mí.

¡Oh! no ser nada, nada,
Dolorosa la humillación será,
Pero abajo en el polvo quedaré
Y así el mundo a mi Salvador verá.
—Autor desconocido

Él Usa la Nada

El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha. (Juan 6:63)
No puedo yo hacer nada por mí mismo. (Juan 5:30)

EN la lectura anterior mencionamos algunos importantes “nadas” en la Escritura. Aquí hay algunas pocas más, que bien vale la pena considerar:

Nada de recursos. Fue a aquellos que habían batallado toda la noche sin pescar nada, que Cristo dio el secreto para una pesca exitosa. Era la despensa vacía, las vasijas vacías, la multitud sin provisión – todo eso dio a Dios la oportunidad de mostrar su infinita generosidad, como se muestra en los siguientes versos:

1. “...y no tengo qué ponerle delante.” (Lc 11:6)
2. “y no tienen qué comer.” (Mt 15:32)
3. “No tienen vino.” (Jn 2:3)
4. “No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy.” (Hch 3:6)
5. “No tengo pan cocido; solamente un puñado de harina tengo en la tinaja, y un poco de aceite en una vasija; y ahora recogía dos leños, para entrar y prepararlo para mí y para mi hijo, para que lo comamos, y nos dejemos morir.” (1 Re 17:12)
6. “Ve y pide para ti vasijas prestadas de todos tus vecinos, vasijas vacías, no pocas.” (2 Re 4:3)

En estas historias del Antiguo Testamento está ejemplificado el mismo principio. La viuda sólo tiene lo suficiente para comer una vez más, pero incluso así, ella le dio de comer al profeta. La deuda de una viuda la condujo a severas circunstancias y Eliseo apareció en escena diciéndole que consiguiera vasijas vacías, no pocas. La provisión sería determinada por la cantidad de vasijas vacías.

Nada de éxito. No es el obrero perezoso el que descubre los milagrosos poderes de Cristo. Es el que ha batallado toda la noche sin haber obtenido nada, quien verá a Cristo en la playa de su vida. Escuchando, él oye las palabras de autoridad y lanza la red vacía de sus vanos esfuerzos, y la red se llena de peces. “Toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado.” (Lucas 6:35)

Nada de recompensa. “Haced bien, y prestad, no esperando de ello nada; y será vuestro galardón grande” (Lucas 6:35). ¡Qué prueba para los egoístas acaparadores de dinero! ¡Qué opuesto al usual punto de vista de dar y prestar!

“Porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar” (1 Ti 6:7). John Wesley dijo a alguien que si a su muerte tenía más de diecisiete dólares en su posesión, la gente tendría el derecho de llamarlo ladrón. Cerca del final de su vida, él escribió en su diario muy sencillamente: ‘No dejé dinero a nadie en mi testamento, porque no tengo nada’.”

Nosotros empezamos con nada, y si obedeciéramos sabiamente a Dios en cuanto a nuestras finanzas, no debiéramos dejar nada. Cuántas disputas familiares y demandas judiciales han resultado de una infiel administración de lo que Dios nos ha dado. El dinero que pudiera haber sido distribuido sabiamente entre los necesitados y las obras misioneras, se deja demasiado a menudo a hijos e hijas mundanos, lo cual muchas veces significa su ruina. –Lillian Harvey

Todo lo que poseemos, oh Dios, es nada a tus ojos,
Nuestra nada tú miras una y otra vez con amor;
Gloria y pompa de palabras tú no aprecias,
Sólo tu poder y tu Espíritu las palabras indicadas nos
pueden inspirar.
Tus obras más nobles no despiertan del hombre la alabanza,
Porque están escondidas, y él ciegamente desvía
La mirada; y si las mira, su gloria no puede discernir,
Engrosados los sentidos por sus intensos y brillantes rayos.
–Autor Desconocido

J. N. Darby, fundador del movimiento de los Hermanos, parecía comprender muchas de las formas de trabajar de Dios. Dijo así: “Oh, el gozo de no tener nada y de no ser nada, de no ver nada sino a un Cristo vivo en gloria, y no teniendo cuidado de nada sino de Sus intereses aquí abajo.”

Yo Fallé, Él Conquistó

El corazón del hombre piensa su camino; mas Jehová endereza sus pasos. (Pr 16:9)

EN 1789 nació Albert Barnes en Roma, N. Y. Su padre era mecánico. En la escuela mostró tener mucho talento y, a la larga, su padre consintió en que intentara obtener una educación liberal. Su interés estaba puesto en las leyes, pero Dios lo hizo ministro; volvió sus pensamientos hacia las Santas Escrituras como campo de estudio, y antes de morir a la edad de setenta y dos años, se habían vendido un millón de volúmenes de sus *Comentarios Bíblicos*.

William Plummer nos comenta algo más sobre este hombre extraordinario: “Ahora, ¿hizo él todas estas cosas por su propio poder y sabiduría? De ninguna manera. Escuche su modesta y sincera declaración sobre el tema: ‘No he conseguido realizar ninguno de los propósitos que tuve en mis primeros años. He fallado en aquellas cosas que había planeado y que deseaba conseguir. He hecho lo que nunca me propuse o esperé hacer. He conocido lo que es llorar ante el desánimo. He sido conducido en dirección contraria a mis expectativas iniciales. Creo que ahora puedo ver que aunque yo haya considerado actuar en total libertad para hacer todo lo que he hecho, toda mi vida ha estado bajo el control absoluto de un poder más alto, y han existido una voluntad y un plan ajenos a mí, que la han dirigido. Incluso puedo ver que mis actos más voluntarios no han sido más que instrumentos de ese plan superior, y que lo que he hecho ha sido hecho como si yo no tuviera parte en el asunto’.”

“Siendo así estas cosas, nunca debiéramos olvidar:

“(1) Que es nuestra obligación recordar todo el camino por el que el Señor nos ha conducido. Recordemos que cualquier satisfacción o éxito que hayan acompañado a nuestras obras, han sido fruto de Su bondad, sabiduría y poder. El hombre es tan débil como necio; tan pecador como indefenso. Nuestra sabiduría es locura. Somos aplastados más fácilmente que la polilla, y sólo por medio del Señor podemos actuar valientemente; sólo por Él podemos tener éxito. Por Él, David saltó por una ventana; por Él, David derrotó un ejército; por Él, David mató a Goliat.”

“(2) El Señor gobierna. Él maneja todas las cosas. ‘El hombre propone, Dios dispone.’ La providencia de Dios y Su Palabra declaran

que ‘el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos’; ‘El corazón del hombre piensa su camino; mas Jehová endereza sus pasos’; ‘Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre; mas el consejo de Jehová permanecerá.’ Esa es la línea uniforme de pensamiento en la Palabra de Dios.”

“(3) Si nuestro éxito depende enteramente de Dios, veámoslo constantemente a Él y confiemos en Él, miremos Su providencia; guardemos Sus mandamientos; y vivamos para Su gloria. ¡Ay del que pleitea con su hacedor! Nunca podemos oponernos con éxito al Señor.”

Le pedí a Dios que alcanzar éxito pudiera
En la gran tarea que busqué por Él hacer;
Le pedí que cada estorbo quitara,
Y que pocas fueran mis horas de debilidad;
Le pedí que alturas lejanas y elevadas pudiera escalar;
Y ahora humildemente le agradezco por fallar.

Porque al venir a mí el dolor y la pena,
Un legado de ternura descendió;
Y con el fracaso vino un entendimiento,
Una sabiduría que el éxito nunca me dio.
Padre, yo habría sido insensato y sin bendición,
Si me hubieras concedido mi ciega petición.

–J. Stuart Holden

“Más allá de toda controversia, la humildad es indispensable para la verdadera vida del alma. Hay gracia que puede ser dada o retenida; experiencias, seguridades, euforias, éxtasis. Pero ningún hombre fue jamás al Cielo sin aprender humildad de este lado de la tumba.”

“Sin humildad es imposible el progreso espiritual. El verdadero crecimiento del alma no se debe medir por nuestro intento de realizar muchas tareas extraordinarias, sino por nuestra dedicación al realizar las tareas sencillas. Y cuando la humildad gobierna el alma, lleva a la práctica este principio. Nos lleva a bendecir nuestro trabajo, especialmente cuando éste es duro o desagradable para nosotros.”

–H. P. Liddon.

Insuficiente – Todo Suficiente

*No que seamos competentes por nosotros mismos... nuestra competencia proviene de Dios, el cual asimismo nos hizo ministros competentes...
(2 Co 3:5,6)*

“EN una hora de crisis de mi experiencia espiritual”, dijo A. B. Simpson, fundador de la Alianza Misionera Cristiana, “mientras pedía consejo a un antiguo y experimentado amigo, fui impactado al recibir esta respuesta: ‘Todo lo que necesitas para obtener la bendición que buscas, y para hacer tu vida poderosa en Dios, es ser anulado’. El hecho es que el impacto de esa respuesta casi me aniquila en ese momento; pero antes de que la fiel disciplina de Dios terminara, en alguna medida yo había aprendido, como lo he estado aprendiendo desde entonces, esta gran verdad: ‘yo no tengo la capacidad de poder pensar algo por mí mismo’.”

“Una vez, al principio de mi ministerio, viajé miles de millas para asistir a una de las convenciones de ministros del Sr. Moody en Chicago. Llegué allí como a las seis de la tarde, y me dirigí a la primera reunión. Yo no oí hablar al Sr. Moody, pero un sencillo y serio predicador se levantó con el rostro brillante y dijo: ‘Yo vine aquí con la expectativa de que el Sr. Moody me ayudara. Pero anoche vi a Jesús, y pude verlo de tal manera, que nunca voy a necesitar algo más mientras viva.’ Y él concluyó con un largo Aleluya. Algo golpeó mi corazón. ‘Todo lo que necesitas es a Jesús; ve a Él.’ Tomé el tren de regreso a casa esa noche sin esperar la convención. Me dirigí a mi oficina en uno de los cuartos de la iglesia, y esperé allí a sus benditos pies hasta que Él llegó y, gracias a Dios, me permitió decir en alguna medida: ‘He visto a Jesús, y todas mis necesidades han sido suplidas’.”

Al leer los escritos de este santo hombre, podemos ver el total entendimiento que tenía de la enseñanza de Dios acerca de la insignificancia del hombre y de la confianza que podemos tener en los inextinguibles recursos de la gracia. Hablando de Moisés escribe:

“Cuando Dios lo llevó allí y lo redujo a su mínima expresión, al más débil de todos los hombres que han vivido, le dijo: ‘Estás listo para la obra. Ahora, Moisés, voy a tomar esa vara y con ella romperé los brazos de Faraón, y abriré el camino para mi pueblo, y sacaré aguas de la roca del desierto, y haré de ti un instrumento de mi poder’.”

–*Emblemas divinos*

Como alguien que había llegado a conocer totalmente su completa dependencia de Cristo para todo, A. B. Simpson pudo describir así la humildad:

“Es una persona humilde la que no busca su propio interés, sino solamente el interés de Dios en este mundo y en la eternidad... Muchos consideran la humildad exterior, pero la humildad que no fluye del amor no es genuina. Mientras más se abata la humildad externa, más se elevará interiormente; pero quien está consciente de ese abatimiento, realmente no se siente tan bajo como para no poder bajar más.”

“La gente que piensa mucho en la humildad es muy orgullosa... Muchos hombres que buscan ser humildes mediante su propio esfuerzo y no logran renunciar a sí mismos de una manera total, pecan contra el amor divino, sin el cual no existe humildad. Una mayor luz les permitirá ver que lo que hacen es exaltarse a sí mismos por medio de lo que ellos llaman humildad, porque a través de su supuesta renuncia al ‘yo’ están siendo egoístas; están inflados con el orgullo de ser humildes; y se glorifican a sí mismos por medio de los actos de humildad que realizan.”

“Pero el hombre realmente humilde no hace nada de esto; a él no le importa ser llevado de aquí para allá, y está satisfecho de que Dios haga con él lo que desee, de la misma manera que el viento lo hace con la paja. Hay mayor humildad al aceptar la propia grandeza con ese espíritu, que en estropear los planes de Dios bajo el pretexto de aparentarnos humildes. El que escoge ser abatido antes que ser exaltado, no es necesariamente humilde aunque desee serlo; pero quien permite ser elevado o humillado, ya sea para ser alabado o despreciado, sin interesarle lo que se diga de él, es verdaderamente humilde sin importar lo que los hombres puedan pensar, siempre y cuando sólo busque lo que a Dios le agrada.” *—Emblemas del Espíritu Santo*

Conquistados Por Dios

Humillaos delante del Señor, y él os exaltará. (Stg 4:10)

ESTE comentario fue escrito por P. T. Forsyth, ese gran escritor que nos muestra un aspecto diferente de la humildad:

“La humildad es un gran misterio. Es el asombro del alma redimida al enfrentarse a sí misma, o más bien, a Cristo en ella. Puede tomar la forma de modestia delante de los hombres o no, porque la humildad no es algo que deba ser visto o juzgado por los hombres en absoluto. Es la actitud del alma frente a Dios... y puede tomar una forma muy activa, firme e incluso ardorosa en el trato con los hombres. No debe confundirse con timidez o nerviosismo. No es falta de osadía, ni desconcierto, ni indecisión, ni conciencia de sí misma; no es sentirse ansiosa, ni es buscar los asientos traseros, ni presentar hombros caídos y cabeza baja. El alma humilde no es autosuficiente en una forma orgullosa y estoica, ni está segura de sí misma al estilo público del fariseo. La humildad nunca se podrá obtener imitando al humilde o mortificando la carne. La devoción no es humildad, aunque la humildad es devota. Sólo se puede adquirir sometiéndose a la cruz, que elimina la culpa con que se envuelve el mundo preocupado por el ‘yo’.”

“La humildad acompañada por la paciencia es una suprema confesión de fe. No debemos pensar que la paciencia es sólo una forma de soportar los problemas; también es una forma de hacer el trabajo, especialmente para encontrar el verdadero secreto de no realizar demasiado trabajo. Es una forma de tratar con el éxito. No significa renunciar a la voluntad y volverse descuidado; por el contrario, es un acto de voluntad, es un signo de madurez. No se trata de una mera aceptación o indiferencia –la cual a menudo acompaña a la desesperación y no a la fe. Es una forma de energía, incluso cuando limita la energía. Es la expresión cristiana de la valentía, la cual a menudo tiene el valor de que se le llame cobardía. Es la forma de energía que convierte el sufrimiento, e incluso la impotencia, en acción...”

“No es muy a menudo, comparativamente, que los escritores del Nuevo Testamento ponen a Cristo como nuestro ejemplo. Pero cuando lo hacen, casi siempre lo hacen en relación con Su humildad y paciencia, y con Su amor que se olvida de sí mismo. Son Su espíritu, fe y amor los que son nuestro ejemplo; no Su conducta ni Su forma de vida.”

“La humildad es el marco de una mente perfecta que sólo se puede obtener por medio de la fe. No se trata de un espíritu triste o deprimido, ni de un sonoro desprecio de sí mismo. Reposa en un sentimiento profundo del indescriptible don de Dios; en una sensación interior de que nuestro pecado está siendo conquistado por Dios; en una profunda visión de la cruz, como el poder que ganó esa victoria. La humildad no puede existir cuando el valor de la cruz es olvidado y ésta se convierte sólo en una glorificación del sacrificio propio, en lugar de ser el medio para la expiación del pecado. Una fe que no se basa en la expiación perderá su humildad. Esto ha sucedido a muchos cristianos en la actualidad, y por la misma razón, gran parte de nuestra adoración ha perdido la reverencia.”

“Llegar a ser verdaderamente humilde es muy difícil, a menos que para evitar que hagamos de nuestro ‘yo’ el centro y la medida de todo, estemos real e íntimamente quebrantados con Cristo en la cruz. Esto sucede incluso con nuestras buenas obras. Podemos escapar del egoísmo, pero es difícil escapar del sutil egotismo, al que parece no ser muy justo llamarlo egoísmo. Nuestro autocontrol necesita ser conquistado. En muchos aspectos éste es útil, pero la habilidad de conquistarnos a nosotros mismos sólo la obtendremos cuando Dios complete Su obra en nuestros corazones. Y eso sólo es posible mediante la cruz, que es la única manera de expiar el pecado.”

–*Perfección cristiana*

Tal como el arroyo encuentra un lecho que está en lo bajo,
Así Jesús camina con el puro y santo;
Echa fuera tu orgullo, y con contrición de corazón,
Humíllate para caminar con Dios.

–J. Oatman

Pero hay algo acerca de la más profunda humildad, que hace a los hombres audaces, porque la obediencia total es la que se olvida de sí misma. Ya no más vacilar, barajar o disculparnos... Porque la autorrenuncia significa posesión de Dios, ser poseídos por Dios. De la total humildad y de la autorrenuncia procede ese trueno de los profetas: “Así dice el Señor.” –Thomas Kelly en *Un testamento de devoción*

La Escuela de la Humildad

Y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios. (Miqueas 6:8)

GERHARD Tersteegen, contemporáneo de Zinzerdorf, Wesley y Whitefield, fue un místico y evangelista alemán. A través de mucha soledad en la presencia de Dios, fue grandemente bendecido con muchos secretos del Señor. Sin que hiciera esfuerzo alguno, los hambrientos llegaban a buscarle en su reclusión para devorar sus palabras, cantar sus himnos y caminar en los caminos del Señor. Los siguientes extractos de sus cartas y diarios nos muestran uno de los secretos que aprendió:

“Mientras más pobres, humildes y destituidos seamos, con mayor y total libertad podremos unirnos con Dios y Sus hijos, y más capaces seremos de disfrutar del favor divino. Una vez fue susurrado en mi corazón: ‘Ven como un infante desnudo, y entonces te recibiré en mi seno.’ El amor a nosotros mismos nos hace temer la mortificación y la privación, y nos las presenta bajo una luz deprimente. Pero lo contrario es la verdad, porque tan pronto como nos sometamos gozosamente a ellas, encontraremos que son agradables y beneficiosas. Si rehusamos admitirlas producirán tristeza de corazón y de rostro, y a menudo ocasionarán muchos sufrimientos. ‘Cristo se humilló a sí mismo’ (Fil 2). Nosotros no podemos humillarnos a nosotros mismos, pero debemos permitir que otros nos humillen. Cristo nos humilla con Su guianza y por Su Espíritu, y así nos hace aceptables a Dios en Él y a través de Él. Esto debiera ser un gran consuelo incluso para los más miserables; porque sólo necesitan aproximarse como tales, para recibir de Dios toda la gracia y virtud que necesitan.”

“¡Oh, Dios! Tú ves que yo reconozco que soy tan pobre, débil e indefenso como un niño pequeño. Permíteme regocijarme siempre cuando otros sepan que soy así, y que por ello no me tomen en cuenta. Pero a pesar de que soy así como tus ojos me ven, tú me has permitido amarte, aunque mucho menos de lo que debiera, e infinitamente menos de lo que tú mereces. Pero tengo esta confianza: que en tu luz yo te he conocido a ti y a tu verdad, y te he contemplado, y he puesto todo mi contentamiento solamente en ti.”

“¡Cuán maravillosos, cuán insondables son los caminos de Dios! ¡Cuán diferentes a nuestras expectativas! Más pronto que lo que pensamos en retener un poco el aliento, estamos siendo buscados de

nuevo por Él. Nunca dejamos de perder, hasta que llegamos a ser tan pobres que ya no tenemos nada más que perder, y nunca dejamos de estar avergonzados, hasta que no nos atrevemos a vernos más a nosotros mismos. ¡Sólo perseveremos en el nombre de Dios! ¡Que sólo Él sea exaltado, glorificado y agradado, para que olvidándonos totalmente de nosotros, podamos entrar en Su felicidad, Su reposo, y Su gozo! Eventualmente nosotros debemos llegar a tener la misma inocente confianza que tiene un bebé en la cuna. Esto nos hace consentir alegremente, adorar profundamente y decir abiertamente: ‘El Señor es bueno y lleno de gracia; todos sus caminos son misericordia y verdad’, sin examinar en qué se funda tal expresión. Incluso teniendo completa conciencia de nuestra total pobreza y desolación, no podemos evitar desear que todas las almas sean igualmente pobres. Oh, qué esporádicamente tenemos oportunidad de encontrarnos con aquellos que son enteramente de Dios, pero ¡cuán felices son esos personajes! El Señor gozosamente llega a ser su porción, su tesoro, su todo.”

“No esperes nada de ti mismo, pero espéralo todo de la bondad de Dios, quien está tan cerca de ti interiormente.”

¿Dónde está la escuela para cada uno y para todos,
Donde los hombres llegan a ser como pequeños niños,
Y los pequeños son grandes;
Donde el amor es toda la tarea y la norma,
Donde la cuota es dar nuestro todo y donde todos
Son pequeños, pobres, de bajo nivel?
¿Dónde puedo desaprender todas las cosas que aprendí
De mi propio “yo” y
Dónde la ayuda de todos puedo dejar
Y sólo a un Amo oír y ver?
Yo aprendo y hago sólo una cosa,
Y completo me entrego a Uno
Que se da a sí mismo a mí.

–Tersteegen

Pobreza de Espíritu

Porque Jehová tiene contentamiento en su pueblo; hermoseará a los humildes con la salvación. (Sal 149:4)

JOHN Fletcher, vicario de Madeley, aunque pertenecía a la Iglesia de Inglaterra, encontró que su corazón estaba ligado a los metodistas, a quienes debía la luz que lo había llevado a la salvación. John Wesley admiraba a este hombre humilde que había escogido una posición baja en la iglesia de una ignorada aldea minera en el norte de Inglaterra, y lo consideraba como uno de los hombres más piadosos que conocía. Wesley intentó convencerlo de que aceptara el pastorado general del rebaño metodista, pero John Fletcher no se decidió, y cuando murió, a los cincuenta y cinco años, el asunto quedó fuera de las manos de los hombres.

Su talento era considerable, como puede comprobarse al leer su obra: *Refutando el antinomianismo*. Desde su prestigioso hogar ancestral podía verse el Lago Constanza en los Alpes suizos. Como sus ancestros habían sido militares, se pensaba que él continuaría con la tradición familiar, pero una impactante providencia lo ayudó a decidir otra cosa. Como resultado, el mundo cristiano se vio enriquecido con su vida santa y con las muchas obras que salieron de su pluma.

John Fletcher no compartía los puntos de vista que otros tenían acerca de su santidad, y pasaba noches enteras postrado en el suelo suplicando a Dios que sometiera al hombre fuerte dentro de él y lo mantuviera manso y humilde. En una carta a Charles Wesley se lamentaba de su deficiencia: “Hace unos días el Señor me dio dos o tres lecciones sobre el tema de la pobreza de espíritu, pero ¡es increíble cómo me había olvidado de ellas! Yo pude ver y sentir que estaba completamente vacío de sabiduría y virtud. Estaba avergonzado de mí mismo, y pude decir con un profundo sentimiento que no puedo describir: ‘Yo no hago nada, no tengo nada, no soy nada; yo me arrastro en el polvo.’ Pude entonces decir lo que Gregory López decía en todo momento: ‘No existe un hombre del cual yo tenga peor opinión que de mí mismo.’ Si me pusiera bajo los pies del más atroz pecador, reconocería que es un santo comparado conmigo.”

“Si alguna vez soy humilde y paciente, si alguna vez disfruto de una profunda paz mental, es en ese mismo espíritu. ¡Ah! Yo realmente no puedo encontrar esas virtudes, porque estoy lleno de confianza en

mí mismo y estoy poseído por la autoestima, la cual me ciega y me impide hacer justicia a mis propias deficiencias. ¡Oh!, ora para que el espíritu de Jesús remueva estas escamas de mis ojos para siempre, y me impulse a ocultarme dentro de mi propia nada.”

Después de su muerte, Mary, su amada esposa, descubrió una medalla que se le había concedido, y de la cual él nunca había hablado. El Rey de Inglaterra se había impresionado tanto con uno de sus panfletos, que le ofreció un lugar prominente en la Iglesia de Inglaterra. “Yo no deseo nada que no sea más gracia”, fue la respuesta característica de Fletcher.

Henry Venn relata que a través de sus reuniones con el Sr. Fletcher pudo confirmar la sinceridad de su humildad, y su espontáneo desprecio a los reconocimientos personales. Él dice: “Cuando yo le agradecí por dos sermones que él había predicado un día a mi congregación en Huddersfield, me respondió como nadie lo había hecho antes. Con los ojos y las manos levantadas, exclamó: ‘Perdón, perdón, perdón, Oh mi Dios’. Sus palabras me llegaron al alma. Gracia abundante estaba sobre este siervo de Cristo.”

¡Señor, tú impartes la gracia!
Pobre de espíritu, manso de corazón,
Como mi Maestro seré,
Enraizado en humildad.

Ahora, amado Señor, porque te conozco a tí,
Nada más buscaré aquí,
A nada grande o alto apuntaré
Humilde en anhelo y en corazón seré.
—Autor Desconocido

Dependencia Continua

Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. (Jn 15:4)

GEORGE Bowen era un hombre muy talentoso que fue a la India como misionero y residió allí por muchos, muchos años, rehusándose a regresar a Inglaterra para disfrutar de un tiempo de descanso. Él se atrevió a desafiar las costumbres adoptadas por otros misioneros, viviendo de una manera sencilla y dependiendo de Dios para su guianza y provisión. Él aprendió muchos secretos del Señor. Aquí compartimos uno de ellos:

“Los cristianos a menudo se equivocan al estimar los frutos. El éxito está muchas veces latente y poco a poco va saliendo a luz, mientras que lo que es más rápido y llamativo puede finalmente llegar a ser lo opuesto del éxito. Quien sinceramente se incline por dar mucho fruto para Cristo, reposará satisfecho solamente en esta concepción: que el fruto es el favor de Dios. ¿Estoy haciendo lo que tiene la aprobación del Todopoderoso, que es quien dispone de todo? Si es así, entonces estoy produciendo el mejor fruto posible. Y éste aparecerá en Su mejor momento, aunque sea dentro de mil años.”

“Un hombre insiste en ver su fruto, y Dios le concede lo que pide y le permite tener lo que busca; entonces verá prosperar la obra de sus manos, pero tristemente ésta no durará, y al final se va a encontrar con la amargura de la decepción. Otro sólo pide una cosa: poder agradar en todo a Aquél que lo ha llamado a ser Su siervo. Éste está dispuesto a esperar en aparente esterilidad hasta que Dios dé la abundancia. Él sabe que Dios es el autor de todo fruto verdadero, y que tiene el absoluto control de todos los recursos, y que con un movimiento de Su mano puede realizar la renovación del mundo. Así que pone su semilla en la mano de Dios, seguro de que en el mejor momento verá la más abundante de las cosechas. Habitemos en Cristo, sumerjámonos en Él, seamos encontrados en Él. ‘Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto.’”

“‘Sin mí (o aparte de mí) no podéis hacer nada’ –nada en cuanto a producir fruto para Cristo. Lo que hacemos fuera de Cristo, sin una consciente dependencia de Él, sin un deseo de agradarlo, lo hacemos sin Su aprobación. No es Su voluntad que hagamos algo sin Él; por lo tanto, cuando hacemos algo sin Él, lo estaremos haciendo

en contra de Su voluntad. Incluso en asuntos como encontrar un pollino para que el Señor lo montara, era necesario que los discípulos dependieran de Cristo.”

El Obispo Lightfoot hace una observación similar: “Cuando buscamos obtener resultados visibles inmediatos, es bueno recordar que el precio de la prisa es la breve duración; que cualquier cosa que madura antes de tiempo se marchita antes de tiempo; y que en toda la obra de Dios hay una completa ausencia de prisa... Es cierto que la palabra corría rápidamente, pero era la palabra de Aquél cuya vida terrenal había transcurrido en una oscura aldea de Galilea, nunca apurándose, nunca precipitándose, esperando el momento pacientemente hasta que Su hora llegara. ¡Cuán claramente es una figura del progreso de la Iglesia la levadura escondida en una medida de harina! Qué período tan agobiante debe haber sido para los fieles de los primeros días, cuando la Iglesia primitiva se abría camino, en el sentido literal de la palabra, bajo tierra, bajo campamentos y palacios, bajo el Senado y el Foro, como desconocida pero bien conocida, como moribunda pero con vida.”

De uno de los mejores comentaristas, Frederick Godet, tenemos este comentario: “El hombre no fue creado con la capacidad de alcanzar su meta obteniendo la fuerza requerida a partir de sus propios recursos. Solamente puede intentar hacerlo a través de una continua comunicación con Dios. Ahora, tan pronto como se da cabida a la intromisión de un poder maligno, esta comunicación es interrumpida; Él ya no la solicita ni la recibe. El retroceso sustituye, entonces, al progreso. Como una planta arrancada de su suelo natural, el hombre se debilita y muere, en lugar de crecer y producir fruto.”

Limitado – Ilimitado

La altivez de los ojos del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada; y Jehová solo será exaltado en aquel día. Porque día de Jehová de los ejércitos vendrá sobre todo soberbio y altivo, sobre todo enaltecido, y será abatido. (Is 2:11,12)

HAY dos señales que caracterizan la capacidad de nuestra naturaleza humana, y gobiernan la estructura de la vida:

1. Somos limitados.
2. Dependemos totalmente de Dios. No tenemos independencia alguna fuera de Él. Él nunca da Su poder (en el griego –“exhousia” y “dunamis”) a nadie. Él solamente lo prestó a Adán.

En la creación, Dios hizo al hombre limitado y dependiente –dos características principales del ser humano. *El hombre depende de Dios*, porque no tiene vida en sí mismo; es un ser creado, y está limitado a moverse dentro del área de la esfera de los límites naturales. De la naturaleza humana, Dios dijo: “La haré dependiente y limitada. Haré al hombre dependiente para que no pueda hacer nada por sí mismo; pero en la medida que vaya dándole vida y fuerza, y mi voluntad le sea revelada, él tomará su voluntad y la sujetará a la mía, y trabajaremos juntos.”

Nada se originó en el hombre. De Dios se originaron todos los planes; Adán tendría que ejecutarlos como un hombre limitado y dependiente.

Jesús fue un instrumento completamente consagrado en las manos de Su Padre para desplegar la gracia y el poder de Dios. “El que me ha visto a mí ha visto al Padre. Yo no hago nada por mi cuenta. Las palabras que yo hablo (el mensaje) son de Dios; el poder que yo tengo es de Dios. Yo soy el postrer Adán. Yo estoy obrando, pero no hay independencia en mí, ni en ningún miembro de la Trinidad.”

Concerniente al Espíritu, Jesús dice: “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad y os hará saber las cosas que habrán de venir; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere.” Él dijo que el Espíritu no hablaría por su propia cuenta; no dijo “Él no hablará de sí mismo.” Él habla de Él mismo en Su ministerio cientos de veces, pero nunca habla por su propia cuenta. “Él hablará todo lo que oyere y os lo hará saber.” ¿Por qué? Para guardar

la extraña y dramática unidad en todo el esquema: el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo.

Me gusta como Él cede y se rinde totalmente. ¡Eso me deja pasmado! ¡Mientras más lo veo, más me maravillo de Cristo; el personaje más impactante que jamás haya caminado en este mundo; la personalidad más sublime que jamás haya tocado la tierra! (Juan 14:1-11)

Nosotros no estamos en un día de campo, estamos en medio de una guerra. Estamos involucrados en una batalla. Estamos pasando por el tremendo proceso de ser liberados y conformados. Dios está tratando con nosotros en forma drástica; a veces con mucha severidad, y otras con mucha ternura. Él quiere liberarnos; llevarnos al lugar donde pertenecemos, con nuestra visión puesta donde debe estar; y enseñarnos cómo caminar con Él en el Espíritu.

La disciplina que debemos recibir de Dios toma toda una vida. Es bueno que no hayamos podido ver mucho de ella antes; Él no podía confiarnos que la viéramos. Si yo hubiera sabido por lo que iba a pasar en los últimos veinticinco años, no sé si hubiera tenido el valor de enfrentarlo. –John Wright Follette (Usado con permiso)

Yo soy una llama surgida del fuego celestial;
Yo llevo un nombre: Insaciable Deseo.
Yo llevo en el corazón una imagen totalmente divina,
Más allá del arte humano, no trazada por mano mortal.
Yo escucho el llamado de Dios a probar Su poder celestial:
Yo entrego mi todo para quemar cada hora de mi vida.
Así que déjame quemarme por medio de cadenas que me aten;
Así aprenderé como encontrar la libertad.
Regresaré al fuego eterno del Amor
Allí quemaré un deseo satisfecho.

–John Wright Follette

Ser Como Niño

Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos. (Mt 19:14)

A menudo pensamos, hablamos y oímos acerca de ser redimidos y de continuar creciendo cada vez más en Cristo, lo cual es apropiado; pero no debemos olvidar que también hemos sido salvados para descender más y más, llegando a ser cada vez más pequeños y humildes.

Hace muchos años Dios alzó ante mí Su benévolo y reconciliado rostro, y me dio un lugar en Su reino; pero a ese otro cambio del que habló Cristo, específicamente llegar a ser como un niño pequeño, estoy entrando últimamente en forma más plena que nunca antes. Dios me está llevando hacia abajo, para llegar a ser como un niño. ¡Cuán frecuentemente me doy cuenta de esto en mis oraciones! Me parece regresar a mi bendecida infancia. Tengo la misma sensación de total dependencia y, aun así, de absoluta seguridad; siento el mismo olvido de todo lo que es pecaminoso y no santo, para sólo estar consciente de las cosas que son puras. Me parece sentir la forma en que Jesús tomaba a los niños pequeños en Sus brazos y los bendecía. Recuerdo que cuando yo era pequeño leía ese pasaje una y otra vez, deseando haber pertenecido a ese grupo de niños para que Jesús me tomara en Sus brazos y me bendijera. Pero desde entonces he sabido muchas veces que ese mismo Jesús todavía toma a los niños pequeños entre Sus brazos y los bendice.

La niñez espiritual es mejor que la niñez natural, porque combina todo lo que es bueno en el corazón de un niño, con lo que es valioso en ese mismo corazón cuando madura. La confianza puede ser más fuerte y perfecta, y la pureza más pura, lo cual es mucho más que la inocencia derivada de la ignorancia. —Alfred Cookman

Los niños a menudo pueden sostener entre sus débiles manos, una verdad que en la vida adulta no podemos comprender. —John Ruskin

La naturaleza de un pequeño niño;
Yo no podía comprender
Cómo tal naturaleza podría
Llegar a ser parte de mí.

El orgullo de los años nunca dejaría
A mi Salvador en el trono,
Pues me coronó rey de mi vida, y me
Puso a reinar sólo a mí.

Ese orgullo, oh, qué horrenda cosa,
Me impedía inclinarme más abajo,
Así que por la puerta del reino yo,
Simplemente no podía pasar...

Entonces, ¡oh la maravilla de ese día!
Supe lo que debía hacer;
Y dije: “Señor Jesús, yo me bajo
Y te doy el trono a ti.”

Y así, cuando por fe obedecí,
Un milagro de gracia
Dentro de este altivo corazón mío,
En ese momento ocurrió...

Ahora, ¿podría, me atrevería, trataría
Una vez más la puerta del Reino encontrar?
Yo lo anhelaba, pero parecía tan baja,
Tan cercana al suelo estar.

Pero al llamarme esa mano perforada
Que mi pecado removió,
Sobre mis rodillas, ahora débil y pequeño,
Como un niño, yo entré...

Y así, disminuido como estoy,
Despojado de todo, pero no de la gracia,
Como un pequeño niño confiado viviré,
Y Su rostro mirar siempre podré...

–Trudy Tait

¿Profundo o Infantil?

¿Quién es el mayor en el reino de los cielos? Y llamando Jesús a un niño... y dijo: ... os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. (Mt 18:1-3)

SOMOS una generación de cristianos cansados y exigentes, somos expertos en todo pero no somos ejemplos de nada. Sabemos demasiado; hemos oído a todos los predicadores y leído todos los libros, pero es difícil convertirse en estos días y poder llegar a ser como niños pequeños. Deseamos ser brillantes filósofos y eruditos— pero ¿ser como niños? ¡Jamás! Alguien podría pensar que no somos muy inteligentes. Así que perdemos la oportunidad de recibir los secretos que Dios ha escondido a los sabios y prudentes para revelarlas a los niños. A pesar de que no muchos sabios, poderosos o nobles han sido llamados, nosotros seguimos tratando de ser sabios, poderosos y nobles.

Es posible, por supuesto, que un hombre rico entre en el reino, y que un hombre culto se vuelva como un niño, pero no muchos lo hacen. Cuán a menudo se ve entre los santos a un alma sencilla aprender las cosas más profundas de Dios y presionar por obtener lo mejor del Cielo, ¡mientras los teólogos no las reciben! Sabemos demasiado.

—Vance Havner

Como dice Vinet, el paso del conocimiento a la posesión, de creencia a vida, nuestro Señor lo ha representado mediante una figura que es muy curiosa a primera vista: regresar de la edad madura a la niñez. “Os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.” Y la bella y profunda verdad escondida tras esta paradoja es que no sólo el espíritu de niñez y de madurez no son inconsistentes el uno con el otro, sino que su unión es esencial para obtener el estado espiritual más alto. El alma humana nunca es tan grande como cuando se humilla con la mansedumbre de un niño para convertirse en un aprendiz a los pies de la divina sabiduría.

—Hugh Macmillan

El relevante escritor Oswald Chambers ha dicho: “Tenga cuidado con querer adoptar una postura de persona importante; Dios se hizo bebé.”

Los discípulos se medían a sí mismos por su madurez; Jesús les enseñó a medirse por su semejanza a un niño. –Joseph Parker

Notemos que Jesús menciona específicamente *niños pequeños*, y no solamente *niños*. El Salvador sabía que el niño *pequeño* es el que tiene la mejor capacidad para aceptar a los demás exactamente como son, sin desplegar de su parte superioridad, orgullo, vergüenza o resentimiento hacia ellos, porque el niño *pequeño* ha aprendido a aceptarse a sí mismo precisamente en esos términos. Siendo pequeño, él ha tenido que modificar las metas, empresas y capacidades de los mayores; y siendo él mismo, realmente está viviendo una forma de vida más plena que la que viven los mayores. –Profesor R. K. Harrison

Ya que, Señor, sólo a través de
Un angosto camino y una pequeña puerta
Podemos llegar a ti,
Tú me tomaste en mi infancia, y pusiste
Esa fe en mí.

Oh, déjame ahora pensar como un niño
De mí y de ti:
Déjame ser flexible y sensible a tu voluntad,
Pequeño a mis ojos; afable con los demás,
Excepto al confrontar el mal.
–George Herbert

La Hermosa Presencia se esconde más en los niños pequeños que en las personas adultas. Es maravilloso a nuestros ojos, ver que donde no hay poder físico ni poder racional, *allí* el Dios de todo poder tendrá mayor razón para estar. Pero así es: “De la boca de los niños y de los que maman has fundado la fortaleza a causa de tus enemigos, para hacer callar al enemigo y al vengativo.” –John Pulsford en *Pensamientos tranquilos*

Adquiera Mansedumbre

Y aquel varón Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra. (Nu 12:3)

Buscad mansedumbre; quizá seréis guardados en el día del enojo de Jehová. (Sof 2:3)

DEFINITIVAMENTE Moisés no empezó siendo un hombre manso. La verdad es que ningún hombre verdaderamente manso empezó siendo así. No es verdadera mansedumbre la que se encuentra en un hombre en los inicios de su vida. Puede ser indolencia, puede ser suavidad, puede ser tolerancia, puede ser indiferencia, puede ser estrategia y cálculo, puede ser insensibilidad de corazón, puede ser pasividad, pero no puede ser verdadera mansedumbre. La mansedumbre no es verdadera hasta que ha sido plantada, regada, podada, purificada, golpeada por cada viento de Dios, y despedazada por cada espada de Dios, y ha llegado a estar engastada y profundamente incrustada en la delicadeza, mansedumbre y ternura del Espíritu de Dios y del Hijo de Dios.

Sería mucho más cercano a la verdad decir que, para empezar, Moisés era el más precipitado, más iracundo, menos manso y menos paciente de todos los hombres. Se requería de una sola palabra para que perdiera completamente los estribos... No; la mansedumbre no era propia de su carácter o temperamento, tampoco la había adquirido al empezar a caminar en santidad y virtud. Moisés tendría por lo menos unos setenta años, cuando la Biblia dejó registrado que él era el hombre más manso de la tierra.

—Alexander Whyte en *Personajes bíblicos*

Nunca se permita responder cuando le culpen de algo. Nunca se defienda. Permita que lo reprendan, en privado o en público, tanto como quieran. Que el justo le castigue será un favor; que le reprenda será un excelente bálsamo que no le herirá la cabeza.

“Es una marca de la más profunda y verdadera humildad”, dice un gran santo, “el vernos condenados sin causa alguna y quedarnos callados. Permanecer en silencio ante el insulto y la injusticia en nuestra contra, es una muy noble imitación de nuestro Señor. Oh, Señor mío, cuando recuerdo las muchas formas en que sufriste sin merecerlo de manera alguna, no comprendo en dónde están mis sentidos cuando a toda prisa me defiendo y busco excusas.”

“¿Cómo es posible que yo desee que alguien diga o piense algo bueno de mí, cuando tantas cosas malas fueron dichas y pensadas de ti! ¿Qué importancia tiene ser culpados por todos los hombres, si finalmente permanecemos de pie sin culpa delante de ti?”

—Alexander Whyte

Henry Bett comenta en un periódico que el Dr. Whyte actuaba exactamente conforme al consejo que daba a otros cuando él mismo era reprendido. “Algunos evangelistas del tipo más ignorante e intolerante estaban teniendo reuniones en Edimburgo. Alguien que había asistido a esas reuniones comentó al Dr. Whyte que uno de los misioneros había dicho que el Dr. J. Hood Wilson ‘no era un hombre convertido’.”

“El Dr. Whyte estaba tremendamente indignado. ‘¡Qué villanos!’ dijo, ‘¿cómo pueden decir eso de un hombre como el Dr. Hood Wilson!’ Entonces el informante continuó: ‘Y ellos dijeron que tampoco usted es un hombre convertido.’ El Dr. Whyte se quedó callado por un momento. Después dijo: ‘Déjame solo, amigo mío, debo escudriñar mi corazón.’ Esta es una ilustración perfecta del espíritu de genuina humildad. Él se enojó, y con razón, al escuchar que se había dicho algo desagradable y falso de otra persona, pero cuando lo mismo se dijo de él, no se resintió sino buscó en su corazón para determinar si había alguna verdad en lo que se había dicho de él.”

“No es de extrañar que el Dr. James Denny le haya rendido tributo al Dr. Whyte en una de sus cartas, cuando dijo que el Dr. Smellie era el hombre más humilde que conocía, ‘con excepción del Dr. Whyte’. Esta reflexión es un testimonio excelente —el Dr. Whyte no fue comparado con nadie; él quedó aparte...”

La Verdadera Nobleza

Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. (Mt 11:29)

ESTOY seguro de que existen muchos cristianos que confesarán que su experiencia ha sido muy parecida a la mía en esto: que conocimos al Señor por largo tiempo sin darnos cuenta de que la humildad y la mansedumbre de corazón tienen que ser un rasgo característico del discípulo, como lo fue del Maestro. Y es más; esa humildad no es algo que vendrá de manera espontánea, sino que debe llegar a ser objeto de especial deseo, oración, fe y práctica.

El llamado a la humildad casi no se ha enfatizado en la Iglesia, porque su verdadera naturaleza e importancia muy a menudo no han sido entendidas. No es algo que nosotros llevemos a Dios, o que Él nos regale; es simplemente ese sentimiento de total “nada”, que viene a nosotros cuando vemos que verdaderamente Dios lo es todo, y entonces permitimos que Dios lo sea todo. Cuando la criatura se da cuenta de que esta es la verdadera grandeza, y consiente en ser —con su voluntad, su mente y sus afectos— la vasija en la que la vida y la gloria de Dios trabajen y se manifiesten, comprende que la humildad consiste simplemente en reconocer su verdadera posición como criatura, y dar a Dios el lugar que merece.

En la vida de los cristianos sinceros, de aquellos que persiguen y profesan santidad, la humildad debe ser la principal señal de su rectitud. Pero a menudo esto no es así. ¿Será posible que una de las razones por las que en la enseñanza y ejemplo de la Iglesia nunca se le ha dado a la humildad el lugar de suprema importancia que le pertenece y se haya descuidado la verdad de que aunque el pecado es un poderoso motivo para permanecer humildes, existe una razón aún más grande y poderosa? Esa razón que hace a los ángeles, que hace a Jesús, que hace a los santos más santos en el cielo ser tan humildes, es que la primera y principal característica del hombre como ser creado, y el secreto de su bendición, es la humildad y el reconocimiento de su “nada”, lo cual deja libre a Dios para serlo todo. —Andrew Murray

El hombre que se eleva con sabiduría terrenal,
Es un necio a la vista de Dios;
Pero quien es más dotado en la verdad celestial,
En la escuela de Cristo se sienta más bajo.

Al espíritu manso Dios ha consagrado
Como el lugar de Su reposo;
Y junto a tiendas de algunos patriarcas los ángeles han esperado,
Mientras que a los reyes tales huéspedes no se han acercado.

El rocío que nunca humedece una montaña de duro granito,
Cae libremente en los valles;
Brillante verdor rodea la pequeña fuente del desierto,
Pero la estéril arena del desierto es bordeada por el mar.

El incensario movido por la orgullosa mano del mérito,
Humea con un fuego aborrecible;
Pero las dos pequeñas monedas de fe encubiertas,
Heredan una bendición del Señor.

—Autor Desconocido

Nos toma toda la vida aprender estas dos cosas —ser mansos y humildes. —Autor Desconocido

La circuncisión era un sello que diferenciaba al judío del resto de la humanidad. ¿Cuál es el sello correspondiente que diferencia nuestra vida cristiana delante de los hombres? ¿Es la caridad? ¿la sabiduría? ¿la sinceridad? ¿el celo? Otros hombres tienen todo eso. Ninguna de esas cosas es exclusiva del pueblo de Dios; pero hay una que sí lo es. ¡Es una marcada ausencia de confianza en sí mismo! Lo que distingue a los que son de Dios es que su confianza en la carne es destruida para ponerla en Dios. Yo he conocido cristianos que están tan seguros de que conocen la voluntad de Dios, que no consideran ni por un momento que puedan estar equivocados. Les digo que ellos aún carecen del signo supremo de la “circuncisión” espiritual, es decir, la desconfianza en la carne. El hombre espiritual camina humildemente, siempre consciente de que puede estar equivocado. Él acepta con gusto la bendición apócrifa: ¡Bienaventurados son aquellos que se dan cuenta de que pueden estar equivocados!

—Watchman Nee en *Una mesa en el desierto*

Domados Por Dios

Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad. (Mt 5:5)

J. B. Phillips traduce el verso anterior así: “Felices son los que no reclaman nada, porque toda la tierra les pertenece.” La palabra griega para mansedumbre es *proatoes*, la cual no sugiere debilidad o afabilidad sino gran poder bajo control.

Yo creo que tuve el mejor ejemplo de esto al observar el cambio de guardia frente al Palacio de Buckingham en Londres. La Guardia Montada está formada por magníficos caballos entrenados, cuyas ansiosas fosas nasales y tensos músculos muestran gran despliegue de fuerza y energía. A menudo mueven las patas como si estuvieran marcando el tiempo. De vez en cuando el caballo se mueve un poco hacia delante, pero el jinete lo detiene con el freno. Puede incluso dar una vuelta completa en círculo para regresarlo a su posición anterior. El caballo siempre tiene deseos de avanzar, pero debe esperar la orden de su amo.

Quizás hemos visto una demostración similar de mansedumbre al observar a un policía montado a quien rodean por todos lados excitadas multitudes. El magnífico caballo, aunque expone su tremendo potencial de movimiento, es frenado y permanece firme mientras las multitudes se apiñan a su alrededor.

La Biblia, por supuesto, tiene mucho que decirnos acerca de la verdadera mansedumbre. Moisés es el ejemplo más grande de un hombre manso. Teniendo muchos deseos de liberar a su pueblo, se libra del freno y causa daño. Pero aprende su lección, y es lo suficientemente manso como para esperar el tiempo perfecto de Dios en las profundidades del desierto, no cuidando ni siquiera sus propias ovejas, sino las de su suegro.

Es cuanto nos quitamos el freno y nos movemos fuera del tiempo de los propósitos eternos de Dios, que cometemos la mayoría de nuestros errores. James Caughey observó esto en relación con los matrimonios de algunos de sus amigos en el ministerio. No era que hubieran cometido un error al casarse con la mujer que habían elegido, sino al no haberlo hecho en el tiempo de Dios.

Muchos misioneros, impacientes por la aparente lentitud de Dios, también se mueven fuera del tiempo del plan divino. Llegando al

campo misionero antes del tiempo de Dios, no pudieron aprender las valiosas lecciones que Él tenía para prepararlos para un ministerio que iba a estar repleto de dificultades. Así mismo, las reprensiones que era necesario hacer en el tiempo de Dios, a menudo se hacen en el tiempo del hombre y han mostrado no ser efectivas. Incluso la compra de un automóvil o de una casa, o la realización de obras de caridad –todo debe ser hecho en mansedumbre esperando el tiempo apropiado del Señor. “Esperar” es una palabra que la Biblia usa a menudo, porque es vital que aprendamos a hacerlo. –Lillian Harvey

La mansedumbre es un estado de flexibilidad en las manos de Dios, y una actitud de inflexibilidad ante el mal. La palabra manso se usa al referirse a un animal disciplinado. La mansedumbre es autocontrol, y como un poderoso motor, puede pulir una aguja o cortar una barra de hierro. Es el espíritu humano bajo el control del Espíritu de Dios.

Bienaventurados son los que han sido conquistados, los que han encontrado el balance, los que han sido disciplinados, los controlados por Dios, los que son enseñables, los peregrinos que van a la mitad del camino de Dios, los gigantes que por el Espíritu resisten todo mal impulso y ponen en movimiento y controlan toda buena actitud para la gloria de Dios. Porque ellos gobernarán como reyes y reinarán como señores en la regeneración de todas las cosas. –O. Chambers

Los moldeados por Dios –la palabra hebrea
Los domados por Dios –la palabra griega
Los entrenados por Dios –la palabra francesa
Los suavizados por Dios –la palabra alemana
–Edward Angell

La madera del árbol de saúco es la más suave, y aunque puede ser partida, cortada y forjada sin dificultad, la experiencia muestra que no se pudre en el agua. La mayor parte de Venecia se levanta sobre vigas de saúco hundidas en el agua, que forman los cimientos de masivos edificios. Los pilares de la mansedumbre desafiarán todas las tormentas, pruebas, persecuciones e inundaciones de conflictos. –Autor Desconocido

El Servicio Que se Olvida de Sí Mismo

Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban.
(Is 6:2)

POR su misma postura, esos seres angelicales en lugares celestiales muestran la humildad de su adoración. Phillips Brooks hace algunos interesantes comentarios sobre esto: “Una característica del poder consagrado es mostrado con sus alas. En la visión de los serafines, cada serafín cubría con ellas sus pies o, mejor dicho, todo su cuerpo.”

“Esta actitud de olvidarse de sí mismo, es necesaria en toda buena obra, y principalmente en las mejores. Una gran obra aparentemente se realiza por sí sola. Un día el humilde obrero despierta y el trabajo está hecho; él es famoso, y se asombra. Él solamente sabía que había un gran mal que resistir, y que no tenía más remedio que estar en ello. Así que se dirige a la batalla; la fortaleza tiene que ser tomada y el ataque tiene que realizarse, y lo realiza sin pensar en la gloria.”

“La pérdida de la cualidad de olvidarse de sí mismo arruina una buena obra. El gobernador de un Estado decide magnánimamente tomar medidas de beneficio público; entonces obtiene la confianza de la gente, hasta el día en que se percibe que está llevando a cabo su programa para sus propios fines políticos. Si un amigo se acerca para aconsejarme, yo considero su consejo como un precioso bálsamo, sus recomendaciones como prueba de su afecto, hasta que lo arruina todo con el horrible destello de egotismo; él está pensando principalmente en mostrar su propia sabiduría y superioridad.”

“Desaparezca usted si desea que su obra permanezca. Hágalo de la única manera que puede hacerse, esto es, parándose en la presencia de Dios. Este desaparecerse también está representado en la visión de las alas. El ego debe perderse detrás de la actividad del ego. No hay otra manera de dejar de ser obvio, sino perdiéndose a sí mismo en su propia obra. Los hombres no pueden olvidarse de sí mismos en su obra no porque trabajen mucho, sino porque trabajan muy poco.”

“‘Allá estoy yo, sin la inconveniencia de mi yo’, dijo Lacordaire, cuando su hermano monje fue elevado por encima de él.”

Esconde tú a tu siervo, Señor, detrás de tu cruz
Para que por ti mismo, tu belleza pueda aparecer,
Oír tu conmovedora verdad perfora el corazón,
Las pobres palabras humanas sólo pueden dañar.
Habla tú a través del velo desde el cielo a la tierra;
Habla tus preceptos a cada oído que escuchar quiera;
Que la duda se vaya, que la desobediencia derrame
una lágrima;
¡Señor, esconde bien a tu siervo detrás de tu cruz!

Entonces tus testimonios puros abrirás;
Entonces será visto el altar de fuego del cielo brillar;
Con el poder del Espíritu tus palabras vivas serán;
Entonces libremente tu amante ternura fluirá,
Tus tiernas misericordias, doradas, libres de escoria,
¡Si tú escondes a tu mensajero detrás de la cruz!
—Jean Leathers Phillips

Un día, cuando un amigo mío pasaba por una calle de Glasgow, vio a una multitud en la puerta de una tienda, y tuvo curiosidad de ver hacia adentro. Allí vio que se estaba realizando una subasta donde se sostenía en alto una gran pintura para que todos la pudieran ver. Cuando la puso en su posición, permaneció detrás de ella y dijo a la multitud: “Ahora miren esta parte de la pintura... y ahora esta otra parte”, y así sucesivamente, describiendo cada uno de sus detalles. Dijo mi amigo: “Esa es la forma de trabajar para Cristo.” —Andrew Bonar

Es cuando nos olvidamos de nosotros mismos que hacemos cosas que van a ser recordadas. —Eugene P. Bertin

El trabajo en que nos olvidamos de nosotros mismos es trabajo celestial. —Autor Desconocido

El que está buscando reconocimiento es por regla reconocido pronto —y poco apreciado. —T. Rotide

El Servicio Prestado en Secreto

Mas cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto. (Mt 6:3,4)

Entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto. (Mt 6:6)

Unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto. (Mt 6:17,18)

SI pudiéramos nuestro servicio cristiano bajo la luz escrutadora del Espíritu Santo, nos sorprendería encontrar cuánto de ese servicio es impulsado por el deseo de ser altamente estimado por los hombres. ¡Cuántas actividades de la iglesia tienen éxito porque involucran un elemento de competencia en ellas! Sin ese ímpetu, decaería el deseo de tener nuevos miembros o nuevos y suntuosos edificios. Dios está buscando pureza de motivos en nuestro servicio. Él reprende al de doble ánimo, al que sirve a dos amos: a Cristo y a sí mismo.

Todo servicio prestado será recompensado. Si se realiza con el deseo de agradar a la gente ciertamente “tiene su recompensa”. Pero no se debe esperar “la recompensa” del Padre si buscamos la gloria de los hombres. Dios recompensa el servicio prestado en secreto. A diferencia del reino de este mundo, donde hay mucha teatralidad y despliegue delante de los hombres, en el Reino de Dios el servicio se realiza sólo para el Padre.

Cuando el comité central pidió a David Livingstone que enviara las estadísticas de sus convertidos, él no accedió a hacerlo pues sintió que si reportaba cincuenta almas salvadas cuando Su Padre sólo había registrado una, tal estadística no tendría valor alguno. En el siglo veinte existe la misma demanda de estadísticas. Puedo recordar a un cansado y exhausto ministro que había tenido que apresurar su servicio de la mañana para poder mandar las estadísticas de asistencia y ofrendas a la sede de su denominación. La competencia con otra iglesia estaba siendo usada para motivarlo.

El servicio que es secreto es malentendido porque no tiene una gloria presente y externa. Eso prueba la fe de quien lo presta. Este servicio que se presta en secreto requiere tres cosas: fe en una Persona invisible, motivos puros, y una recompensa que es para el futuro y no para *ahora*.

La alabanza que viene de los hombres es efímera; la recompensa del servicio prestado en secreto tiene una duración eterna. ¿Cómo puede ser probada nuestra fe si el hombre que puede ser visto es más prominente a nuestros ojos que el Dios invisible? Nuestra fe es profundamente probada cuando vemos a otros cristianos tener éxito por métodos aprobados por el mundo religioso. Sus estadísticas son publicadas. Los edificios de sus iglesias son magníficos. Nuestros asociados los miran, sin darse cuenta de nuestros esfuerzos secretos y preguntan: ¿Qué estará haciendo él? Muchos de los que hemos intentado vivir de acuerdo a los principios del “Sermón del Monte”, sabemos con qué frecuencia se presentan estas pruebas para nuestra fe. Pero Pedro dice: “Para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo.”

Cristo nos dio ejemplo del servicio que se presta en secreto. Después de Su visita a Jerusalén a la edad de doce años, pasó dieciocho años en la oscuridad y sólo tres cortos años en el ministerio activo. Sus propios hermanos desafiaron la manera en que Él prestaba Su servicio. Cuando estaban listos para subir a la fiesta en Jerusalén y Él les dijo que no iba con ellos, objetaron: “Porque ninguno que procura darse a conocer hace algo en *secreto*. Si estas cosas haces, manifiéstate al mundo.” Sus hermanos no creían en Él porque Sus métodos eran muy contrarios a los métodos humanos. La respuesta de Jesús les mostró que Él tenía una constante comunión con el Padre, obteniendo no solamente Sus direcciones, sino Sus palabras, Sus obras, Sus juicios, hasta en relación con el momento de Sus idas y venidas. “Mi tiempo aún no ha llegado, mas vuestro tiempo siempre está presto.” dijo Jesús a Sus hermanos.

La cruz estará presente en el servicio que prestamos en secreto. ¿Estamos listos para ello? –Lillian Harvey

Sin Importar Quien Obtenga el Crédito

*Para que el que siembra goce juntamente con el que siega. Porque en esto es verdadero el dicho: Uno es el que siembra, y otro es el que siega.
(Juan 4:36,37)*

ALGUIEN ha dicho correctamente que habría mucho trabajo que hacer en el mundo, si no importara quien obtiene el reconocimiento. Jesús daba a Su Padre celestial el crédito por Sus convertidos. En Su última oración en el capítulo diecisiete de Juan, Cristo menciona siete veces: “Los que Tú me has dado.”

Robert Murray McCheyne era un piadoso joven ministro que había organizado más de treinta reuniones de oración en su gran parroquia en Perth al norte de Escocia. Consciente del peligro de tomarse el crédito, dijo: “Es nuestra felicidad más verdadera vivir enteramente para la gloria de Cristo –separar al ‘yo’ de la ‘gloria de Cristo’. Constantemente estamos diciendo: ‘¿Qué he hecho?’ ‘¿Fue mi predicación, mi sermón, mi influencia?’”, cuando debiéramos estar preguntando: ‘¿Qué es lo que Dios ha hecho?’”

Él continúa urgiendo a su gente: “Yo los conmino a vestirse de humildad, o serán como una estrella errante para quien está reservada la oscuridad para siempre. Dejen que Cristo crezca y que el hombre disminuya. Esta es mi constante oración para ustedes y para mí.”

Al ser relegado por enfermedad, McCheyne fue dolorosamente probado y escribió: “Pablo preguntó, ‘¿Qué quieres que haga?’ Y se le respondió: ‘Yo le mostraré a él cuánto le es necesario padecer por mi nombre.’ Así puede ser conmigo. Yo he estado demasiado ansioso por hacer cosas grandes. El ansia de obtener alabanza es un pecado que siempre me ha acosado; y ¿qué escuela más apropiada puede encontrarse para mí que la del sufrimiento, lejos de los ojos y oídos del hombre?”

Él estaba siendo preparado para lo que venía, cuando a causa de su mala salud sería enviado por el sínodo de la Iglesia de Escocia con un grupo de otros ministros, a investigar acerca de los judíos en el extranjero. “A veces pienso”, dijo, “que una gran bendición puede venir a mi gente durante mi ausencia. Frecuentemente Dios no nos bendice cuando estamos en medio de nuestra obra, para que no digamos: ‘Mi mano y mi elocuencia lo han hecho.’ Él nos reduce al silencio, y entonces derrama una bendición tan grande, que no hay

ya más lugar para recibirla; para que todos los que la vean exclamen: ‘Es el Señor’.”

Andrew Bonar, biógrafo suyo, dijo: “El Sr. McCheyne buscó seriamente en el Señor a alguien que lo sustituyera en su púlpito durante su ausencia. Él le concedió su deseo enviando al Sr. William C. Burns, hijo del ministro de Kilsyth. En una carta que le envió, aparecen estas notables palabras: “Tú nos has sido dado como un don en respuesta a la oración, y esos dones creo que siempre, sin excepción, son bendecidos. Espero que seas mil veces más bendecido entre ellos que lo que alguna vez yo lo fui. Tal vez hay muchas almas que nunca se habrían salvado bajo mi ministerio, que pueden ser tocadas bajo el tuyo: y Dios ha decidido hacerlo al sustituirme a mí contigo. Su nombre es Maravilloso.”

Y Dios efectivamente envió avivamiento bajo el ministerio de William Burns; el antiguo sembrador había hecho un buen trabajo, y ahora el segador venía a segar el fruto. William Burns, sin embargo, aunque en este caso fue tan poderosamente bendecido como segador, más tarde fue a China donde sembró la semilla por años sin ver el fruto.

En la obra que ningún hombre conozca,
Donde ninguna trompeta de alabanza suene,
Donde no pueda segar el que sembró,
Allí, Señor, permite a mi corazón servirte a ti.
—Autor Desconocido

La mejor parte del trabajo cristiano es esa parte que sólo Dios puede ver. —Autor Desconocido

Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios. Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento. (1 Co 3:6,7)

El Colapso de la Confianza en Sí Mismo

Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue... la mansedumbre. (1 Ti 6:11)

UNA impactante característica del Dr. Maclaren era su profunda humildad”, dice su biógrafo J. Flew. “Alguien ha mencionado su ‘monstruosa timidez’. A mí no me gusta la expresión. Es cierto que él era tímido por naturaleza, tanto que evitaba encontrarse con hombres importantes e influyentes...”

“Nunca, durante su larga vida, dejó de sentir ‘la desagradablemente visible posición en el púlpito’; y sentía que ésta sólo era justificable por la necesidad de que el predicador pudiera ser visto y escuchado. Pero ‘timidez’ no es la palabra que denota ese sensible rechazo a la prominencia, y a muchas cosas más relacionadas con ella. Tampoco es suficiente decir que él estaba enteramente libre de cualquier cosa parecida al egocentrismo, y que ello le impedía hablar de sí mismo y de sus propias acciones. Detrás de todas esas cosas, y de alguna manera la razón de ellas, era que había en él, como he dicho, una humildad profundamente enraizada. Él era mensajero de Dios, su misión era ‘mostrar a Cristo, y a Él crucificado’, y ¿cómo puede un hombre ser agresivo y confiar en sí mismo al hacer esto?”

“Él dijo: ‘Una de las primeras obligaciones de un predicador es esfumarse, el heraldo debe perderse en su mensaje’. Y tuvo tal éxito en hacerlo, que refiriéndose a su predicación, la esposa de un granjero dijo: ‘Yo nunca he oído algo semejante a aquello en oraciones y prédicas; puedo oírlo a él ahora; pero lo extraño del asunto fue que en el momento nunca pensé que se trataba del Sr. Maclaren, a quien todos conocemos y apreciamos’...”

“Cuando se le leyó una carta en la que se hablaba de él como de un guía y maestro, cuyo nombre provocaba sentimientos de gratitud y veneración dondequiera que fuera mencionado, dijo con tono adolorido: ‘¡Oh, detente! Yo no puedo escuchar palabras como esas. Cuando me desperté esta mañana y pensé, me dije a mí mismo: Un pecador salvado por gracia, eso es todo’.”

En uno de sus sermones, “El colapso de la autoconfianza”, Maclaren dijo: “El mundo y la Iglesia tienen puntos de vista antagónicos sobre el valor de la confianza en uno mismo. El mundo dice que ésta es una condición del poder. La Iglesia dice que es la raíz de toda

debilidad. La confianza en sí mismo excluye a un hombre de la ayuda de Dios, apartándolo así de la fuente de poder. Porque si meditamos en ello, veremos que la desconfianza en uno mismo es otro aspecto escondido de la fe en el Nuevo Testamento.”

“Ningún hombre puede confiar en Dios como se debe confiar en Él, si no desconfía de sí mismo como se debe desconfiar de uno mismo. Poner a nivel una montaña es la única manera de hacer pasar el agua por donde ella se erguía. Por mecanismos de compuertas se puede hacer subir un canal hacia la cima de la montaña, pero es imposible hacerlo con un río. De la misma manera, el río de la ayuda de Dios fluye por el valle y busca los niveles más bajos.”

“La fe y el desprecio de sí mismo son el lado superior e inferior de la misma cosa, como lo son algunas telas tejidas artesanalmente, que tienen un patrón de un lado y otro diferente del otro, aunque ambos lados estén tejidos con la misma lana, y sea la misma hebra la que pasa de un lado al otro. Así, la fe y la autodesconfianza son dos nombres para un todo compuesto...”

“Cuando nos aferramos así a Dios, como lo expresa Wesley en su gran himno: ‘Confiado en el desprecio de mí mismo’, entonces podemos decir: ‘Cuando soy débil, entonces soy fuerte’.”

Cristo vivo –y aunque tu camino pueda ser
El camino estrecho de la humildad,
Aquél que primero pasó por ese camino de Dios
Te vestirá a ti con Su dignidad.

–John Oxenham

Ninguna gracia es tan difícil para mí como la humildad. Quiero tener una mente humilde. Oren para que haya en mí mayor sencillez; particularmente sencillez de propósito y humildad de mente –que nunca piense elevadamente de mí. –A. T. Pierson

Sin Tener Vergüenza de Agacharse

Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados... de humildad, de mansedumbre... soportándoos unos a otros. (Col 3:12,13)

ALGUIEN ha dicho: “La muestra de nuestra grandeza es la forma en que tratamos las cosas pequeñas e insignificantes”. Y alguien más hizo esta observación: “El momento de probar a un verdadero caballero, es observándolo cuando está en contacto con individuos de una condición menos afortunada que la suya.”

Stephen Merritt había provisto una comida gratuita a los indigentes que asistían a su misión en Nueva York. Él estaba por salir, cuando al ponerse el sombrero cayeron sobre sus hombros migas de pan y trocitos de tocino. Esto produjo sonoras carcajadas entre los hombres que observaban el disgusto de su benefactor. Subiéndose a una silla, Stephen Merritt reprendió severamente a los hombres por su actuación.

Repentinamente el Espíritu Santo habló al irritado ministro, trayendo a su memoria lo que Cristo había dicho a través de estas inspiradas palabras: “El amor es sufrido, es benigno... no es jactancioso... todo lo soporta.” Como él era un hombre sensible a la dirección del Espíritu Santo, dejó de reprenderlos, y humildemente dijo a los hombres que había entristecido a su Señor. Los invitó a regresar la próxima noche por otra comida gratuita, y la respuesta de los hombres fue más grande de lo que hubiera podido pensar. Cuarenta de ellos fueron tocados por su humilde disculpa, y abrieron su corazón al Salvador.

Robert Louis Stevenson había hablado duramente a uno de sus sirvientes a la hora de la cena, pero su corazón fue posteriormente redargüido al darse cuenta de que se había aprovechado de que éste no podía defenderse. Él estaba decidido a disculparse, pero debieron pasar cuatro días antes de que tuviera el valor de humillarse.

En una ocasión, el Profesor Stewart Blackie de la Universidad de Edimburgo estaba dando una conferencia cuando uno de los estudiantes se puso de pie sosteniendo el libro con la mano izquierda. El joven había empezado a dar una explicación, cuando el profesor le gruñó: “Toma tu libro con la mano derecha y siéntate.”

El estudiante no respondió una sola palabra, simplemente levantó su brazo derecho, al que le había sido cercenada la mano desde la

muñeca. El profesor vaciló por un momento, pero luego, con su rostro bañado en lágrimas, se acercó al estudiante diciendo: “No sabía esto. ¿Puedes perdonarme?”

Años después, cuando se relató esta historia en una conferencia bíblica, un hombre con su brazo derecho cercenado en la muñeca se levantó y caminó hacia adelante diciendo: “Yo soy el hombre a quien el Profesor Blackie condujo a Cristo. Pero él nunca lo habría hecho si no hubiera puesto su brazo alrededor de mi hombro, para convertir en bien lo que estaba mal.”

Incluso en el mundo de la política se han visto ejemplos de grandeza de carácter cuando los hombres no se han avergonzado de agacharse. Un reportero de un periódico había escrito un feroz editorial criticando al Presidente del Senado, Manuel Quezón. Esa noche, en una fiesta en la que estaban presentes tanto el presidente como el reportero, aquél dirigió severas palabras al reportero. A la siguiente mañana, para su sorpresa, Manuel Quezón lo estaba esperando. “Vine a disculparme”, le dijo. “No tenía derecho alguno de hablarle como lo hice anoche. Lo siento.”

“Quezón ganó mi corazón”, confesó el reportero, “y desde ese momento en adelante obtuve mi admiración. Él creció. Él no tuvo vergüenza de agacharse.” –Lillian Harvey.

¡No podría hacerlo sin ti!
No puedo permanecer sola:
No tengo fuerza o bondad,
Ni sabiduría en mí.
Pero tú, amado Salvador,
Eres todo en todo para mí;
Y mi debilidad será poder,
Si me apoyo firmemente en ti.
–Frances Ridley Havergal

Sabiduría a Través de la Censura

Pobreza y vergüenza tendrá el que menosprecia el consejo; mas el que guarda la corrección recibirá honra. (Pr 13:18)

CUANDO la gente detecta nuestras fallas e imperfecciones, es obvio que no nos están causando daño, pues no fueron ellos los que las provocaron; y es claro que nos hacen un servicio, pues nos ayudan a librarnos de un mal, esto es, de la ignorancia de esos defectos. No debiéramos enojarnos de que ellos los conozcan y nos desprecien, porque es correcto que nos conozcan como realmente somos, y que nos desprecien si somos despreciables.

Tales son los sentimientos que deben existir en un corazón equitativo y justo; entonces ¿qué debemos decir de nuestro corazón cuando vemos en él un estado de ánimo totalmente diferente? Porque, ¿no es un hecho que detestamos la verdad y a aquellos que nos la dicen, y que amamos a los que se hacen los desentendidos y nos engañan diciéndonos cosas favorables, y que deseamos ser considerados por ellos como más importantes de lo que realmente merecemos? –Pascal

Nosotros preferiríamos ser arruinados por la alabanza, que humillados por la censura. –Autor Desconocido

Si un enemigo tiene conocimiento,
O lo que es peor, un extraño amigo,
De una tabla podrida en el lado fuerte de tu barco,
Piensa en ello como de Dios un mensaje, y humildemente
Con corazón de roble, reemplázala; –tuya es la ganancia–
¡Dale a él la madera podrida por su empeño!

–Coleridge

El que contiende con nosotros fortalece nuestro valor y agudiza nuestra habilidad. Nuestro antagonista es nuestro ayudador.

–Edmund Burke

Samuel Bradburn era uno de los predicadores más elocuentes de Wesley, pero recibió un consejo de parte de Joseph Benson, el comentarista de los metodistas, que vale la pena recordar. Bradburn se estaba lamentando por haber predicado lo que a él le parecía un sermón muy pobre.

“Mientras subía las gradas del púlpito me sentía confiado de que iba a tener mucho éxito”, dijo Bradburn, “pero bajé miserablemente decepcionado.”

Benson sabiamente respondió: “Si hubieras subido como bajaste, habrías bajado como subiste.”

Quien sea sabio es propenso a sospechar y a no estar seguro de sí mismo; y con base en ello estará dispuesto a “oír consejo”. Mientras que el hombre necio, conforme con su necedad, estando lleno de sí mismo y envuelto en su engreimiento, raramente aceptará consejo que no venga de sí mismo –y por esa misma razón lo acepta, porque es suyo.

–Autor Desconocido

Si alguien habla mal de ti, no pierdas el tiempo; analiza profundamente tu propia conciencia y examina tu corazón. Si eres culpable, es una corrección; si no lo eres, será una buena instrucción. Haz uso de ambas para que destiles miel a partir de la hiel, y así puedas obtener de un abierto enemigo, un amigo secreto. –Quarles

Aceptar consejo no es un asunto fácil; para hacerlo se necesita coraje. Todos somos como hombres caminando de espaldas a lo largo del camino. Nadie puede ver el camino hasta que ya ha pasado, pero quienes van más adelante pueden ver las piedras y las zanjas que hay en él, y si oímos sus instrucciones, evitaremos muchas caídas y feos resbalones. –Anónimo

Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos. Castígame, oh Jehová... (Jer 10:23,24)

Reconozca Sus Falta

Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho. (Stg 5:16)

UNA de las pruebas de humildad es si estamos dispuestos a reconocer o no nuestras faltas. Escribiendo a los metodistas, Wesley advirtió: “‘Por lo tanto, vístanse de humildad.’ No sólo se llenen de ella, sino cúbranse completamente con ella. Que la modestia y la humildad aparezcan en todas sus palabras y acciones. Que todo lo que digan o hagan muestre que a sus propios ojos ustedes son pequeños, bajos, inicuos y viles.”

“Estén siempre dispuestos a reconocer sus propias faltas. Si en algún momento han pensado, hablado o actuado mal, no duden en reconocerlo. Jamás piensen que eso dañará la causa de Dios; al contrario, la hará avanzar. Por tanto, sean abiertos y francos cuando sean acusados de algo; permitan que todo aparezca tal cual es. Con eso no entorpecerán el evangelio sino lo adornarán. ¿Por qué estar menos dispuestos a reconocer las fallas que a confesar que no pretenden ser infalibles?”

“San Pablo era perfecto en el amor que echa fuera el temor, y por lo tanto censuró atrevidamente al sumo sacerdote. Pero cuando lo había censurado más bruscamente que lo que permite el quinto mandamiento, confesó abiertamente su error y puso énfasis en la importancia del cargo, en lo cual inadvertidamente había fallado. Entonces Pablo dijo: ‘No sabía, hermanos, que era el sumo sacerdote; pues escrito está: No maldecirás a un príncipe de tu pueblo’.”

Un ahora venerable obispo era un hombre que tenía un gran don de mando, por lo que a una edad inusualmente temprana fue nombrado director de una universidad. Esto alimentó su propensión a la vanidad y a la confianza en sí mismo, lo cual llegó a ser obvio incluso entre los estudiantes. Aunque él habría estado dispuesto a morir inmediatamente en la estaca antes que negar a su Señor, estaba lejos de haber muerto a su autoconfianza para que la vida de Cristo pudiera llenar su caminata. Su estatura era mucho mayor que la de la mayoría, y así lo era también su capacidad intelectual.

Un día visitó a uno de sus estudiantes, el cual estaba delirando a causa de la fiebre. Cuando el joven vio la alta figura de su instructor,

se volvió a él y le dijo en medio de su delirio: “¡El gran Sr. Presidente! ¡El gran Sr. Presidente! Usted piensa de sí mismo como de alguien grande. ¡Cuando predica es tan grande que esconde la cruz; todo lo que vemos es al gran Sr. Presidente!

A través de ese delirio el Señor le permitió ver su engruimiento; ese “yo”, y no Cristo, había sido lo más importante. Inmediatamente salió “llorando con amargura” a un lugar solitario en el bosque donde, sobre su rostro, confesó todo a su misericordioso Salvador, y aprendió la lección de la vida de resurrección. Cuarenta años de una labor eminentemente exitosa para Cristo llevaron a partir de entonces, la marca de esa sagrada hora de renuncia a su confianza en sí mismo. Yo lo oí contar este incidente en su vejez, con lágrimas en los ojos, a un grupo de muchos cientos de hermanos del ministerio.

–Autor Desconocido

La única esperanza para el orgullo inconsciente es llegar a estar consciente de él. La censura mostrará a una persona el camino, si ésta es lo suficientemente humilde para aceptarla. “El orgullo”, dice Ruskin, “yace en el fondo de los grandes errores. No se requiere experiencia en la vida para probarlo. Pero lo peor es que el orgullo parece cegar a sus víctimas, quienes están inconscientes de cualquier responsabilidad del caos que los rodea. El calloso ‘yo’ tiene los ojos del corazón bien cerrados a lo que es obvio para cualquier espectador. Así que, encerrada entre barrotes, el alma orgullosa está herida y no lo sabe; distanciándose, pero asombrándose del alejamiento; instruyendo, pero sin instrucción.”

La ambición es una adornada miseria, un secreto veneno, una plaga escondida, el origen del engaño, la madre de la hipocresía y de la envidia, la fuente de los vicios, el cáncer de la santidad, la que ciega los corazones, la que convierte las medicinas en dolencias y los remedios en enfermedades. –St. Bernard

¿A Quién Debemos Escuchar?

*¿Hay aún aquí algún profeta de Jehová, por el cual consultemos?...
Aún hay un varón por el cual podríamos consultar a Jehová.
(1 Re 22:7,8)*

UN hombre verdaderamente humilde siempre estará abierto a recibir el consejo de otros, porque siente que puede aprender hasta del más bajo de los instrumentos. Sin embargo, hay falsos profetas y consejeros que se aprovechan de esa humildad dando fatídicos consejos a creyentes inmaduros, y desviándolos del camino correcto. Siempre debemos reconocer la voz de Cristo en la voz de nuestro consejero. “Mis ovejas oyen mi voz y no seguirán a un extraño.”

Tenemos un ejemplo en el Antiguo Testamento cuando Josafat acudió en ayuda de Acab para ir a la batalla. Acab llamó a cuatrocientos profetas, pero Josafat no estuvo satisfecho hasta que se llamó a un verdadero profeta de Dios. Él estaba en la minoría y difería de la mayoría. Pero Josafat escuchó el consejo equivocado y necesitó ser reprendido: “¿Al impío das ayuda, y amas a los que aborrecen a Jehová?” (2 Cr 19:2)

Como resultado, todo el reino de Judá sufrió las consecuencias de la conducta de Josafat. Atalía se casó con el hijo de Josafat; y más tarde cuando ella ascendió al trono, intentó matar a todos los descendientes de David. Sólo por la discreta sabiduría del sumo sacerdote de Dios, quedó un varón descendiente de David que preservaría la línea que el Señor había profetizado que habría de prevalecer. Al escuchar el consejo equivocado, Josafat, que era un rey noble y bueno, trajo destrucción sobre el reino de Judá. –Lillian Harvey

W. Tozer tiene un extraordinario artículo en su libro *La raíz de los justos*, en el que da un oportuno consejo en cuando a oír sin discernimiento:

“En cualquier grupo de diez personas, por lo menos nueve están seguras de creer que tienen la capacidad para aconsejar a otros. Y en ninguna otra área de interés humano, la gente está tan dispuesta a ofrecer consejo como en el de la religión y la moral. Pero es precisamente en este campo en el que el promedio de las personas están menos calificadas para hablar con sabiduría, y por eso pueden causar el mayor daño. Por esa razón, debemos seleccionar muy

cuidadosamente a nuestros consejeros. Y la palabra seleccionar lleva implícita la idea de rechazar.”

“Ningún hombre tiene derecho de ofrecer consejo si primero no ha oído de Dios. Ningún hombre tiene derecho de aconsejar a otros si no está listo a oír y seguir el consejo de Dios. La verdadera sabiduría moral siempre es un eco de la voz de Dios. La única luz segura para nuestro camino es la luz que se refleja de Cristo, la Luz del mundo.”

“Es especialmente importante que la gente joven aprenda a discernir los consejeros en que puede confiar. Habiendo estado en el mundo por tan corto tiempo, no tienen mucha experiencia y deben buscar consejo de otros. Y lo sepan o no, ellos reciben todos los días las opiniones de otros y las adoptan como propias. Los que se jactan más de su independencia, han tomado de alguien la idea de que la independencia es una virtud, y su mismo anhelo de ser independientes es el resultado de la influencia de otros. Ellos son lo que son, por el consejo que han seguido.”

“Antes de seguir a cualquier hombre, debiéramos buscar el aceite sobre su frente. No tenemos la obligación espiritual de ayudar a ningún hombre en ninguna actividad que no tenga sobre ella las marcas de la cruz. Ningún llamado a nuestra compasión, ninguna historia triste, ninguna historia impactante, debe movernos a dedicar dinero o tiempo a los planes promovidos por personas que están muy ocupadas para poder escuchar de Dios.”

“Dios tiene Sus escogidos todavía, y ellos sin excepción saben escuchar bien. Ellos pueden oír cuando el Señor habla. Nosotros podemos sentirnos seguros al escuchar a tales personas. Pero no a otras.”

*Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos . . .
(Sal 1:1)*

La Humildad Nos Guarda Mejor

Pues no es juicio el que lo es exteriormente... sino que es juicio el que lo es en lo interior... la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios. (Ro 2:28,29)

D. L. Moody se jactaba de tener poca educación formal, y cometía muchos errores gramaticales. Su apariencia física no era atractiva. Su voz era muy aguda y tenía un tono nasal. Un reportero que estaba cubriendo sus campañas se afanaba por descubrir el secreto de su poder. Él comentaba: “Yo no puedo ver en Moody algo que pueda explicar el secreto de su maravillosa obra.”

Moody sonrió cuando escuchó este comentario, “Por supuesto que no”, exclamó, “la obra es de Dios, no es mía.”

Los amigos más cercanos de Moody conocían su secreto. Wilbur Chapman dijo: “Conocí a Moody en Louisville, Kentucky, mientras conducía una campaña allí...”

“Después de que el Gran Tabernáculo en Broadway había sido abarrotado todos los días en cada reunión, y después de que la campaña se había llevado a cabo por varios días, observé un incidente que me intrigó grandemente, y que no comprendí totalmente hasta muchos meses después. Al concluir el servicio... un hombre se acercó y dijo al Sr. Moody: ‘Mire a ese grupo de damas a la derecha de la plataforma; son parte de las mujeres más prominentes de la ciudad, y apoyan nuestro movimiento con aportes económicos y con trabajo personal. Ellas se han quedado después de la reunión para poder tener el placer de estrechar su mano.’ ‘¿En dónde están?’ preguntó el Sr. Moody. El hombre las señaló, diciendo: ‘Les diré que las recibirá en unos momentos.’ Un poco después vi al Sr. Moody buscar bajo el púlpito su pequeño sombrero de fieltro, salir por la puerta trasera, y tomar un taxi que lo llevaría a su hotel.”

“Las señoras esperaron un tiempo y finalmente se fueron sumamente indignadas; muchas de ellas dijeron que no se les volvería a ver en esas reuniones, ni volverían a trabajar con un hombre tan maleducado. Confieso que yo también estaba extrañado, y no entendía cuál podría ser la explicación para tan extraña actuación.”

“Algunos años después, un día estaba yo con Sr. Moody en la plataforma. Nuevamente una mujer llegó y dijo que deseaba verlo.

‘Él fue usado por Dios para la salvación de mi esposo, y quiero darle un apretón de manos y manifestarle mi agradecimiento’.”

“Yo le dije: ‘Por supuesto; espere un momento, y me ocuparé de que usted tenga el privilegio de verlo’. Cuando finalmente pude llamar su atención hacia ella, y cuando ella le explicó la razón de su deseo de estrecharle la mano, sin decir una palabra él se dio la vuelta y se fue. Otra vez está sucediendo lo mismo que pasó en Louisville, pensé. Entonces me encargué de consolar a la pobre mujer de la mejor manera que pude.”

“Unos pocos días después, en su conferencia para hombres jóvenes, él habló de la forma en que debemos guardarnos de los halagos, y de las cosas extrañas que debíamos hacer para evitar que el diablo nos atrape. Después de esta explicación, yo le comenté que en mi mente había cometido una injusticia contra él a causa de los incidentes a que hice alusión. Su explicación fue muy breve, pero igualmente satisfactoria y dirigida al punto. ‘Si les hubiera dado la mano a esas mujeres, antes de terminar de hacerlo el diablo me habría hecho creer que yo era algún hombre grande, y desde ese momento yo habría intentado serlo’.”

“Un mes después de esta reunión estuve presente en otra, y analicé al Sr. Moody a la luz de esa explicación. Ninguna otra cosa me ha ayudado más a explicar su cercanía a Dios y su humildad de espíritu, que los hechos mencionados.”

R. A. Torrey dijo: “Yo creo que D. L. Moody era el hombre más humilde que he conocido en toda mi vida. A él le gustaba citar las palabras de otro: ‘La fe obtiene lo sumo; el amor obra lo sumo; pero la humildad guarda lo sumo’.”

Su biógrafo, W. H. Daniels, dijo: “Los cumplidos no tenían valor alguno para él. Los miraba como tentaciones y trampas. Algunas veces dijo: ‘Atáquenme antes que alabarme’. Mientras pudiera satisfacer su intenso deseo de trabajar, nada más se necesitaba para hacerlo uno de los hombres más felices en esta tierra.”

El Enano Llega a Ser un Gigante

Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres... sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es.
(1 Co 1:25-28)

DEBEMOS entender que en el cristianismo el enano es el gigante, el hijo despreciado, deformado, débil en la fe, cuando reconoce su propia debilidad y se apoya en su Dios, es grande con la fuerza misma que hace rodar las estrellas (idea de Dante). –Rendel en *Memoranda sacra*

C. T. Studd era uno de los ciudadanos más nobles y ricos de Inglaterra, pero llegó a ser pobre y despreciado debido a los métodos no convencionales que utilizaba. Studd aprendió bien el secreto del verdadero servicio, como lo revela la siguiente exhortación: “Cualquier cosa que tengan, úsena para Dios, sin esperar a tener lo que todavía no tienen. Si sólo tienen la quijada de un burro, rebuznen por todo lo que ustedes valen; un burro rebuznando ha sido conocido por hablar con mayor sentido que un profeta.”

“Algunos sujetos arrogantes sólo soplarán las trompetas si son de plata. Fueron cuernos de cordero, no trompetas de plata, los que derribaron las murallas de Jericó; no algunos cánticos, sino alaridos. Las trompetas de plata son grandes trampas para sus dueños, quienes pierden mucho tiempo puliéndolas, luego protegiéndolas con envoltorios, y rehusándose a usarlas en las catedrales de Dios al aire libre: no fue ese el caso de John Wesley y George Whitefield.”

Entre los fuertes y sanos, los reyes sus soldados escogen
Y los lanzan a dirigir el combate.
A lo largo de los siglos, sobre la tierra y el mar,
Era tras era, los gritos de guerra se oyen resonar;
Pero al final, alrededor de todo el mundo
Cada imperio vacío, una vez tan orgullosamente elevado,
Es desmenuzado entre los dedos del tiempo como arena que cae.

Pero una vez un Rey –despreciado, olvidado, coronado
Pero con espinas –escogió, a la luz de la derrota,
A los pobres de la tierra, a los débiles, a los parias, dar amor,
Y en Su nombre los envió a conquistar
El mundo que lo crucificó, y a proclamar
Su imperio. ¡Quién lo iba a decir!
Contemplan la permanente bandera de la cruz,
Elevada por encima de los tronos del orgullo.

–De *La zarza ardiente*

Los himnos y escritos de San Bernardo son todavía de bendición, y existe una razón para la permanente calidad de sus obras. Él nos revela el secreto en una de sus declaraciones: “Ah, Señor, ya que en tus manos las cosas más débiles obtienen poder y fuerza, y un junco puesto entre ellas se convierte en un cetro, toma tú mi corazón; no es más que un junco flexible y versátil girando con cada viento; un junco vacío, vacío de caridad, de devoción, vacío de todo lo bueno. Pero desde el momento en que sea puesto en tus manos, será llenado con la fortaleza de tu divino Espíritu, y llegará a ser un corazón generoso, un corazón firme, un corazón ardiente y fervoroso, listo para vencer todas las dificultades y para superar todos los obstáculos que se presentan a causa de su incansable perseverancia.”

Richard Baxter dijo de sí mismo: “Yo he sido una pluma en los dedos de Dios y, ¿quién alaba a la pluma?”

Lo que está más cercano a la omnipotencia es la impotencia.
–Autor Desconocido

Perfeccionando la Fortaleza de Dios

Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. (2 Co 12:9)

EN una antigua revista, *Noticias de la Iglesia Moody*, fue relatado cierto incidente en el que el narrador estaba conversando con un amado hermano cristiano. Dios estaba usando grandemente a este amigo para esparcir el Evangelio a través de los medios escritos. Comentando acerca de la forma en que le había sido dado este “gran ministerio sin tener él algún recurso visible”, pronunció una declaración muy profunda que bien vale la pena recordar: “Aprendí que sólo hay una cosa que le puedo dar a Dios que pueda agregar algo a Su perfección.”

“¿Y qué podría ser eso?” inquirió su amigo. “No puedo pensar en alguna cosa que pueda dársele a Dios como algo adicional, en alguna forma o sentido.”

“Bueno”, fue la respuesta, “es mi debilidad. Su poder se perfecciona en la debilidad.”

“Nuestra debilidad”, como muy bien lo dijo alguien más, “no es otra cosa que los rieles para que las ruedas de Dios puedan correr con poder y fuerza”.

Han existido algunos santos que se han dado cuenta de esta infalible ley del Reino, y han rendido a Dios su debilidad, para que la fuerza de Dios pudiera ser perfeccionada en las obras de ellos. Francis Ridley Fabregal escribió muchos libros e himnos que todavía están en el mercado porque son sabiduría de Dios para el mundo. La forma en que ella dependía tan completamente de la divina inspiración, se revela en la siguiente cita:

“Mi experiencia es que casi siempre existe una proporción entre mi sentimiento de incapacidad personal para escribir algo, y la bendición y el poder que Dios envía con ello; así que ¡no me admiro de que sus escritos sean tan dulces y útiles! Yo pienso que antes de que Dios pueda usarnos mucho, debe darnos una dependencia total de Él para cada palabra, lo cual sólo puede proceder del convencimiento de nuestra propia impotencia e incapacidad. También pienso que ese mismo sentimiento de no tener dones, es el mejor y más útil don de todos. Es mucho más dulce volver nuestra mirada a Él por cada palabra que escribimos. Yo me sonrío a menudo cuando la gente me llama ‘dotada’, porque pienso

que saben poco de la realidad del asunto: que yo no sólo siento que no puedo, sino que realmente no puedo escribir un solo verso a menos que vaya a Él para que me lo dicte. Ustedes saben que yo sólo deseo Su gloria y ningún crédito para mí; y ¡soy sobremanera reacia a cualquier cosa mía que se esté usando como una clase de halago para mí!”

—Lillian Harvey

Las vasijas más pobres realizan Su voluntad.
Para Su gloria, ¡Él escoge a los mansos!
Otras cosas que los hombres desprecian
Vienen a ser el orgullo de Sus ojos.
Él convierte lo malo en bueno,
Así como perfecciona su fuerza por medio
de la debilidad.

—Autor Desconocido

Cuando era misionero en el Lejano Oriente, Charles Cowman aprendió la misma fórmula para realizar un trabajo que permanece. Leamos lo que dice: “Si alguno se atreve a aventurarse en una senda de separación, escogiendo hacerlo sin ninguna ayuda futura, y renunciando a todo esfuerzo propio; contento de caminar a solas con Dios, sin otra ayuda que la recibida de Él —tal hombre encontrará que todos los recursos de la Omnipotencia divina serán puestos a su disposición, y que los recursos de la Omnipotencia tendrían que terminarse antes de que pudiera fallar Su obra por causa de falta de provisión.”

Que cualquier cosa que Ud. o yo tengamos el privilegio de hacer por Él, sea tan escritural en su carácter y tan clara en sus resultados, que no pueda ser confundida con las obras de los hombres. —Anónimo

El Señor Sea Magnificado

Y digan siempre los que aman tu salvación: Jehová sea enaltecido... Engrandecido sea Dios. (Sal 40:16 y 70:4)

J. H. Merle D'Aubigne era uno de los dieciséis jóvenes estudiantes de un seminario en Ginebra que fueron llevados a la verdad salvadora bajo el ministerio de Robert Haldane. El Señor honró Su propia palabra cuando Haldane exponía el libro de Romanos, y el Espíritu Santo les reveló la gran salvación de nuestro Dios. Hasta ese momento ellos ignoraban estas grandes verdades, y de no haber sido por las enseñanzas de Haldane habrían permanecido en la oscuridad. Citamos de la obra de D'Aubigne *Historia de la Reforma*:

“La impotencia del hombre, la omnipotencia de Dios –estas fueron las verdades que Lutero buscaba restaurar. Son una religión y una filosofía pobres las que se refieren al hombre en su fuerza natural. Esa tan jactanciosa fuerza humana ha sido probada por las edades; pero así como el hombre ha sido capaz de obtener por sí mismo maravillosos logros en los que se refleja su naturaleza terrenal, nunca ha podido dispersar las tinieblas que esconden el conocimiento de Dios de su mente, o cambiar una sola fibra de su corazón. La mayor sabiduría que han obtenido las mentes o almas ambiciosas que han ardido con el deseo de obtener la perfección, sólo les ha sido causa de desesperación.”

“Es una doctrina generosa, consoladora y absolutamente verdadera, la que pone en evidencia nuestra propia impotencia y nos habla de un poder que viene de Dios, mediante el cual podemos hacer todas las cosas. Y grandiosa fue esa Reforma que reafirmó la gloria del cielo sobre la tierra, y que implora para el hombre esas prerrogativas que vienen del poderoso Dios.”

Lutero, a quien Dios se agradó de usar en la Reforma, aprendió esa verdad cuando se convirtió. En una carta a George Spenslein, un antiguo hermano monje del monasterio en Erfurt, Lutero escribe: “Yo desearía saber cómo le va a tu alma. ¿No está cansada de su propia justicia? En esencia, ¿no jadea tras algo –no pone toda su confianza en la justicia de Cristo? En nuestros días muchos son seducidos por el orgullo, especialmente aquellos que dedican todo su esfuerzo a tratar de ser justos, sin entender que la justicia de Dios nos es dada gratuitamente en Jesucristo. Ellos se presentan delante de Él con

la fuerza de sus propios méritos. Pero eso no puede ser. Cuando estabas con nosotros, estabas en ese error; yo también fui igualmente desviado. Todavía estoy batallando contra eso, y aún no he triunfado completamente.”

“Oh, querido hermano, aprende a conocer a Cristo y a Cristo crucificado. Aprende a cantarle un canto nuevo, para perder la esperanza en ti mismo y poder decirle a Él: “Tú, Señor Jesús, eres mi justicia, y yo, yo soy tu pecado. Tú has tomado lo que era mío y me has dado lo que es tuyo. Lo que tú no eras has llegado a ser, ¿para que yo pudiera llegar a ser lo que no era! Ten cuidado, amado George, de pretender tal grado de pureza como para dejar de verte a ti mismo como un pecador, porque sólo es en los pecadores que mora Jesús. Él bajó del Cielo, donde moraba en la justicia, para que pudiera vivir también en los pecadores. Medita cuidadosamente en este amor de Cristo, y obtendrás de ello la dulzura de la inefable consolación. Si pudieran nuestras obras o nuestras aflicciones darnos paz de conciencia, ¿para qué habría muerto Cristo? Tú encontrarás paz solamente en Él, al perder la esperanza en ti mismo y en tus obras, y al comprender el amor con que Él abre sus brazos para recibirte, tomando tus pecados sobre Él y dándote a ti toda Su justicia.” –Lillian Harvey

Poderosa fortaleza es nuestro Dios,
Un baluarte que nunca falla:
Nuestro ayudador es Él, en medio del diluvio
De mortales males que prevalecen.
Porque todavía nuestro enemigo antiguo
Busca traer a nosotros angustia;
Su artificio y poder son grandes,
Y armado con odio cruel,
En la tierra no tiene igual.

–Martín Lutero

La Profundidad Del Descenso

Sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. (Juan 13:3,4)

POCOS escritores o predicadores han mostrado mayor inspiración en el tema de la exaltación y humillación de Cristo que Charles Spurgeon. Ascendamos y descendamos con él en un extracto de uno de sus sermones.

“Hermanos míos, no hemos comprendido totalmente los actos de nuestro Señor Jesucristo en Su amorosa condescendencia para con nosotros. Ah, piensen por un minuto... ¿Cómo podríamos? ¿No sobrepasa el amor de nuestro Señor nuestro entendimiento, ya que Él mismo es el mayor de todos los misterios?”

“¿Pueden entender los puntos más altos y los más bajos de esta transacción? Es necesario comprender ambos, antes de poder ver lo que Él ha hecho. ‘Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todas las cosas en Sus manos.’ ¿Pueden ver la gloria de esto? Jesús, nuestro Señor, estaba consciente de que Su Padre lo había hecho la cabeza, sobre todas las cosas, de Su Iglesia; y que Él había puesto el gobierno sobre Sus hombros, y le había dado las llaves de David, para que pudiera abrir y ningún hombre pudiera cerrar, y cerrar y ningún hombre pudiera abrir.”

“Él sabía, con seguridad, que de Su cinto colgaban las llaves del Cielo, de la muerte y del infierno, y que habiendo cumplido la misión que le había encargado el Dios eterno, Él estaba a punto de retornar a Su trono. ¿Ha tomado la idea? ¿Percibe la gloria de la que Jesús estaba consciente? Si lo ha hecho, entonces descienda de su alto peldaño –Él, este Señor de todo, teniendo todas las cosas en Su mano, se quita Sus vestiduras, se viste con la vestidura de un hombre ordinario, se coloca con la sencillez de un siervo y se ciñe una toalla para poder servir a Sus propios discípulos.”

“¿Pueden seguirlo a Él desde semejantes alturas a semejantes profundidades? Un superior en el Oriente nunca lava los pies de un inferior; Cristo, actuando como si fuera inferior a Sus amigos, inferior a esos pobres pescadores, inferior a aquellos necios eruditos que aprendían tan despacio, y quienes habían estado con Él por tanto tiempo y todavía no lo conocían; que pronto olvidaron lo que sabían y necesitaron de nuevo línea sobre línea y precepto sobre precepto.”

“Habiéndolos amado hasta el fin, Él se humilla hasta el extremo de la humillación, y se inclina a sus pies para limpiar sus corrupciones. Yo me pregunto, ¿quién puede calcular la profundidad de ese descenso? No podemos saber lo que Cristo ha hecho por nosotros, porque no podemos concebir cuán alto es Él por naturaleza, ni podemos advertir cuán bajo se inclinó en Su humillación y muerte.”

Campbell Morgan también nos ha dado algunos pensamientos dignos de nuestra atención sobre este asombroso tema, al cual Cristo dio primordial importancia unas pocas horas antes de Su partida: “Esa toalla ceñida era una insignia de esclavitud; pero es un hecho extraordinario que la toalla ceñida también era la insignia de los príncipes, atada y asegurada de la misma forma. La diferencia estaba en el material: para los esclavos, una tela sencilla y áspera; para los príncipes, púrpura o dorada. Yo miro hacia atrás a través de los años; Juan no sólo vio en ese cinturón la insignia de la esclavitud, sino también la de la realeza. No olvidemos cuando él estaba en Patmos y tuvo una visión de esto en toda su gloria. En la maravillosa descripción que da de ella, entre otras cosas escribió: ‘ceñido por el pecho con un cinto de oro.’ Sí, él vio eso en Patmos, y viendo hacia atrás, podía ver aquella tela rústica del esclavo convertida en la gloria y púrpura de la soberanía.”

¡Oh bendito nombre de SIERVO! que comprende
El más alto honor del hombre en su más humilde nombre;
Porque tú, Cristo de Dios, recomendando este oficio,
El trono de enorme poder verdaderamente reivindicas;
El que vaya a levantarse como tú, como tú debe
Su gloria obtener sólo inclinándose muy bajo.

—Bethune

Humildad Divina

Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavarlos los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis.

(Juan 13:14,15)

“**ÉL** se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó.” A esto se refiere el apóstol cuando dice que tomó la forma de un siervo. La belleza de la escena es su absoluta sencillez. No podemos imaginar a Cristo tomando ese rol para impresionar a las edades futuras. Él no buscaba impresionar, no había en Él ningún pensamiento sobre la belleza o la humildad de ese acto... ¡como cuando el Papa anualmente lava los pies de doce limosneros en un recipiente de oro, secándoselos con una toalla de tela muy delicada! Cristo no actuó para hacer un espectáculo o una farsa, sino con el sencillo propósito de cumplir un ministerio necesario. Y en esto, Él expuso el espíritu de nuestra redención.

Esta es la clave de la Encarnación. Con una ligera alteración, las palabras para describir ese sublime acto serían: Él se levantó del trono; se quitó su vestidura de luz, la cual había usado eternamente como Su vestidura; tomó la pobre toalla de humanidad y rodeó con ella Su gloriosa Persona; derramó Su propia sangre en el recipiente de la cruz; y se dispuso a lavar las asquerosas manchas de la depravación y culpabilidad humana.

Como el orgullo es la raíz de todo pecado, Cristo necesitaba proveer el antídoto en Su absoluta humildad —una humildad que no podía brotar en la tierra, sino que debía provenir de un mundo en el que los que están más abajo son los más grandes, y donde los más parecidos a los niños reinan como reyes.

Esta es la clave para cada acto de limpieza diaria. Hemos sido lavados —de una vez, definitiva e irrevocablemente; hemos sido lavados en la marea carmesí que fluye del Calvario, pero necesitamos una limpieza diaria. Nuestros pies se ensucian con el polvo de las carreteras de la vida; nuestras manos tan llenas de mugre como nuestra ropa bajo la lluvia de inmundicia en una gran ciudad; nuestros labios, como los blancos umbrales de la casa, están asquerosos por la incesante multitud de frívolas, indecorosas y quejasas palabras; nuestros corazones no pueden mantener limpias la inmaculadas túnicas

con que iniciamos el camino. Necesitamos acudir constantemente a la fuente para que sean lavadas.

Pero, ¿podemos darnos cuenta de cuánto involucra cada acto de confesión de nuestra parte en la actividad de Cristo? Cualquiera que sea el importante trabajo que Él esté realizando en ese momento; cualquier orden que esté dando a los más altos ángeles para el cumplimiento de Sus propósitos; cualquiera que sea la urgencia de los asuntos de la Iglesia o del Universo sobre Sus anchos hombros, Él necesita apartarse de todo eso para realizar un trabajo que no delegará a nadie. Vez tras vez Él se inclina de su trono, se ciñe con una toalla; y con toda humildad emprende la tarea de remover de nosotros las manchas que, en Su amor, no desatenderá. Él nunca pierde la marca de los clavos; Él nunca olvida el Calvario y la sangre; Él no pasa mucho tiempo sin inclinarse para realizar el tedioso trabajo de limpiar almas inmundas. Y esto se debe a Su humildad: Él está sentado en el trono, y empuñando Su cetro, lo alza sobre corazones y mundos.

Esta es la clave para ministrarnos unos a otros. Frecuentemente he pensado que nosotros no nos lavamos a menudo los pies unos a otros. Estamos conscientes de las imperfecciones que empañan el carácter de los que nos rodean. Nos contentamos con verlas, criticarlas y aprenderlas. No nos atrevemos a eliminarlas. Este fracaso se debe a que no amamos como ama Cristo –con un amor que enfrentará resentimientos, molestias, rechazos para lograr su objetivo; y parcialmente también se debe a que no estamos dispuestos a inclinarnos lo suficientemente bajo. –F. B. Meyer

Qué condescendencia,
Traernos redención;
...Dios, lleno de gracia, tierno,
Hizo a un lado Su esplendor,
Inclinándose para buscar, para ganar, para salvar mi alma.
–W. E. Booth-Clibborn

Despojándonos del Toque Terrenal

Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. (Juan 13:14)

ESE amado hermano chino en Cristo, Watchman Nee, cuyos libros han ayudado a tantas personas, nos da un aspecto un poco diferente de la misma verdad que F. B. Meyer tan hábilmente expuso en su análisis en la lectura anterior. Una cita de uno de sus libros, *Doce canastas llenas*, nos da mucho material para meditar:

“Nos será útil recordar que cuando este incidente ocurrió, los judíos usaban sandalias que protegían poco del polvo de los caminos; así que después de realizar un viaje acostumbraban lavarse los pies. Pero en lo que se hace énfasis aquí, es en lo positivo y no en lo negativo; en la renovación más que en la remoción de suciedad. Cuando nuestro Señor lavó los pies de los discípulos, no los reprendió por habérselos ensuciado en el camino, ni los exhortó para que caminaran con más cuidado. Como era inevitable que el polvo ensuciara los pies de un viajero mientras caminaba por los polvorientos caminos, no hubo reprensión para ellos sino la aplicación de un poco de agua a sus sucios y cansados pies. En Su amor, el Señor prestó este servicio a Sus discípulos.”

“Mientras los ciudadanos del Cielo sean peregrinos en este mundo, aunque presionen en su caminata conforme al propósito de Dios, ellos tienen que recorrer los caminos de tierra, y sus pies obligadamente tendrán restos de polvo... Incluso si somos cuidadosos para evitar todo lo que nos ensucie, hay ocasiones en las que por inexplicables razones no tenemos el entusiasmo para presionar. El problema es que el toque terrenal ha tomado ventaja de nosotros. Nos hemos lastimado los pies con la aspereza y el polvo del camino, y esto finalmente ha minado nuestra fuerza. Nosotros tenemos vida; la recibimos con el nuevo nacimiento; pero la vida ha perdido su frescura y necesitamos renovarla.”

“No es todo el cuerpo el que necesita un baño; son los pies los que lo necesitan; y lo necesitan repetidamente, porque no se llega al final del camino en un solo día...”

“El lavamiento de los pies no es solamente un servicio prestado por el Señor mismo; es un ministerio asignado por Él a la Iglesia. No se trata de una institución claramente definida que se observe

literalmente, sino es una inconsciente y mutua ministración, como cuando un creyente en el Señor se encuentra con otro y los dos conversan espontáneamente; o cuando después de un día de trabajo en la escuela, oficina o fábrica, estamos demasiado cansados para leer la Palabra o para orar, pero asistimos a una reunión de la iglesia, y al encontrarnos con algunos santos somos extrañamente vivificados. Definible o indefiniblemente, algo sucede para que podamos seguir adelante con renovadas fuerzas.”

“En la relación entre los santos, el lavamiento de pies es de gran importancia. Todos estamos necesitados con frecuencia de una ministración de vida, y esto debe ser mutuo: ‘Vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros’...”

“En una ocasión, un hermano asistió a la reunión regular de predicación de la Palabra. Se sentía tan indiferente, que se preguntó si habría pecado contra el Señor, pero no podía recordar haberlo hecho. Intentó descubrir qué le había pasado, pero no pudo encontrar explicación alguna. Trató de sacudirse el letargo que parecía haberse apoderado de él, pero no le fue posible. Entonces un hermano oró por él, y el letargo desapareció. Él no había podido librarse, pero la vida fresca que le fue ministrada por la oración de ese hermano hizo alejarse inmediatamente la muerte que había empezado a destruir su vitalidad...”

“Cierta hermana que a través de los años había aprendido a atraer diariamente a ella la vida de Cristo, siempre estaba dispuesta a avivar a otros. Si alguien se sentía espiritualmente agotado, sólo tenía que visitarla y sentarse en su compañía por unos momentos. No necesitaba hacer nada, tampoco ella. Simplemente se sentaba allí por un rato, y todo el desánimo desaparecía. Todos recibían, porque ella estaba en comunión constante con el Señor...”

“Es en la medida en que habitemos en la frescura de la comunión con Él, que podremos ser frescura de vida para otras personas con las que entremos en contacto. La vida es transmitida espontáneamente, no a través de extenuante esfuerzo. Es verdad que el lavamiento de los pies se realiza con agua, pero no hay necesidad de bombear laboriosamente el agua; ella llega a nosotros libremente cuando vivimos en Aquel que es el Agua de Vida.”

Póngase en Órbita

En él vivimos, y nos movemos, y somos... (Hechos 17:28)

EL hombre se salió de órbita cuando rehusó obedecer a Dios en el Jardín de Edén. Desde entonces ha estado fuera de órbita. Ruina y estragos reinaron cuando él, fuera de la armonía con el Dios del universo, determinó su propia órbita. Sólo es cuando el hombre regresa a Dios, confesando que está desesperadamente perdido y necesitado de dirección, que es introducido en el armonioso plan de Dios para el cual fue creado y redimido.

El alma de cada creyente es un reino donde al Redentor se le ve ascendiendo las gradas del palacio usurpado y degradado por tanto tiempo, penetrando de manera más o menos rápida en sus sucesivas habitaciones, y ascendiendo a su trono en el momento indicado, con indiscutible autoridad.

El alma es un universo en caos, y la obra de Cristo es reconstruir esa inmensidad que ha explotado y está destrozada, y obligar a que todo gire en armonía alrededor del sol que está en el centro. Él creará un cielo en el corazón de cada creyente, y reinará allí por toda la eternidad como soberano Redentor. –G. Bowen

Tú me has creado a mí, un universo completo—
Tan vasto cuando se ve solo, tan infinitesimal
Cuando se ve en medio de la multitud de mundos
Girando alrededor de su sol. Y yo, a veces
Me he cansado de seguir mi curso,
Y he deseado escoger mi propia órbita,
Dirigirme a donde yo quiera en el espacio,
Escoger mi propia velocidad, hacer mi propio viaje.

Entonces, cuando siento la tentación de rebelarme,
Me doy cuenta, justo entonces, de cuánto necesito de mi sol.
Sin Él nada crecería; la vida se extinguiría;
Todo congelado; mi glorioso globo una masa congelada sería.
Y sin embargo, cuán lento es mi curso, cuán reducido mi paso
Comparado con las estrellas fugaces que iluminan su curso.
Es cierto, noto a veces, cuando voy más rápido,
¡Siento que esto es ciertamente vida!
Entonces, ¿por qué esta forzada sumisión al sol?

¿Por qué necesita él regir como autócrata supremo?
Y así me alejo para girar en mi propia órbita. No,
Yo no puedo hacerlo, no puedo moverme, salvo en esa órbita.
Alrededor de mi sol, porque lejos de su atracción, despacio voy;
Mi velocidad declina; puedo ver que la energía es sólo de Él:
Si debo moverme, debo mantenerme cerca de la fuente.

Oh glorioso Sol de Justicia,
Mi mundo es seguro si orbita alrededor de ti—
Crece el fruto, florecen las plantas, abunda la vida.
Pero si vuelves tu rostro, retiras tu corazón,
Tu calor, tu energía, por un momento, entonces dejo
De existir. Espíritu de vida, de amor
De todo lo que necesito... gracias
Por dirigirme a mí, rebelde tierra. Cada brizna de grama que brota
Y cada aliento registra tu poder.
Si yo fuera el sol, quemaría mi tierra en un momento;
Después congelaría su superficie o chocaría con ella;
Catástrofe y no orden resultaría si yo dirigiera.
Pero tú, qué maravillosos son tus caminos, cuán perfecto
Es tu plan. Qué contento estoy, amado Señor,
De que tú seas el Sol y yo, una pequeña tierra, tu hombre.

—Trudy Tait

Si hubiera cualquier pequeñísima estrella en el universo que no tuviera un lugar que llenar, ese descuido causaría una conmoción que ningún Leverrier podría computar, porque sería un eterno y real desorden, no uno meramente casual o aparente...

Yo concluyo que hay, entonces, una adecuada y definida meta para la existencia de cada hombre; una meta que, para el corazón de Dios, es el buen propósito para cada uno, o para el cual fue creado; eso que él tiene el privilegio de llegar a ser, y que es llamado a llegar a ser; es lo que debe llegar a ser; lo que Dios le ayudará a llegar a ser; y lo que no puede dejar de llegar a ser, a menos por su propia culpa. —Horace Bushnell

¿En Curso de Colisión o en Órbita?

*Mi tiempo aún no ha llegado, mas vuestro tiempo siempre está presto.
(Juan 7:6)*

“**V**UESTRO tiempo siempre está presto”, dijo Jesús a Sus hermanos, quienes lo estaban presionando para subir a Jerusalén para la fiesta: “Mi tiempo aún no ha llegado.” El Hijo estaba en el tiempo perfecto de los propósitos de Su Padre. “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo” (Ga 4:4). Aunque igual a Dios, no estaba en Él decidir Su propio curso. Sus hermanos, sin embargo, no habían llegado todavía al punto en el que habrían de dejar de planear su propio curso, decidir su propio tiempo, y dirigirse al lugar que quisieran.

Elías tiene una maravillosa historia en el Antiguo Testamento. Mientras él se mantuvo en la órbita de la voluntad de Dios, fue alimentado por cuervos en el arroyo de Querit. Después, cuando fue dirigido por Dios a la viuda de Sarepta, encontró que la tinaja de harina y la vasija de aceite nunca fallaron durante la hambruna. Más tarde, cayó fuego del cielo en el Monte Carmelo, confirmando su sacrificio. Pero cuando huyó a causa de las amenazas de Jezabel, se salió de la órbita hasta que un buen Padre envió un ángel para que lo sostuviera durante cuarenta días y le dijera cómo recobrar su curso.

Pedro, uno de los discípulos escogidos de Dios, se había salido de órbita cuando regresó a pescar. A pesar de su previo conocimiento de cómo hacerlo, él batalló toda la noche y no pescó nada. Cristo le enseñó una lección sobre cómo pescar exitosamente las almas de los hombres. “Cuando Él lo ordenó”, sacó la red llena de peces. Entonces vino el llamado de Pedro, de pescar, a pastorear las ovejas; “De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras.” (Juan 21:18)

En Pentecostés, esos mismos hermanos que habían estado discutiendo previamente acerca de quién debía ser el mayor, estaban ya todos de acuerdo porque habían entrado en la órbita de Dios. La dirección de una Guianza Invisible sería desde ese momento el factor determinante de su obra. ¡Cuán extraordinario el tiempo perfecto en que Ananías fue enviado a Saulo cuando estaba orando en Damasco! Un maestro preparado encuentra a un alma preparada; y como resultado... ¡algo sucedió!

Igualmente extraordinario fue cuando Felipe es guiado por el Espíritu para abandonar el lugar de avivamiento e ir “por el camino del desierto” y conocer al eunuco etíope. En el momento exacto que el eunuco estaba leyendo Isaías, el instrumento humano enviado por Dios se acercó a la carroza y le mostró el camino de salvación a través de Cristo. O consideremos el momento exacto en que Pedro llegó a la casa del centurión, donde él y su casa estaban esperando recibir el mensaje. El Divino Padre vio el hambre que había en una casa, y envió a un maestro para suplir su necesidad. Y como consecuencia... ¡algo sobrenatural ocurrió! ¿Cuántos ministros experimentan así las providencias de Dios?

La última oración de Cristo en Juan 17 fue por aquellos que estaba dejando atrás. Jesús deseaba que ellos estuvieran en la misma armoniosa órbita en la que Él había estado con Su Padre. “Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en tí, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.” El Padre enviaría al Espíritu Santo para guiarlos a toda verdad; sólo Aquél que conocía tan íntimamente la mente de Dios, podría haber detectado el tiempo exacto del reloj divino.

¿Está usted en curso de colisión, escogiendo su propio tiempo y caminado por donde decide hacerlo, o se ha puesto en órbita con Dios en Su universo espiritual? ¡Qué reposo para el alma, qué armonía, qué paz y gozo hay allí para la persona que muere a sus preferencias y entrega en las manos de Dios el tiempo, el plan y las ambiciones de su vida! Entonces, y sólo entonces, podrá verdaderamente descubrir la verdad de las palabras de Jesús: “Como el Padre me ha enviado, así os envío yo.”

—Lillian Harvey

Otros títulos en español por E.F. & L. Harvey:

De Rodillas Triunfamos

Ellos Conocieron a Su Dios Vol 1

Ellos Conocieron a Su Dios Vol 2

Ellos Conocieron a Su Dios Vol 3

Índice de Escritura

GÉNESIS	
11:4.....	21
NÚMEROS	
12:3	165
DEUTERONOMIO	
8:2,3	83
21:23	64
JUECES	
7:2	43
RUT	
1:20,21	109
1 SAMUEL	
2:3	73
15:17	69
2:8	55
16:7	135
1 REYES	
17:12	145
22:7,8	185
2 REYES	
4:3	145
5:13	60
2 CRÓNICAS	
26:16	129
32:25 ...	105,129
JOB	
28:12,26	35
SALMOS	
1:1	186
102:17	81
22:14	105
116:6	37
35:27	131
127:1	13
40:16	193
131:1	103
70:4	193
144:3	23
101:5	75
149:4	155
PROVERBIOS	
6:16,17	75
17:19	77
8:13	73
18:12	113
13:18	181
26:28	89
15:33	113
29:5	89
16:9	147
29:23	107

ISAÍAS	
2:11,12.....	159
14:12-14.....	71
2:17	27
53:3	115
6:2	171
66:2	67
JEREMÍAS	
5:10	15
10:23,24	182
9:23,24	10
OSEAS	
13:9	19
AMÓS	
2:14	45
MIQUEAS	
6:8	153
HABACUC	
2:4	11
SOFONÍAS	
2:3	165
MATEO	
5:3	29
15:32	145
5:5	33,169
18:1-3.....	163
6:3,4	173
18:4	33
6:6	173
19:14	161
6:17,18	173
23:12	33
11:28-30	33
23:13	65
11:29.....	79,167
MARCOS	
5:25,26	143
10:42,44	33
LUCAS	
5:5	144
15:7	41
6:26	33
15:14,17	143
6:35	145
16:25	139
7:42	143
17:18	91
11:6.....	145
22:26	111
11:43.....	97

JUAN

1:10,11.....	61	7:6.....	203
1:15,27,30 ...	141	7:18.....	57
1:30,31.....	61	10:9.....	79
2:3.....	145	12:24,25.....	33
3:30.....	141	12:43.....	85
4:36,37.....	175	13:3,4.....	195
5:7.....	143	13:8.....	125
5:30.....	145	13:14.....	199
5:41,44.....	131	13:14,15.....	197
5:44.....	87	15:4.....	157
6:12.....	19	18:36.....	49
6:63.....	145	21:18.....	203

HECHOS

3:6.....	145	17:28.....	201
----------	-----	------------	-----

ROMANS

2:28,29.....	187	6:17-22.....	33
2:29.....	85	8:2.....	33
3:27.....	127	12:20,21.....	33

1 CORINTIOS

1:20,21.....	33	3:6,7.....	176
1:25-28.....	189	3:21.....	33
1:27-29.....	143	6:19.....	33
1:29.....	131	12:23,24.....	59
2:4.....	93	15:9.....	101
2:2,5.....	25	15:10.....	95

2 CORINTIOS

1:8.....	117	10:4,5.....	17
3:5.....	39	10:12.....	123
3:5,6.....	149	12:5.....	33
4:7.....	48	12:7.....	119
4:10,11.....	8,33	12:7-9.....	33
4:18.....	33	12:9.....	191
5:12.....	135	12:10.....	31,33
6:10.....	33	13:4.....	31

GÁLATAS

2:20.....	99	6:3.....	141
4:4.....	203		

EFESIOS

3:8.....	101
----------	-----

FILIPENSES

2:3.....	133	2:5-11.....	33
2:5,7.....	63	3:9.....	51
2:5-8.....	9	3:12-14.....	53

COLOSENSES

3:12,13.....	179
--------------	-----

1 TIMOTEO

6:7.....	146	6:11.....	177
----------	-----	-----------	-----

HEBREOS

11:34.....	47
------------	----

SANTIAGO

4:6.....	121	5:16.....	183
4:10.....	151		

1 PEDRO

3:3-5.....	137
------------	-----

